

NUESTRA BANDERA

MINISTERIO
DE CULTURA



**NÚMERO
EXTRAORDINARIO**

Precio: 3 ptas

REVISTA MENSUAL DE ORIENTACION
POLÍTICA, ECONÓMICA Y CULTURAL

NUESTRA BANDERA

EDITADA
POR EL PARTIDO
COMUNISTA
DE ESPAÑA

NÚMERO
EXTRAORDINARIO

OCTUBRE
1938



MINISTERIO
DE CULTURA



SUMARIO

José Díaz: **DEBERES DEL PROLETARIADO Y DEL PUEBLO DE ESPAÑA.**

EL COMLOT DE MUNICH.

LA ASAMBLEA DEL COMITÉ CENTRAL DEL PARTIDO COMUNISTA DE ESPAÑA:

Vicente Uribe: Nueva situación, nuevas tareas.

Pedro Checa: **Por una economía de guerra.**

Jesús Hernández: **Cómo acabaremos la guerra.**

Francisco Antón: **Para fortalecer aún más el Ejército.**

TAREAS ACTUALES DEL PARTIDO COMUNISTA, DEL FRENTE POPULAR Y DEL PUEBLO DE ESPAÑA. (Resolución del C. C. del P. C. de España).

NUESTRA BANDERA

Revista mensual de orientación política, económica y cultural
Editada por el Partido Comunista de España

Director: DOLORES IBÁRRURI

Redacción y Administración: BALMES, 205. - BARCELONA

Año II

**Número
Extraordinario**

**OCTUBRE
1938**

LOS DEBERES DEL PROLETARIADO
Y DEL PUEBLO DE ESPAÑA

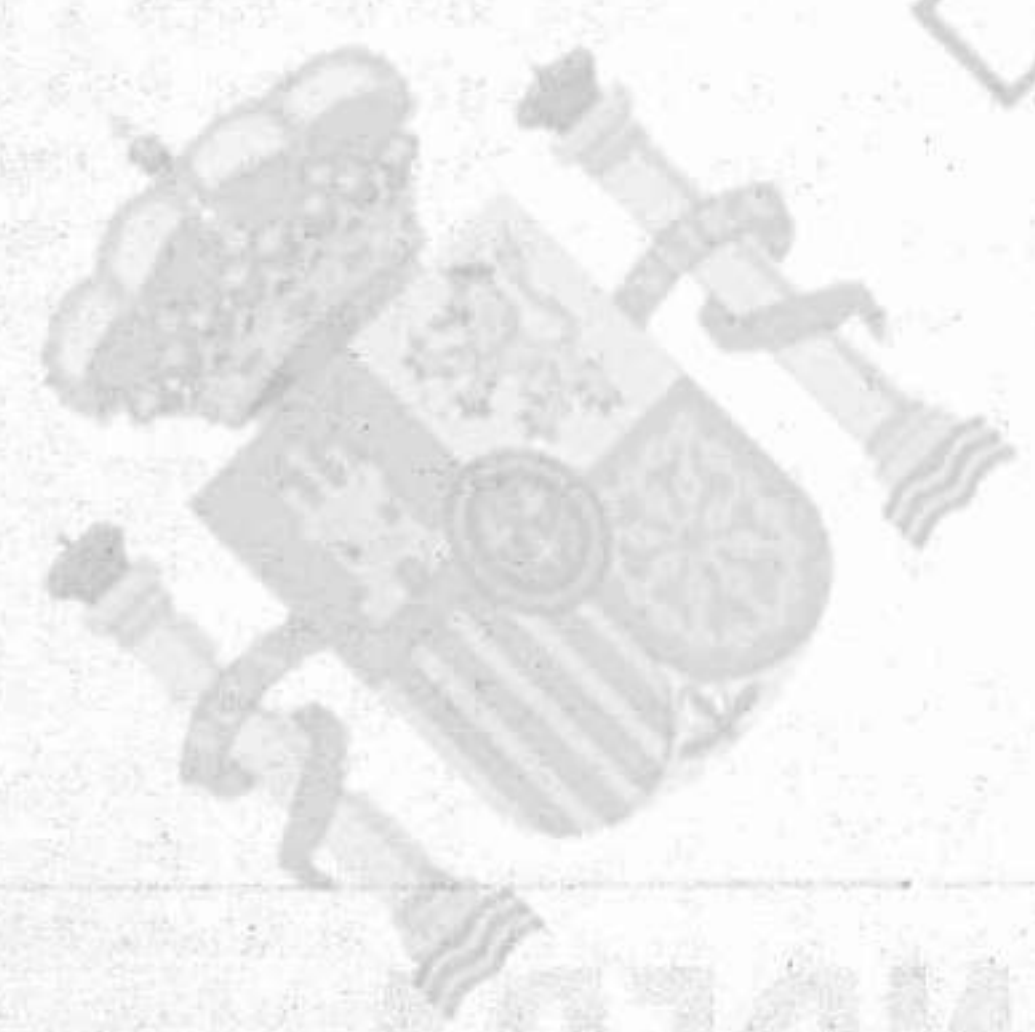
EL COMITÉ DE MUNICI...

LA ASAMBLIA DEL COMITÉ CENTRAL
DEL PARTIDO COMUNISTA DE ESPAÑA

Y como línea nueva, nuevos temas
debe tener por una economía de guerra.
Los obreros: Como se han de hacer
los trabajos para trabajar una vez el
país.

TAREAS ACTUALES DEL PARTIDO COMU...
NISTA DEL FRENTE POPULAR Y DEL
PUEBLO DE ESPAÑA. (Continúa del
número 1 de España)

MINISTERIO DE CULTURA



NUESTRA BANDERA

... de la cultura y de la educación
... de España

DIRECCIÓN GENERAL DE CULTURA
... DE ESPAÑA

Talleres Gráficos de la
EDITORIAL RAMÓN SOPENA,
Empresa Colectivizada.—Barcelona



ANTE LA NUEVA SITUACIÓN INTERNACIONAL

DEBERES DEL PROLETARIADO Y DEL PUEBLO DE ESPAÑA

por JOSÉ DÍAZ

EN todos los momentos agudos, difíciles o de confusión que ha habido en el curso de nuestra guerra, ha sido preocupación fundamental de las organizaciones obreras, y, en primer lugar, de nuestro Partido, examinar la situación objetivamente, con frialdad y espíritu crítico, destacando los factores positivos de nuestra resistencia, así como los defectos y los peligros, y esto no con el fin de sembrar pánico o desconfianza, sino para precisar bien el punto hacia el cual habían de ser dirigidos los esfuerzos de todos para corregir una situación peligrosa. Hoy, después de la traición a Checoslovaquia, no por parte de Francia e Inglaterra, sino de los señores Chamberlain y Daladier, después de la entrega del pueblo checo a los bandidos fascistas, hecho que crea en Europa una situación profundamente diferente de la que existía, me parece que uno de los puntos en el cual se debe concentrar nuestra atención es precisamente esta nueva situación internacional.

No nos hagamos ilusiones ni cerremos los ojos ante la realidad. Lo que ha ocurrido con Checoslovaquia es **UNA DERROTA DEL PROLETARIADO INTERNACIONAL**, una derrota de las fuerzas democráticas y de la paz. El fascismo ha obtenido una victoria. La ha obtenido gracias al descarado apoyo de la burguesía reaccionaria inglesa y francesa, a la orientación falsa, la desunión y la cobardía de las fuerzas democráticas y a la ausencia de una acción enérgica y **UNIDA** de la clase obrera internacional. Ha ocurrido hoy, en el campo internacional, lo mismo que sucedía en Italia, en Austria, en Alemania durante el período en que el fascismo luchaba por el Poder en cada uno de estos países. El apoyo abierto de la gran burguesía, el encubierto de los jefes reaccionarios demócratas y socialdemócratas y la consiguiente desorientación y la desunión de las masas antifascistas, y en primer lugar de la clase obrera, permitían al fascismo realizar, por etapas y casi sin combatir, sus criminales objetivos y dar el asalto supremo al Poder, cuando ya sus ene-

migos estaban desmoralizados, desunidos, desarmados, incapaces de combatir. El sofisma que utilizaban para justificar sus traiciones los que abrían el camino al fascismo era el mismo que se ha utilizado ahora. Afirmaban que capitulando se desarmaba a los fascistas, así como hoy dicen que entregándole a Hitler Checoslovaquia han salvado la paz. ¡Esto es mentira; lo cierto es lo contrario! Europa y el mundo entero están hoy mucho, mucho más cerca de la guerra que lo estaban antes. Lo que los señores Chamberlain y Daladier han obtenido es únicamente salvar a los agresores fascistas y al fascismo en general de la grave situación en que se encontraban, pues los pueblos habían empezado a unirse, ante las amenazas de Hitler y Mussolini, en un frente de defensa de la paz y de la independencia de los pueblos, que, extendiéndose desde Francia e Inglaterra hasta la Unión Soviética y los Estados Unidos, ofrecía una barrera inatacable e inexpugnable. Para salvar al fascismo de una derrota y quizá de una catástrofe, estos hombres, sobre los cuales ha de caer muy en breve la acusación de todos los pueblos, han traicionado la fe en los tratados y los compromisos solemnemente contraídos por sus propios Estados, la causa de la paz, la causa de la democracia, la causa de la libertad. Han sido, en suma, los verdaderos artífices del triunfo que el fascismo ha conseguido.

CUAL ES LA VERDAD

Lo que no se ha comprendido o, mejor dicho, la verdad que la burguesía reaccionaria aliada del fascismo, y preocupada, sobre todo, de salvar de una catástrofe a los dictadores fascistas y a los regímenes de terror que existen en Alemania e Italia y en la España invadida, ha hecho todo lo posible por enmascarar ante los ojos de las masas populares, difundiendo en ellas el pánico ante una guerra inminente, la verdad que nosotros, los comunistas, y otros verdaderos amigos de la paz, no hemos sabido hacer penetrar profundamente en la conciencia de estas masas y, sobre todo, de la clase obrera, es que no hacía falta hoy ninguna guerra para hacer retroceder al fascismo, que sólo hacía falta unidad y energía en la defensa de la independencia del pueblo checo y de la paz. La guerra no era necesaria hoy, pero sí será inevitable mañana o pasado mañana, cuando el fascismo, aprovechando sus nuevas conquistas, decida lanzarse a nuevos ataques, y ya las posiciones sobre las cuales los pueblos atacados tengan que defenderse sean más débiles y más grande la insolencia del enemigo.

Será necesario examinar, y muy pronto, y en toda su amplitud, por qué todo esto ha podido producirse. Será necesario señalarlo sin piedad alguna y corregir todos los errores. En la historia de las luchas sociales hay muchas derrotas que no han sido seguidas de una desmoralización de las masas, ni de una caída del movimiento obrero, porque han servido para abrir los ojos a las clases explotadas mostrándoles el camino de la resistencia y de una nueva lucha victoriosa. Tal ocurrió, por ejemplo, después de la toma del Poder por Hitler en Alemania, que impulsó internacionalmente a la clase obrera por el camino de la unidad. Y lo mismo sucedió en España después de octubre del 34.

Pero, para que se produzcan estas saludables reacciones, que hacen reconquistar en poco tiempo, a la clase obrera y al pueblo, todo o gran parte del terreno perdido, es necesaria la acción enérgica de la vanguardia de la clase obrera.

LA ÚNICA LÍNEA

Las fuerzas obreras, las fuerzas de la democracia y de la paz que hoy están desorientadas, acobardadas, en parte, por el golpe que les han dado los señores Chamberlain y Daladier, en alianza con Hitler y Mussolini, deben recomponerse rápidamente, reorganizar sus filas y establecer una nueva línea de resistencia y de lucha activa contra los agresores y sus cómplices.

Hoy, esta línea no puede ser otra que la de la defensa de España, la de la lucha para que se haga justicia al pueblo español. No solamente como españoles, que combatimos por la independencia de nuestro país, sino como internacionalistas, como antifascistas y como defensores de la paz, debemos ayudar a que se organice y se defienda esta línea, sin ceder un paso. Es decir, que incumbe al proletariado de España y a sus organizaciones un deber urgente: ayudar al proletariado del mundo entero a reconstruir rápidamente su frente de lucha contra los agresores fascistas y por la paz y a mantener este frente mejor que se ha mantenido hasta ahora, sin dejarse arrastrar y engañar por capituladores y traidores; con la firmeza con que nosotros, obreros y trabajadores de España, estamos defendiendo, desde hace dos años, el suelo de nuestra patria.

Se engañan profundamente y engañan al pueblo los que pretenden que la entrega de Checoslovaquia al fascismo podría tener consecuencias favorables para nosotros, porque habiéndose cedido a la prepotencia de los agresores, en un punto, sería lógico resistirles en otro. No; desgraciadamente la experiencia de los últimos años nos ha enseñado que la «lógica» de los señores que apoyan al fascismo en sus criminales empresas, no es ésta. Los que han capitulado en Munich no lo han hecho casualmente ni por error. El plan de la gran burguesía reaccionaria, que estos señores representan y a la que sirven, es entregar todos los pueblos al fascismo antes que permitir que los obreros, los campesinos, la pequeña burguesía productora, los demócratas sinceros y honrados, marchen unidos en un amplio y sólido movimiento de frente popular, por el camino del progreso social, de la libertad y de la paz. Quieren entregar todo el mundo al fascismo, por miedo a que el pueblo les obligue algún día a renunciar a sus privilegios de clase y de casta. Para ellos, el fascismo es un aliado natural, un hermano, y nosotros, que luchamos unidos, porque no queremos que se nos reduzca a la condición de esclavos, somos sus enemigos, como lo son también los obreros que en todos los países aspiran a mejorar sus propias condiciones de existencia y luchan por sus reivindicaciones de clase.

Hablaré muy claro, porque quiero que se me entienda bien. Afirmo que los cuatro de Munich—y el hecho de que exista en nuestro país una cuidadosa censura de Prensa me exime de aplicarles el calificativo que merecen—están dispuestos a traicionar y entregar otros pueblos independientes y libres de igual manera que han traicionado y entregado a Checoslovaquia. Pero afirmo al mismo tiempo que los cuatro no pueden, no podrán hacer todo lo que qui-

sieran y está en sus planes. Y esto porque existe una opinión pública, porque en las filas de la burguesía misma hay hombres que comprenden lo que está ocurriendo y lo que se prepara y están horrorizados ante ello; porque existe una masa de pequeña burguesía demócrata y liberal, y, sobre todo y ante todo, porque existe una clase obrera, un proletariado internacional, que no solamente debe comprender lo que significan para su propio porvenir los planes del fascismo y sus cómplices, sino que, además, tiene sus métodos propios y probados de lucha y está en condiciones de mostrar el camino, con su propia acción decidida, a todas las fuerzas democráticas y de paz y de romper las maniobras de la burguesía reaccionaria.

No creo que la gran burguesía de Francia—cuyo agente y servidor es el Gobierno del señor Daladier—estuviera de acuerdo en conceder a los obreros franceses, hace dos años, las cuarenta horas de trabajo, las vacaciones pagadas por el patrono, el reconocimiento de los derechos de los Consejos obreros de fábricas y las demás grandes conquistas sociales. Pero las organizaciones obreras y el Frente Popular supieron imponer a la gran burguesía la voluntad de las masas. Comprendo que cuando se trata de problemas de política internacional y no de reivindicaciones económicas inmediatas les es más fácil a la gran burguesía y a los jefes socialdemócratas reaccionarios engañar a las masas; pero aquí ya se plantea un problema de nuestro trabajo, de la insistencia, energía y eficacia de nuestra agitación, de nuestra capacidad para ampliar el frente de lucha hasta que se hallen comprendidos en él todos los posibles aliados sin que se pierda la iniciativa de combate de la vanguardia más consciente; de reaccionar a tiempo en las situaciones graves y de criticar también a nuestros aliados y amigos para poner en guardia a las masas contra los capituladores, los vacilantes y los cobardes.

Además, no creo que el problema de la lucha contra el fascismo en el campo internacional se pueda aislar del problema de la defensa de las reivindicaciones y conquistas económicas obreras. La entrega de Checoslovaquia a Hitler ha sido para la gran burguesía francesa condición y premisa para su próxima ofensiva contra las conquistas sociales del Frente Popular, y es ridículo pensar que en una Europa sojuzgada por el fascismo, en una Europa en la cual los invasores de España hubieran logrado realizar sus criminales intentos, los obreros de Francia podrían mantener las conquistas sociales, de las que tan justamente se sienten orgullosos. Ni una hora se podrían mantener estas conquistas el día en que—por hipótesis que todos rechazamos—en Barcelona, Valencia y Madrid no continuara desplegando sus colores la bandera republicana.

LA DEFENSA DE ESPAÑA

Desde cualquier punto de vista que escojamos para juzgar la actual situación europea —sobre todo si elegimos, como es natural, el punto de vista de la clase obrera—, el problema de España está en el centro de todo.

Defender a España significa hoy defender todas las conquistas del proletariado y las libertades de los pueblos. Quizá sea España el último baluarte de la democracia y de la paz. Este baluarte no puede caer y no puede perderse,

porque ello sería la catástrofe segura para todos los países libres de Europa, y, en primer lugar, para la clase obrera.

¿Lo comprenderán así los obreros y los trabajadores de Francia, de Inglaterra, de Bélgica, de los países escandinavos, de América? ¿Comprenderán que lo que hacen algunos de los jefes socialdemócratas del movimiento obrero internacional, poniéndose a la cola de la Prensa reaccionaria para presentar la actuación de Chamberlain y Daladier como una «defensa de la paz», es un engaño, una traición a los intereses del proletariado y del pueblo? ¿Comprenderán que hay que imponer a estos jefes una política eficaz de defensa de la paz contra los agresores fascistas, y que el eje de esta política debe ser la acción UNIDA del proletariado internacional y de sus organizaciones? ¿Comprenderán que cuando falta esta acción unida del proletariado es difícil y casi imposible organizar en un frente de lucha común a todos los restantes amigos de la paz? ¿Comprenderá el pueblo de Francia que lo acontecido en Checoslovaquia significa para él una derrota nacional y que si se perdiera la independencia de España el destino del pueblo francés estaría ya resuelto sin combate, y por un largo período de tiempo no existiría para los franceses ni independencia ni libertad?

No soy pesimista. Creo que todas estas cosas serán comprendidas por el proletariado y por los pueblos interesados. Creo, además, que a la peligrosa depresión que hoy existe en los países democráticos sucederá en breve una potente reacción de las masas populares, que barrerá a todos estos Chamberlains y Daladiers, a todos los capituladores y cobardes, e impondrá una acción que haga retroceder a los agresores. Pero, para que así suceda, hace falta que las fuerzas de vanguardia de la clase obrera desarrollen una formidable labor de esclarecimiento y agitación y se apresten, con todas sus fuerzas, al combate contra la burguesía reaccionaria y sus agentes. Y hace falta que un espíritu nuevo y una decisión inquebrantable de frenar y hacer retroceder al fascismo y a sus cómplices en todo el mundo, penetre en todas las organizaciones obreras y que éstas unan su esfuerzo para una lucha suprema, de la que depende el destino del mundo.

NUESTRA AYUDA

Nosotros, españoles, ayudaremos con toda energía.

Ayudaremos, en primer lugar, declarando claramente y haciendo comprender a todos, por todos los medios posibles, que no somos ni Austria ni Checoslovaquia, y que se engañan los que piensan poder arreglar los problemas de España sin tener en cuenta nuestra voluntad o en contra de ella. Queremos ser libres e independientes; queremos que se marchen de España los invasores extranjeros, y no aceptaremos ni transacción ni pacto de ningún género con ellos, y defenderemos la independencia y la integridad de España, cueste lo que cueste y contra todos.

Ayudaremos también manteniendo y fortaleciendo nuestra unidad, la unidad de todo el pueblo en el Frente Popular y alrededor del Gobierno de Unión Nacional. Esta unidad será un ejemplo para los obreros y los pueblos de todas las latitudes, así como debería ser un ejemplo para todos los partidos socialistas la actuación del Partido Socialista Obrero Español, que, a

pesar de que haya en sus filas algunos elementos adversarios de la unidad, ha contribuido y contribuye de manera eficaz, manteniendo con los comunistas una colaboración fraternal desde hace dos años, al fortalecimiento del Frente Popular y a la resistencia de todo el pueblo.

Ayudaremos, asimismo, haciendo comprender a los capituladores y cobardes que puedan existir en nuestro país y quisieran aprovechar la nueva situación internacional para sembrar desórdenes y confusión en nuestro campo, que el pueblo español, todo unido, está decididamente frente a ellos y no tolerará ninguna maniobra, ninguna vacilación que pueda mermar nuestra resistencia y poner en peligro la independencia nacional.

Ayudaremos, en fin, trabajando todos: comunistas, socialistas, anarquistas, republicanos y masas sin partido, bajo la dirección del Gobierno, a resolver rápidamente los problemas militares y económicos de hoy, que conciernen al fortalecimiento de nuestra resistencia y a la preparación de las condiciones que han de permitirnos emprender, a su tiempo, las acciones necesarias para expulsar para siempre de nuestro suelo a los invasores italianos y alemanes.

Ayudaremos a la clase obrera internacional a unir sus esfuerzos contra el fascismo y la guerra; por la defensa de sus intereses, de la libertad y de la paz.

Ayudaremos a las fuerzas democráticas a oponer una resistencia activa a los agresores fascistas, mediante el aislamiento de los agentes fascistas que en todos los países trabajan para sacrificar las conquistas de la civilización y del progreso en el altar de los privilegios de la gran burguesía parasitaria.

Y salvaremos nuestra independencia, haciendo una vez más de nuestra España el país que señala al mundo el camino de la dignidad y de la libertad.

EL COMLOT DE MUNICH

CHECOSLOVAQUIA, último baluarte de la democracia en la Europa central, ha sucumbido víctima de un complot sin precedentes tramado por Hitler y Chamberlain contra la libertad y la paz de los pueblos. El Gobierno francés ha aprobado este complot, perpetrando contra su aliado más fiel una traición sin igual en la historia. Los miembros de la conferencia de Munich acordaron, sin consultar a los pueblos y contra la voluntad de éstos, desmembrar la República checoslovaca y asegurar al fascismo alemán la hegemonía en la Europa central. Chamberlain y Daladier se han convertido en ayudantes de los verdugos fascistas, encargándose de la deshonrosa tarea de imponer a Checoslovaquia el «diktat» de Hitler. Han seguido una política que substituye la voluntad de libertad de los pueblos, el principio de la seguridad colectiva, las normas fundamentales del derecho internacional por el principio de la violencia: «Se prohíbe resistir a los bandoleros fascistas».

Esta política de deshonrosa capitulación, esta política criminal que han empezado a aplicar en beneficio de la pandilla de bandoleros fascistas, se ha desarrollado bajo el manto de la «salvación de la paz». Cálculos arteros han permitido especular con el deseo de paz de los pueblos. El fascismo alemán se encontraba en un atolladero. Sus provocaciones y el chantaje que ejercía con la amenaza de la guerra habrían cesado con que hubiese visto alzarse delante de él un frente de la paz constituido por todas las grandes potencias democráticas. Nada hubiese sido más fácil que organizar ese frente de la paz y obligar a capitular a los provocadores fascistas de la guerra.

Pero la reacción inglesa y la francesa querían impedir a toda costa cabalmente esta capitulación del Gobierno de Hitler. Para ellas, *Hitler es el gendarme que se opone al movimiento democrático por la libertad de los pueblos, a la clase obrera y a la Unión Soviética*. Están dispuestas a sacrificar los intereses de todas las naciones antes que los de sus gendarmes. Con el fin de disimular ante los ojos de los pueblos la verdadera razón de su acuerdo con el fascismo alemán, fomentaron artificialmente todo lo posible

el pánico a la guerra, suscitado por ellas, en París, en Londres, en todos los países de Europa, y se esforzaron en hacer creer que la guerra era inevitable si no se daba satisfacción a las exigencias de Hitler. Para fingir que atendían a la voluntad de resistencia y, a la vez, para asustar a las masas populares, ordenaron la movilización parcial. Finalmente, presentaron la capitulación de Munich, proyectada de mucho tiempo atrás, como la última posibilidad existente para «salvar la paz», y los jefes de los Gobiernos inglés y francés regresaron a sus países cubiertos con el disfraz de «salvadores de la paz».

No han salvado la paz; han salvado a su más terrible enemigo, al fascismo alemán.

Y no les ha bastado con salvar al fascismo alemán, sino que, además, le han asegurado *la hegemonía en la Europa central*, ofreciéndole así la base que le ha de permitir prepararse para una guerra mundial.

Han entregado a los bandidos fascistas los pequeños Estados de Europa, minando de este modo la posición de Francia como gran potencia.

Por todo ello, han dado al enemigo mortal del pueblo francés y del inglés la posibilidad de proseguir más vigorosamente su «cruzada» contra la democracia europea y de intentar someter a toda Europa a su dictadura.

En vez de salvar la paz, han suscitado el peligro, ya casi imposible de atajar, de una guerra mundial de larga duración que costará innumerables víctimas.

I

El fascismo alemán emplea en su lucha por la hegemonía mundial los mismos métodos que aplicaba antes en Alemania para la conquista del Poder. Las fuerzas que le ayudaron a tomar el Poder en Alemania —los círculos más reaccionarios de la gran burguesía— son las mismas que hoy le sostienen en Europa. Sus éxitos aquí los debe a las mismas debilidades de las fuerzas democráticas opuestas que hicieron posibles sus éxitos interiores en Alemania.

Los círculos más reaccionarios de la burguesía, los magnates de la industria pesada y los grandes terratenientes, amalgamados, dieron el Poder a Hitler en Alemania. En el año 1932, el partido nazi se había hundido en un callejón sin salida. Atravesaba un crisis interior. Perdía partidarios y miembros; se disgregaba en fracciones; comenzaba a descomponerse. En aquel momento, los patronos reaccionarios del fascismo, magnates de la industria pesada y grandes terratenientes, resolvieron salir de su reserva y poner el Gobierno en manos de sus protegidos.

Este mismo proceso se repite hoy en el plano de la política internacional. Los círculos más reaccionarios de la burguesía inglesa y sus cómplices franceses, que hasta ahora apoyaban al fascismo alemán de un modo más o menos recatado, han salido de su reserva, en vista de la difícil situa-

ción en que había caído la Alemania hitleriana, y han otorgado abiertamente a su protegida la hegemonía en la Europa central.

Y pudo triunfar aquel complot de los círculos más reaccionarios de la burguesía alemana, que permite que el partido nazi mantenga esclavizado al pueblo alemán, porque en gran parte de las masas populares habían prendido las mentiras fascistas. Los fascistas hacían responsable a la democracia de la miseria que el capitalismo había impuesto al pueblo. Afirmaban que la miseria del pueblo desaparecería tan pronto como fueran rotos los tratados de paz. Apelaban a los sentimientos anticapitalistas de las masas a fin de poder servirse de estas últimas para consolidar el sistema capitalista. Finalmente, prendieron fuego al Reichstag con objeto de suscitar el pánico mediante esta insólita provocación e inducir en error a grandes masas del pueblo.

Esto mismo se repite hoy, con leves modificaciones, en la propaganda internacional del fascismo alemán. Los impostores fascistas hacen responsables de la agitación de Europa a la democracia y a los tratados de paz. Invocan el deseo de paz de las masas y declaran que los que amenazan la paz son simplemente víctimas de las agresiones a que tienen que hacer frente. Engañan y atemorizan a los pueblos con insólitas agresiones guerreras, presentando, como hicieron con el incendio del Reichstag, a las víctimas como responsables. Propagan la idea de que en cualquier situación existe un medio para salvar la paz, y es la capitulación sin condiciones de la víctima ante el agresor. La misma razón tendría para declarar a los habitantes de una ciudad una banda de malhechores: «En vuestras manos está el medio de poner término a todos los robos y asaltos: entregadnos por vuestra propia voluntad y sin condiciones todos los objetos de valor que poseéis».

El fascismo pudo implantar su poder en Alemania porque las fuerzas democráticas fueron retrocediendo paso a paso ante él, porque intentaron irse rescatando con concesiones hasta llegar al suicidio. Los demócratas, cobardes y ciegos, prepararon el camino al fascismo al consentir la mutilación de la democracia por sí misma, la restricción cada vez mayor de las libertades democráticas del pueblo, al negarse a oponer a los fascistas una enérgica resistencia. Los partidos de la democracia alemana, aterrados ante las fuerzas populares, lanzaron la consigna «Contra el fascismo y el comunismo», dividiendo así el frente antifascista, impidiendo la unión de las masas populares y favoreciendo de este modo la campaña desenfrenada contra la democracia desarrollada por los fascistas en nombre de la lucha contra «el bolchevismo». La división del frente antifascista, la división de la clase obrera, fué la causa decisiva de la terrible derrota de la democracia. Los jefes de la socialdemocracia y de los sindicatos independientes esperaron hasta el último instante que la burguesía les perdonara en pago de su lucha contra los comunistas y creyeron que de este modo salvarían de la ruina a su partido y sus organizaciones. Lo que consiguieron, al practicar una política de retroceso constante, al impedir la formación del frente único antifascista, fué acelerar aquella ruina.

Esto mismo se repite hoy en el plano internacional. Las fuerzas democráticas intentan una vez más rescatarse con concesiones al fascismo alemán. Otra vez tienen miedo de las fuerzas populares, temen apoyar al pueblo español en su lucha, participan en la campaña contra los comunistas, impiden la unión de las masas populares, tiemblan ante la idea de que un potente

movimiento popular pueda barrer a los Gobiernos reaccionarios y reemplazar el mezquino e intrigante mercantilismo parlamentario por una democracia de Frente Popular sana, fecunda y combativa. Jefes de la II Internacional, como Citrine y Blum, combaten una vez más la unión de la clase obrera y se ponen al servicio de Chamberlain y Daladier, recomendando la capitulación ante Hitler antes que la unidad de acción internacional de la clase obrera y la colaboración con la Unión Soviética en la lucha por la paz y la democracia. En vez de oponerse resueltamente al complot de Hitler y Chamberlain contra la libertad y la paz de los pueblos, saludan a Chamberlain como al «salvador de la paz» y fingen creer sinceras las hipócritas protestas de Hitler.

Los incorregibles voceros de la democracia europea consideran sincera la reciente declaración de Hitler en la que dice no tener más reivindicaciones territoriales en Europa. Han olvidado ya que el 1.º de febrero de 1934 Hitler aseguraba: «Cuando se afirma que Alemania tiene el propósito de violar las fronteras del Estado austríaco, se dice un absurdo que no tiene absolutamente el menor fundamento». Han olvidado ya que el 21 de marzo de 1935 Hitler afirmaba en el Reichstag que «Alemania no tiene la intención ni la voluntad de inmiscuirse en los asuntos interiores de Austria, ni de anexionarse este país». Han olvidado ya que el 11 de julio de 1936 Hitler garantizaba solemnemente la independencia de Austria y que el 20 de febrero de 1938 reforzaba este pacto. Han olvidado, en fin, que Hitler, después de que las tropas alemanas hubieron entrado en Renania el 7 de marzo de 1936, declaraba expresamente: «Alemania no tiene ya reivindicaciones territoriales en Europa». Después de cada una de estas ocasiones, las democracias europeas «respiraban», hasta que sobrevinía una cínica ruptura de las solemnes promesas hechas. *Hitler no ha cumplido jamás su palabra. Ni la cumplirá mañana mejor que hasta aquí.* Burlándose de ellos, abofetea a los insensatos que se esfuerzan convulsivamente en hacer que desaparezcan todas las experiencias, en tomar a un incendiario por un bombero, a un impostor por un caballero y a un provocador de guerras por un salvador de la paz.

El balance de los éxitos fascistas es el balance de las cegueras democráticas. No han faltado las previsiones certeras de los actos de los agresores fascistas. Los demócratas incorregibles aseguraban siempre que estas previsiones eran «exageradas». Y, cada vez que se cumplían, se consolaban diciendo que lo sucedido «no era tan grave», que era preciso tomar en consideración «los hechos» y que se podía reanudar «el trabajo e irse a dormir tranquilos», según la exquisita expresión de León Blum. Dormir tranquilos: tal es el compendio de esta política «democrática» suicida.

La Internacional Comunista puede reivindicar a su favor el haber sacudido infatigablemente a los que dormían, el haber vaticinado y haber propuesto día tras día el único medio susceptible de paralizarlas. No queremos recordar todas las advertencias, todos los avisos, todos los llamamientos de la Internacional Comunista. Solamente llamaremos la atención sobre lo que afirmó, tres años atrás, *el VII Congreso de esta Internacional*. La resolución aprobada por este Congreso, como conclusión del debate acerca del informe presentado por el camarada Ercoli, dice:

«Los planes aventureros del fascismo alemán van muy lejos y están

concebidos a base de la revancha guerrera contra Francia, del reparto de Checoslovaquia, de la anexión de Austria, de la destrucción de la independencia de los países bálticos...

»Los círculos dirigentes de la burguesía inglesa apoyan los armamentos alemanes para debilitar la hegemonía de Francia en el continente europeo, hacer virar de Occidente a Oriente el filo de las armas alemanas y orientar la agresividad de Alemania contra la Unión Soviética. Con esta política, Inglaterra tiende a oponer, sobre el plano internacional, un contrapeso a los Estados Unidos y, al mismo tiempo, a acentuar las tendencias antisoviéticas no sólo en Alemania, sino también en el Japón y en Polonia. Esta política del imperialista inglés es uno de los factores que aceleran el estallido de la guerra imperialista mundial» (1).

El camarada Gottwald, en el discurso que pronunció en aquel Congreso, declaró :

«El imperialismo alemán amenaza a una serie de países. Uno de los primeros, de los que se hallan a tiro de fusil, es Checoslovaquia. El pueblo checo se ve bajo la amenaza de perder su independencia nacional. En Checoslovaquia, los pueblos alemán, eslovaco, húngaro, ucraniano y polaco corren el riesgo de caer bajo la garra de los fascismos alemán, húngaro y polaco.»

Y estas advertencias, hechas en el Congreso, han sido repetidas mil veces después. Si las recordamos, no es para comprobar que teníamos razón, sino para mostrar que los sucesos de este año no se han producido por sorpresa, que fué posible preverlos ya en 1935 y que hubiese sido posible impedirlos mediante una resistencia a tiempo y enérgica. El fascismo ha podido realizar estos planes, puestos al descubierto hace ya tiempo y que distaban entonces mucho de estar perfeccionados, únicamente porque los círculos dirigentes demócratas y socialdemócratas tenían los ojos cerrados para poder substraerse así a la necesidad de colaborar en la unión de todas las fuerzas antifascistas para la lucha contra el peligro que amenazaba.

Los bandoleros fascistas han podido conquistar Abisinia, atacar a España y China, anexionarse Austria, desmembrar Checoslovaquia, no porque sean fuertes, sino exclusivamente porque las fuerzas democráticas están divididas, desunidas, extraviadas, porque hasta ahora no han conseguido unirse.

II

El 21 de mayo, Hitler dió a su ejército la orden de entrar en Checoslovaquia. En el último instante, hubo de revocar la orden. La resistencia del pueblo checoslovaco obligó al Gobierno francés a ponerse rápidamente en movimiento y a declarar que respetaría el pacto que había concertado con Checoslovaquia. Todos los pueblos y todos los Gobiernos saben que la Unión Soviética es fiel a los tratados que ha firmado. Ante una situación tan

(1) VII Congreso de la Internacional Comunista. Resoluciones y acuerdos. Ediciones Sociales Internacionales, p. 27.

clara, el Gobierno inglés no pudo vacilar y advirtió a su protegido, el Gobierno alemán, que si iniciaba una agresión las cosas terminarían mal para él. En oposición a Hitler se alzaba un potentísimo frente de la paz y aquél hubo de batirse en retirada lo más rápidamente posible. Alemania no puede hacer la guerra a Francia, a Checoslovaquia y a la Unión Soviética. El fascismo alemán se había aventurado demasiado lejos y tuvo que aceptar, rechinando los dientes, su derrota diplomática.

Hitler comprendió que no sería capaz de ejecutar sus planes de piratería sin establecer previamente acuerdos precisos con Chamberlain. No podía conseguir sus objetivos en la Europa central más que llevado de la mano por Chamberlain. Los imperialistas ingleses se lo habían dado a entender con toda claridad. Por otra parte, estos imperialistas querían impedir a toda costa la vuelta a una situación en que Inglaterra tuviera que entrar, de modo imprevisto, en un frente de la paz en que figurase también la Unión Soviética. Era preciso que los pueblos no se dieran cuenta de que ese frente, extraordinariamente poderoso, estaría siempre en condiciones de yugular al fascismo e imponerle la paz. El segundo ataque de Hitler contra Checoslovaquia fué cuidadosamente preparado por los círculos más reaccionarios de la burguesía inglesa. Chamberlain tomó en sus manos las riendas para sacar a su protegido del atolladero en que se había metido y para abrirle el camino del éxito.

Comenzó a actuar la diplomacia inglesa. Se obligó al Gobierno francés a renunciar a toda política independiente y a seguir dócilmente los pasos del imperialismo inglés. Chamberlain envió a Checoslovaquia a lord Runciman en calidad de «consejero» para que presionara al Gobierno, conspirase con los agrarios reaccionarios e infundiera nuevo valor al partido de Henlein. Los círculos dirigentes de este partido estaban dispuestos a aceptar una solución de la cuestión sudeta dentro del marco del Estado checoslovaco. Runciman les aconsejó, según su propia confesión, que no aceptasen más que la cesión de los sudetas a la Alemania hitleriana. Las negociaciones se prolongaban de continuo, con fútiles pretextos, sin llegar a una conclusión, hasta que Hitler hubo movilizado un ejército de dos millones de hombres y lo mandó a la frontera checoslovaca para hacer maniobras. En aquel momento preciso, Chamberlain hizo declarar oficiosamente, valiéndose del «Times», que era necesario ceder a Alemania la región de los sudetas para «pacificar» Europa. Entonces, Henlein exigió el plebiscito y provocó, en Mährisch-Ostrau, un «incidente» que suministró a los negociadores sudetas el pretexto esperado para romper las negociaciones con el Gobierno. Al mismo tiempo, comenzaron los preparativos del «putsch» de Henlein y la propaganda que anunciaba que Hitler pronunciaría en Nuremberg palabras decisivas sobre la guerra y la paz. Gracias a esto, los imperialistas ingleses pudieron afirmar ante la opinión pública mundial que la cuestión de los sudetas no era un asunto interior de la República checoslovaca soberana, sino un problema que interesaba a las grandes potencias europeas.

En Nuremberg, Hitler dió la señal para el «putsch» de los sudetas. El «putsch» fracasó lamentablemente; se habían alzado en armas no las masas del pueblo, sino algunos grupos de mercenarios. El Gobierno pudo restablecer el orden rápidamente. Henlein huyó velozmente al otro lado de la frontera. Ni la «variante» española, ni la «variante» austríaca, resultaban posibles para Hitler. Y una vez más Chamberlain corrió en su ayuda. Empezó

a suscitar sistemáticamente por toda Europa el pánico de la guerra y a dar la impresión de que Hitler estaba resuelto a atacar a las fuerzas reunidas de Francia, Inglaterra, la Unión Soviética y la Pequeña Entente. Se condujo como si hubiera que tomar en serio las amenazas y el chantaje del provocador de la guerra alemán, como si la guerra hubiese llegado a ser casi irremediable. Finalmente, tomó el avión y, como un arcángel de la paz, voló hacia Berchtesgaden. En la «villa» de Hitler se acordaron los pasos que habían de seguir. Chamberlain regresó a Londres, declaró a sus contemporáneos, conmovidos, que estaba mortalmente fatigado... y al día siguiente presentó al mundo el memorándum de Hitler, que exigía la cesión de la región de los sudetas como única e infalible fórmula para mantener la paz. Los imperialistas ingleses y sus lacayos franceses se dirigieron a Checoslovaquia, le pusieron la pistola al pecho y exigieron que aceptase inmediatamente el ultimátum de Hitler; en caso contrario, Hitler recurriría a la guerra e Inglaterra y Francia no apoyarían a Checoslovaquia. El Gobierno checoslovaco, en el que dominaban los agrarios reaccionarios que conspiraban hacía tiempo con el fascismo alemán, cedió.

Pero entonces se produjo algo que contrarrestaba los planes de Chamberlain. Movidas por una tremenda indignación, las masas populares de Checoslovaquia se alzaron y expulsaron al Gobierno. Bajo la presidencia del Inspector General del Ejército, Sirovy, se formó otro Gobierno encargado por el pueblo de defender Checoslovaquia. El movimiento popular democrático de este país encontró un potente eco en las masas populares de Francia e Inglaterra. Los pueblos comenzaron a combatir a los Gobiernos traidores. La Unión Soviética declaró pública y vigorosamente que cumpliría con toda lealtad su deber de aliado. Yugoslavia y Rumania hicieron saber que estaban dispuestas a apoyar a Checoslovaquia. Polonia se sintió intimidada por una nota de la Unión Soviética. El presidente de los Estados Unidos declaró que, en caso de guerra, América estaría al lado del agredido. La situación se había transformado rápidamente y Chamberlain comprendió que había que apresurarse más si se quería impedir el nacimiento de un frente de la paz potentísimo y que era necesario sacar de sus nuevos atascos al fascismo alemán.

La maniobra fué ejecutada con pérfida habilidad. Hitler declaró que sus antiguas reivindicaciones eran ya insatisfactorias. Checoslovaquia tenía que desaparecer del mapa político del mundo. Mussolini corrió al lado de Hitler, éste hizo que Polonia y Hungría anunciaran sus reivindicaciones y habló de una guerra cuyo objetivo era la constitución de una «nueva Europa». Chamberlain voló por segunda vez hacia Hitler. La entrevista de Godesberg fué presentada como una entrevista dramática y se declaró que no había conducido a ningún resultado apreciable. *La jauría de los imperialistas ingleses recrudeció la campaña enderezada a provocar el pánico a la guerra.* En Inglaterra y Francia se ordenó una movilización parcial y comenzó la distribución de caretas antigás. Se preparó la «evacuación» de Londres y París por procedimientos evidentemente poco serios, pero que asustaron a los hombres ya excitados por los acontecimientos. Se hizo creer a la población que la guerra era inevitable y que sólo un milagro podría salvar la paz. Y entonces se organizó el montaje del milagro: Mussolini, Chamberlain y Daladier volaron hacia Munich y acordaron públicamente lo que ya estaba decidido en secreto hacía mucho: el desmembramiento de Checoslovaquia. La satisfacción de

todas las exigencias del fascismo alemán fué presentada ante los pueblos como «la paz salvada».

En el curso de la primera distensión que siguió al pánico de la guerra artificialmente creado, muchos hombres creyeron que la paz había sido en efecto salvada y que, para ello, no había existido otro medio que la entrega de Checoslovaquia y la cesión de la Europa central al imperialismo alemán. Pero, al cabo de muy poco tiempo, los hombres que pensaban así se frotarán, asombrados, los ojos y reconocerán el monstruoso engaño de que han sido víctimas.

El 21 de mayo Hitler había dado ya la orden de marcha y, sin embargo, tuvo que dar contraorden al ver unidas frente a él a las grandes potencias occidentales, a la Unión Soviética y a Checoslovaquia. Esta retirada impuesta en el último instante tenía una causa muy sencilla: *la Alemania hitleriana no es capaz de sostener la guerra contra un frente de la paz vigoroso. Si contra toda razón, contra la voluntad del pueblo alemán y contra las objeciones de su propio Estado Mayor, se lanzase, sin embargo, a ella, ello acarrearía el total derrumbamiento, en el más breve plazo, del fascismo nazi.* En septiembre, la situación era la misma que en mayo desde ese punto de vista; además, en septiembre, la intervención de los Estados Unidos de América reforzaba la capacidad de resistencia del frente de la paz. El propio Hitler se guardó mucho de crear, con ayuda de actos de guerra cualesquiera, una situación análoga a la del 21 de mayo; no pasó de proferir criminales amenazas. Lo mismo que no alcanzó el poder en Alemania mediante un «putsch», sino que lo obtuvo por la benevolencia de la burguesía reaccionaria, jamás habría conquistado la hegemonía en la Europa central mediante una guerra; para lograrla, necesitaba la benevolencia de los imperialistas ingleses y de sus cómplices franceses.

La paz se habría salvado con que los Gobiernos francés e inglés hubiesen declarado categóricamente que Francia e Inglaterra estaban resueltas, al mismo tiempo que la Unión Soviética, a defender a Checoslovaquia y que el primer ataque militar de la Alemania hitleriana significaría el aniquilamiento del fascismo alemán. Son cosas éstas que Daladier y Chamberlain se guardaron muy mucho de decir; y no solamente no ejercieron presión alguna sobre la Alemania hitleriana, sino que ejercieron, por el contrario, una presión sobre Checoslovaquia.

Una clara y firme actitud de Francia e Inglaterra frente al agresor alemán habría dado alientos a todos los pequeños Estados de Europa para reforzar tan vigoroso frente de la paz; la prueba, la intervención de Rumanía y Yugoslavia después de la declaración de la Unión Soviética.

Una clara y franca actitud de Francia e Inglaterra habría intimidado a Polonia y Hungría y habría podido provocar un cambio en la situación política de estos países, por lo menos en Polonia, cuyo Gobierno se apoya en una base debilísima.

Tal actitud por parte de Francia e Inglaterra habría acarreado el aislamiento de la Alemania hitleriana. La oposición interna a Hitler, que jamás había sido tan importante como en el curso de aquellas últimas semanas, se habría convertido rápidamente en uno de los más serios factores de la paz en Europa y el fascismo no habría podido salir del atolladero en que se había hundido.

Pero Chamberlain y sus cómplices consideraron llegado el momento de sostener de manera franca a la Alemania hitleriana precisamente porque era posible yugular al fascismo imponiendo la paz y librar así al mundo de la opresión fascista.

El complot de Munich, el desmembramiento de Checoslovaquia, no tenía en modo alguno como finalidad salvar la paz, sino salvar a los gendarmes fascistas del imperialismo inglés, fortalecerles y ahogar el movimiento popular democrático que, desde Checoslovaquia, desbordaba sobre Europa.

III

El fascismo utilizará sin escrúpulos sus nuevos éxitos en la Europa central. La suerte de Checoslovaquia amenaza a los pequeños Estados. Está amenazada la independencia de los pueblos balcánicos y también la de Suiza, Holanda, Bélgica y Dinamarca. En todos estos países viven minorías alemanas, los fascistas alemanes reforzarán la organización en ellos de su «quinta columna», y Francia y Polonia no serán los últimos países en que este hecho se produzca. Además, Hitler deja ya entrever que presentará sus reivindicaciones coloniales. El método de los imperialistas ingleses, que consiste en cebar al imperialismo alemán a costa de los demás, encierra aún una serie de posibilidades. Hay pequeños países, como Holanda, Bélgica, Portugal, que poseen colonias, y ¿quién dice que Chamberlain no les impondrá un día la orden de ceder esas colonias a la Alemania hitleriana a fin de «salvar la paz»? ¿Y por qué el imperialismo inglés habría de temer imponer también a Francia, siempre para «salvar la paz», concesiones territoriales? Ya hoy Francia tiene que pagar una parte no pequeña de los vidrios rotos. Ha quedado destruido su sistema de alianzas en Europa, su seguridad está socavada, la confianza de los pueblos en su misión va desapareciendo, el Gobierno Daladier convierte a Francia en un Estado vasallo del imperialismo inglés. *El pueblo francés es una de las principales víctimas del complot de Munich.*

Para proseguir su labor de descuartizamiento, los cuatro hombres de Munich han escogido la República española. Ya han comenzado las negociaciones entre los «salvadores de la paz» para decidir sobre el mejor modo de degollar al pueblo español. Es notorio que Daladier se esfuerza en poner lo antes posible la soga al cuello de Francia y que, después de haber traicionado a su aliado checoslovaco, se cuida de que Hitler y Mussolini monten también en los Pirineos sus posiciones de guerra contra Francia. Hay algo, sin embargo, que no marcha: el pueblo español y su heroico Ejército Popular resisten victoriosamente a los agresores fascistas hace más de dos años y no están dispuestos a capitular ante un mandato de Chamberlain. Saben que éste es su enemigo, no se hacen ninguna ilusión sobre Daladier, no es la primera vez que ven a los sedicentes Gobiernos democráticos de Francia e Inglaterra traicionar la causa de los pueblos y saben que sólo pueden ayudarles en su lucha las masas populares. Ante los manifiestos esfuerzos de los «salvadores de la paz» para conceder a los fascismos alemán e italiano la

hegemonía sobre Europa, la simple voluntad de vivir de todos los pueblos exige de éstos que sostengan con la máxima energía la lucha del pueblo español. Los obreros y trabajadores de todos los países, y en primera línea los franceses, han de comprender que el pueblo español defiende la libertad *de ellos*, el porvenir *de ellos*, que el Ejército Popular español ocupa en Europa los puestos de vanguardia en la resistencia a la invasión de los bárbaros. Observando la suerte de los obreros y campesinos checoslovacos, que tienen que huir, por miles, ante las bayonetas de las tropas de ocupación alemana, abandonando sus hogares, su ganado de labor, sus bienes, los trabajadores de todos los países pueden ver lo que les amenaza si no resisten a los bárbaros fascistas. A la vista de este horroroso ejemplo, comprenderán que el Ejército Popular español no sólo defiende a España, sino que defiende a la vez a las mujeres y los hijos, las granjas y la tierra, la vida y los bienes de los trabajadores de todos los países. *Ayudar sin pérdida de tiempo, todo lo posible y unánimemente, a la España republicana, tal debe ser la primera respuesta de los pueblos a los bandoleros de Munich.*

Los imperialistas ingleses no desean que los pueblos de Europa se concierten entre sí libremente. Están dispuestos a impedir a toda costa la liberación real de Europa. Quieren una Europa desgarrada, desorganizada por el peligro de guerra, que no viva en paz ni en relaciones de amistad con la Unión Soviética. Han paralizado la actividad de la Sociedad de Naciones. Han substituído el sistema de la seguridad colectiva por un estado de incertidumbre universal. Han sometido el derecho internacional al «Faustrecht» (el derecho del más fuerte); han levantado contra el derecho democrático de todos los pueblos a disponer de sí mismos un tribunal formado exclusivamente por cuatro hombres, que delibera a puerta cerrada y que condena a muerte a naciones enteras. Han confiado a los bandidos fascistas la policía de Europa y otorgado el título de «salvadores de la paz» a los instigadores de la guerra. Todas las complicaciones guerreras de estos últimos años no tienen más que *un solo autor*: el fascismo. La guerra contra Abisinia, la guerra contra España, la guerra contra China, la incesante tensión de guerra en toda Europa, todo ello es obra del fascismo. Los que, como Chamberlain, ayudan al fascismo, los que impiden la resistencia contra el fascismo y no consienten en su derrota son enemigos de la paz, atizan la hoguera de la guerra. *No puede defenderse seriamente la paz si no se lucha contra Chamberlain y sus cómplices. No habrá liberación real de Europa mientras no exista en Inglaterra un Gobierno popular democrático.*

Daladier se ha convertido en el cómplice de Chamberlain. Ha traicionado el programa del Frente Popular y los intereses del pueblo francés. Ha comprometido al Gobierno francés en un complot imperialista que amenaza muy seriamente la paz y la existencia de Francia. *La paz de Europa y la seguridad de Francia sólo puede garantirlas una verdadera política de Frente Popular en Francia.* Solamente un Frente Popular que no tolere traición alguna a su programa, que no permita una política dirigida contra los intereses del pueblo francés, puede preservar a Francia y a Europa de las peores catástrofes.

Las masas populares de Francia, de Inglaterra y los demás países deben reunirse en un sólido bloque antifascista contra el bloque fascista que oprime a Europa. *Los trabajadores han de reconocer que han sido vergonzosamente engañados, que el complot de Munich está dirigido contra las libertades de-*

mocráticas, contra los intereses elementales de todos los pueblos. Chamberlain y sus cómplices quieren destruir el Frente Popular en Francia. Quieren impedir la formación de un Frente Popular en Inglaterra. En Munich han mostrado que comprendían la democracia burguesa como el poder de una camarilla reaccionaria que decide por sí misma de la suerte de las naciones. El movimiento de Frente Popular lucha por una democracia de muy distinta naturaleza, moviliza a las masas populares contra el poder de las camarillas reaccionarias. Los señores Chamberlain y Daladier quieren excluir al pueblo de todas las decisiones y rebajar a las masas populares a la condición de público que no hace política, que se sienta ante el telón y espera para ver la obra que consientan ofrecerle los directores de escena reaccionarios. La última obra representada ha sido «El salvamento de la paz»; mientras, entre bastidores, se estrangulaba al pueblo checoslovaco. Ahora le toca el turno al pueblo español, al que quieren estrangular en las mismas condiciones.

Las masas populares; las organizaciones obreras y las asociaciones de trabajadores deben cobrar conciencia del peligro en que se encuentran. La política exterior fascista de los sedicentes Gobiernos democráticos no puede dejar de influir en la política interior. *Se prepara una campaña contra las libertades democráticas de los pueblos.* Se anuncia ya una campaña contra la Unión Soviética y contra los comunistas. Se ha comenzado una persecución contra los más fieles defensores de los intereses populares, contra los partidos comunistas, enderezada a dividir y debilitar al pueblo. La reacción aplica en el interior de los países la fórmula de Munich. No puede aplazarse la tarea de reforzar, en el seno del Frente Popular, la alianza de los obreros, de los campesinos, de las clases medias urbanas contra este complot reaccionario, la tarea de movilizar a todas las organizaciones de trabajadores, de afianzar la colaboración fraternal de comunistas y socialistas con los demócratas sinceros y con las masas religiosas.

Hay que impedir que los cómplices del fascismo en Inglaterra y Francia, que los traidores a los intereses de los pueblos inglés y francés, sigan administrando por más tiempo el destino de los pueblos. Hay que poner de manifiesto ante las grandes masas que esos «arcángeles de la paz» satisfacen todas las reivindicaciones de los promotores de la guerra. La paz que las masas desean de todo corazón no es la paz de la muerte y de la descomposición, sino la paz que garantiza la vida y la libertad de los pueblos. Y esta paz no puede alcanzarse más que por la lucha resuelta y unánime contra la ofensiva de los bárbaros fascistas.

Para defender la libertad y garantizar la paz, para levantar contra los incendiarios fascistas y sus cómplices reaccionarios un dique sólido, es menester realizar la unión de las masas populares. Y el cimiento de esta unión no puede ser otro que el frente único de la clase obrera.

IV

El complot de Munich, la nueva «Santa Alianza» de la reacción europea, está dirigido fundamentalmente contra la clase obrera internacional, contra el conjunto del movimiento socialista.

El fascismo es el enemigo más cruel e irreconciliable del proletariado. En todos los países comienza destruyendo las organizaciones de la clase obrera, persiguiendo sangrientamente a los más dignos militantes de estas organizaciones, asesinando a los hijos más fieles del proletariado. Los cómplices reaccionarios del fascismo le apoyan con tanta mejor voluntad cuanto que ven en él al verdugo del proletariado. Para malbaratar esta despreciable conspiración contra la clase obrera es más indispensable que nunca realizar en todos los países e internacionalmente *la unidad del proletariado*.

En esta situación tan seria es menester plantearse clara y francamente la cuestión: ¿Dónde está la II Internacional? ¿Qué hace y qué piensa emprender para conseguir la unidad de la clase obrera?

Hace años que la Internacional Comunista trabaja infatigablemente por superar la escisión, por lograr la unidad de la clase obrera. En el curso de los últimos años, se ha dirigido repetidas veces a la II Internacional proponiéndole la unidad de acción.

En febrero de 1933, inmediatamente después de la toma del Poder por Hitler, la Internacional Comunista pidió a todos los partidos comunistas que propusieran una acción común a los partidos socialistas. Sin embargo, la II Internacional impidió la colaboración de los partidos obreros.

En octubre de 1934, cuando los trabajadores españoles se alzaron con las armas en la mano contra el fascismo, la Internacional Comunista se dirigió a la II Internacional proponiéndola «acciones inmediatas» para organizar el apoyo al proletariado español en lucha. La II Internacional rechazó la propuesta.

El 1.º de abril de 1935 la Internacional Comunista propuso a la II Internacional celebrar el 1.º de Mayo con manifestaciones comunes de los Partidos comunista y socialista contra el fascismo y la guerra. La II Internacional también rechazó esta propuesta.

El 25 de septiembre de 1935 el camarada Dimitrof, en nombre de la Internacional Comunista, dirigió un llamamiento a la II Internacional proponiéndole intervenir en común contra el ataque inminente que Mussolini preparaba contra Abisinia. Como la II Internacional no respondiera y mientras tanto estallase la guerra, el camarada Dimitrof volvió a dirigirse, el 7 de octubre del mismo año, al Comité Ejecutivo de la II Internacional proponiéndole movilizar todas las fuerzas de la clase obrera y a todos los trabajadores para poner término a los actos de guerra. La II Internacional rechazó también esta propuesta.

El 6 de octubre de 1936 los camaradas Cachin y Thorez, en representación de la Internacional Comunista, se dirigieron a la II Internacional pidiéndole la celebración de una entrevista para estudiar «una acción común inmediata de todas las organizaciones obreras internacionales» en favor de España. La entrevista se celebró el 14 de octubre, pero los representantes de la II Internacional rechazaron toda colaboración.

El 3 de junio de 1937, después del bombardeo de Almería por los navíos de guerra del fascismo alemán, la Internacional Comunista volvió a dirigirse a la II Internacional. Los delegados de las dos organizaciones se entrevistaron en Annemassee. Los trabajadores tenían puestas sus esperanzas en esta reunión. Sin embargo, la II Internacional rechazó una vez más la ayuda común a España y la lucha común en favor de la República española.

Finalmente, en junio del año en curso, los Citrine y los Mertens im-

pedían, en Oslo, el ingreso de los sindicatos soviéticos en la Internacional sindical, rechazando la unión de 23 millones de sindicatos soviéticos con los millones de obreros de los países burgueses organizados en los Sindicatos.

Esta oposición sistemática, por parte de los jefes reaccionarios de la II Internacional, a la unidad de acción internacional de la clase obrera es un crimen contra el proletariado. Los saboteadores de la unidad ayudan al fascismo a infligir a los trabajadores derrota tras derrota, a destruir sus organizaciones, a pisotear sus derechos, a aniquilar su libertad. Si la II Internacional y sus partidos siguen saboteando la unidad, aparecerán ante los ojos del proletariado internacional como *cómplices de todos los reveses del movimiento obrero.*

La Internacional Comunista, en los días difíciles de lucha por Checoslovaquia, se abstuvo, y con razón, de hacer propuestas directas de acción común a la II Internacional. En aquel momento, una negativa habría dado nuevas fuerzas a los que conspiraban contra la libertad y contra la paz. Este temor, desgraciadamente, era fundadísimo. Algunos jefes de la II Internacional han estimulado, con su actitud, a Chamberlain e Hitler, han facilitado su traición a Checoslovaquia, su traición a las masas populares. Tal ha sido el caso de los jefes reaccionarios del Labour Party y del jefe de los socialistas franceses, León Blum, que se solidarizaron con Chamberlain y saludaron a los cómplices de Hitler como a los «salvadores de la paz». León Blum fué quien intervino en favor de que Chamberlain se encargase de una «mediación» en España. Y el mismo León Blum, en sus artículos cotidianos del *Populaire*, órgano central del Partido Socialista francés, declaró que el desmembramiento de Checoslovaquia era inevitable y acompañó con sus votos a los verdugos de Munich. Cuando sobre la Europa central se cernían las tinieblas, exclamó que se podía dormir tranquilo.

Los jefes reaccionarios del Partido laborista y de los sindicatos ingleses festejaron como una «medida de paz» el vuelo de Chamberlain hacia el lugar del complot. Han tenido hasta el triste valor de exhortar a la lucha contra Hitler a los trabajadores alemanes maniatados por el fascismo, pero se han olvidado conscientemente de movilizar a los obreros ingleses contra Chamberlain. Todos los jefes de la II Internacional, con contadas excepciones, han apoyado de hecho al fascismo alemán. Algunos ya habían glorificado la ocupación de Austria como un hecho «históricamente necesario» y hasta «revolucionario». Y han abandonado a Checoslovaquia sin pensar en una resistencia seria.

Es necesario proclamar esto abiertamente y sin descanso para mostrar a todos los trabajadores el peligro en que se encuentra su movimiento. El trabajo común de los jefes reaccionarios de la II Internacional y de la burguesía reaccionaria paraliza a la clase obrera socialdemócrata. *Ya es hora de poner fin definitivamente a la unidad con Chamberlain, con Daladier, con los que conspiran contra la clase obrera, contra la libertad y contra la paz, y de establecer la unidad entre los trabajadores. Ya es hora de agrupar las fuerzas del proletariado internacional y de oponerse al fascismo con virilidad, intrepidez, unidad y tenacidad proletaria. Ya es hora de oponer al bloque de los conspiradores reaccionarios el bloque granítico del proletariado.*

La clase obrera internacional tiene la palabra. A pesar de las derrotas

temporales, posee fuerzas inagotables, posibilidades inmensas. Basta con que se una, no en el frente único de la diplomacia y de la habilidad solapada, sino en el frente único de la lucha decidida, de la bravura y de la firmeza. Un frente único así será capaz de agrupar en torno suyo a las masas trabajadoras, a todos los demócratas sinceros y a todos los verdaderos amigos de la paz, y de dar a los pueblos la victoria.

¡ Contra el complot de Munich, unidad de la clase obrera, unión de las masas populares, resistencia unánime e inflexible de los pueblos !

«Toda la marcha de la lucha del pueblo español ha confirmado de manera irrefutable la justeza de la política del Frente Popular. Ha sido precisamente la creación y el refuerzo del Frente Popular los que han hecho posible la unión de todas las fuerzas vivas del pueblo español, pese a las profundas divergencias políticas y de otras clases que subsistían hasta entonces en sus filas. Gracias al Frente Popular, el pueblo español ha podido crear su Ejército Popular, capaz de hacer frente a los ataques de los ejércitos de los intervencionistas fascistas, que poseen un material técnico superior. El Frente Popular de lucha contra los rebeldes y los intervencionistas fascistas ha reforzado la unidad de combate entre comunistas, socialistas, anarcosindicalistas, republicanos y sin partido, en el Ejército y en la retaguardia, pese al incesante trabajo de sabotaje de la camarilla de Caballero, de los agentes de la «quinta columna» y de los bandidos trotskistas.

SIN EL FRENTE POPULAR, EL PUEBLO ESPAÑOL ESTARÍA DESDE HACE MUCHO TIEMPO DESORGANIZADO INTERIORMENTE, APLASTADO Y ESCLAVIZADO POR LOS CONQUISTADORES FASCISTAS.»

(DIMITROF, «En el segundo aniversario de la heroica lucha del pueblo español».)

La Asamblea del Comité Central del Partido Comunista de España

(29-30 de septiembre)

LOS días 29 y 30 de septiembre se celebró en Barcelona una Asamblea del C. C. de nuestro Partido con los miembros del C. C. que se hallaban en la región catalana y a la que fueron especialmente invitados algunos militantes del Partido que ocupan puestos de responsabilidad en el ejército, en la industria, en los sindicatos, en el aparato del Estado; en suma, en todos los campos de actividad.

Esta Asamblea está llamada a tener una gran repercusión no sólo en la vida de nuestra propia organización, sino en la marcha general de la política española. En ella se han analizado con todo detalle las particularidades de la nueva situación, creada fundamentalmente a consecuencia de la aplicación victoriosa—por el Ejército y por el pueblo—de la consigna de resistencia lanzada meses atrás, en nombre del Gobierno de Unión Nacional, por su presidente, el Dr. Negrin, y se han trazado las perspectivas de nuestra lucha en estas nuevas circunstancias.

Delante del pueblo español, de su Gobierno, se abre un camino claro—rudo, difícil, pero claro—hacia la victoria. Hay que movilizar por ese camino no solamente a las masas de la España leal, que vienen haciendo ya, a lo largo de estos dos años de guerra, todos los sacrificios a que han sido requeridas para arrojar al invasor de nuestro suelo patrio. Por ese camino hay que movilizar también a las masas inmensas de obreros, campesinos, intelectuales, comerciantes, empleados, industriales, militares, soldados, de la zona dominada por Hitler y Mussolini, que alimentan en su corazón la llama del amor patriótico y que quieren, lo mismo que nosotros, una España libre, independiente y feliz. El contacto con estas masas, su organización, su vinculación con nuestras fuerzas, constituyen la garantía segura de la victoria sobre el invasor extranjero.

El presente número de NUESTRA BANDERA está consagrado por entero, si se exceptúa el artículo del camarada José Díaz y el dedicado al «Complot de

Munich», a la Asamblea mencionada. Reproduce en sus puntos esenciales el informe pronunciado por el camarada Uribe y las intervenciones de tres miembros del Buró político de nuestro Partido, los camaradas Checa, Hernández y Antón, así como la resolución correspondiente aprobada por nuestro Comité Central.

Recogemos estos materiales, lo mismo que el artículo del camarada José Díaz, para que todo el Partido, de arriba abajo, los conozca y estudie. Desde los Comités provinciales hasta las células de base, todos los militantes, sin excepción, han de empeñarse en extraer de esta rica documentación las enseñanzas precisas para robustecer nuestro Partido a través de su trabajo eficaz en el Ejército, en la producción, en el dominio de los abastecimientos, en los sindicatos, en el aparato del Estado, etc., etc.; para influir decisivamente en la incorporación de todas las masas de la población española al combate activo contra el invasor extranjero y preparar de este modo, conjuntamente con las restantes fuerzas del Frente Popular en todos los pueblos de España, y bajo la dirección del Gobierno de Unión Nacional, las condiciones para la victoria.

Una vez más en el curso de la guerra, el Partido comunista de España ha sabido señalar a tiempo errores que necesitan rectificación y ha indicado el modo más eficaz de corregirlos. Una vez más en el curso de la guerra, el Partido comunista de España ha sabido mostrar la vía del triunfo.

NUEVA SITUACIÓN, NUEVAS TAREAS ⁽¹⁾

por VICENTE URIBE

CAMARADAS, comenzaré recordando las palabras del informe de Dolores en el último Pleno del Comité Central, en que señaló que se habían producido en el país cambios nada favorables para nosotros. Hoy podemos hacer un balance y mostrar que hay también cambios en la situación, pero que ésta no es tan sombría como en aquella ocasión, y esto es consecuencia, en gran parte, de la nueva orientación del Gobierno de Unión Nacional en muchos campos de su actividad.

PROGRESOS EN EL ORDEN MILITAR Y POLÍTICO En estos últimos meses se ha operado una seria rectificación, ante todo, en problema tan capital como la dirección de los asuntos de guerra. Tenemos hoy un Ejército más numeroso que antes ; se ha iniciado, concediendo ascensos y recompensas a los que los merecen, una buena política de cuadros ; se han rectificado algunas orientaciones nefastas que había en el Comisariado ; la moral y el espíritu de combatividad de nuestro Ejército han mejorado sensiblemente. Todo esto ha tenido como repercusión inmediata una evidente mejora también en la moral del pueblo, después de los trágicos momentos que precedieron y siguieron al corte en dos del territorio nacional. Políticamente, se ha establecido la base de una firme política de unión nacional, que era absolutamente indispensable si queríamos hacer eficaz nuestra resistencia frente a los propósitos del enemigo de terminar con la existencia libre e independiente de España. Se ha desarrollado la lucha contra los capituladores y saboteadores. La consigna de resistencia,

(1) El presente trabajo es un extracto que contiene los puntos principales del informe del camarada Uribe ante la Asamblea de miembros del C. C. y militantes responsables, celebrada los días 29 y 30 de septiembre último.

junto a la de unidad, ha penetrado en el pueblo, y esto, al lado del mejoramiento de la organización del Ejército, nos permite ver hoy un horizonte un poco más agradable que en el mes de mayo, con perspectivas más favorables para nosotros, porque está en nuestras manos todo un cúmulo de posibilidades para alcanzar la victoria definitiva sobre los invasores.

Todos tendréis presente los dos principales resultados alcanzados: uno, el parón dado en Levante al enemigo, que aspiraba, como todo el mundo sabe, a adueñarse de Valencia y de toda la zona levantina; el otro, el del Ebro, donde el Ejército Popular ha sido capaz de desarrollar una operación que ha puesto de relieve que nuestras fuerzas militares van alcanzando una seria madurez, son capaces de sorprender a todo el mundo y, sobre todo, son la demostración más palpable de que las fuerzas vivas del pueblo se desarrollan y desarrollarán más y más hasta crear todas las condiciones de nuestro triunfo. Esta acción militar y política, conjugadas, han dicho al mundo entero, han dicho a los españoles de la zona invadida, han dicho al fascismo internacional, han dicho a los países democráticos, cuya posición en la práctica nos ha sido casi tan nefasta como la del fascismo y que hace algunos meses nos aconsejaban capitular, que la República, es decir, España, no ha muerto y que quiere vencer y que estamos dispuestos a darlo todo por la victoria.

LUCHAMOS POR LA INDEPENDENCIA DE ESPAÑA En el último Pleno del Comité Central desarrollamos ampliamente la idea de que nuestra lucha es una lucha por la independencia de la Patria, y esto no era una «consigna» más que había de

permitirnos unir más íntimamente los elementos populares, sino que respondía exactamente a las condiciones concretas de la situación internacional y española. Lo que está en juego es la existencia de España. Y está en juego la existencia de España porque unos generales traidores se confabularon con los fascismos alemán e italiano para entregarles nuestra Patria, y desde hace dos años estos extranjeros fascistas han introducido en España sus hombres, sus medios económicos, su material guerrero, su artillería y sus aviones, sus técnicos, todo lo que ellos estimaban necesario para dominar a la República, destruir nuestra independencia nacional y convertir nuestro país en una colonia que habría de servir para que los fascistas se aprovecharan de nuestras riquezas, de nuestro suelo, de todo el país, en beneficio de sus planes de dominio europeo y mundial. Su propósito —y en esto hay que insistir mucho, porque es necesario sacar de ello todas las consecuencias políticas— es convertir a España en una colonia, haciendo desaparecer absolutamente todo lo que caracteriza a una nación independiente, sometiendo al pueblo español al régimen colonial que ya sabemos cómo son capaces de realizar Hitler y Mussolini. Nos basta con lo que han hecho y hacen con sus pueblos para comprender lo que harían con otros pueblos a los que mantuvieran dominados por las armas.

Si queremos vencer —y vencer y victoria quiere decir la existencia de España como nación libre, con su desarrollo cultural y social correspondiente a la voluntad del pueblo y a las características de la propia situación—, es absolutamente imprescindible que esta idea impregne todas nuestras actividades, y comprendamos hasta el fin que la lucha por la independencia y el

esfuerzo para que España sea un país libre e independiente puede y debe corresponder a todos los españoles que quieren ser libres. Además, cuando se trata de defender la patria que el fascismo quiere sojuzgar, ningún éxito parcial puede contentarnos y ningún esfuerzo es sobrado.

Por esto, y porque el enemigo es fuerte, y porque aún tenemos mucho que resolver, es necesario que el Partido Comunista, sus afiliados, sin perder jamás la perspectiva que debe guiar nuestros pasos, hagan permanentemente un examen, una revisión de nuestra conducta, poniendo al lado de las circunstancias concretas del país y de la situación internacional nuestra propia situación y ver qué es lo que falta, qué es lo que hay que corregir y mejorar dentro del marco de la situación que estamos viviendo para ir adelante con la rapidez necesaria.

UNA OJEADA SOBRE EL MUNDO

Desde luego, la situación internacional es gravísima y justifica completamente todas las preocupaciones que los comunistas y los no comunistas pueden tener acerca del desarrollo de los acontecimientos y de su desenlace. Es evidente que nuestra situación está íntimamente ligada a lo que sucede en el mundo y concretamente en Europa. Enjuiciando de la manera más precisa esta situación internacional, hay que decir: para nosotros no puede significar una sorpresa que el mundo esté —como se dice vulgarmente— a dos pasos del abismo. Tenemos el ejemplo de cuál ha sido la conducta del fascismo y de las democracias occidentales con respecto a España. Cuando el fascismo, desarrollándose en el plano internacional, empezó a organizar sus agresiones contra los pueblos libres e independientes, los Gobiernos «democráticos» de los países progresivos, que no ganan nada con la guerra y no quieren la guerra, en vez de oponerse a las ansias desenfrenadas de conquista de Hitler y Mussolini, en vez de concentrar a los elementos positivos que existen en gran número en el área internacional para aplicar una firme política de resistencia al agresor, han seguido la vía de las concesiones al fascismo, hasta el momento actual en que el fascismo amenaza al mundo con una de las catástrofes más espantosas que pueda concebirse. La situación a que se ha llegado actualmente no es más que la continuación de la política de la «no intervención» que se quiso seguir con respecto a nuestro país cuando se dirigió contra él la agresión fascista. La política de «no intervención», como sabéis, tenía esto de original: que, sistemáticamente, permitía a Italia y Alemania intervenir con sus fuerzas en España para apoderarse de nuestro territorio nacional, al mismo tiempo que negaba a la República, régimen legal y que corresponde a la voluntad nacional, toda clase de defensa. En nombre de esta política se ha impedido a la Sociedad de Naciones oponerse a la política de agresión de Italia y Alemania, se han permitido los más criminales bombardeos sobre las poblaciones civiles y todos los actos de piratería y barbarie. Alemania realizó la invasión de Austria y los Gobiernos «democráticos» no dijeron nada, y como al fascismo, igual que a los hambrientos, se le abre el apetito en cuanto come, esa política de concesiones ha hecho creer a Hitler y a Mussolini que podían ir anexionándose el mundo poco a poco y que nadie se iba a oponer en su camino. Los que propusieron y defendieron la política nefasta de la «no intervención» con el argumento de que ella era necesaria para salvar la paz,

es seguro que hoy, si son sinceros, se habrán desengañado. La actual crisis, que ha llevado a Europa y al mundo entero a un extremo tal que la guerra parece muy difícilmente evitable, es consecuencia directa de esta política, que ha afianzado e impulsado a los agresores. En esta situación internacional tan grave, tenemos los comunistas la obligación de destacar que, si la acción de estos Gobiernos « democráticos » no ha sido la que correspondía a su obligación de defender la paz, la falta de unidad en la acción del proletariado internacional, y, en consecuencia, la falta de una verdadera unión de la clase obrera y de las fuerzas democráticas, es también una de las causas principales de la gravedad de la situación por que atravesamos. La Internacional Comunista ha hecho todo cuanto estaba en su mano. Ha hecho cuanto era menester para permitir la realización práctica de la unidad de acción de la clase obrera en el campo internacional. Los líderes reaccionarios de la II Internacional, de los sindicatos de Amsterdam, en vez de trabajar por la unidad, han trabajado para sostener a los elementos reaccionarios de sus países respectivos, que seguían, con respecto a España, esa política de que os he hablado. Así, el Sr. Blum, fué el verdadero inventor y animador de la « no intervención » y el movimiento laborista ha sostenido durante mucho tiempo con toda energía la política del Gobierno inglés. Es verdad que algo ha cambiado, que se ha operado un cierto proceso, sobre todo en el movimiento inglés, donde muchos camaradas laboristas han empezado a comprender adónde conducía esa política ; pero dentro del movimiento inglés hay todavía muchos elementos que continúan en la misma tesitura. Un ejemplo de ello, de cómo esos elementos no trabajan por la unidad de la clase obrera, cuando esta actividad unitaria constituye uno de los factores esenciales para impedir el desarrollo catastrófico de la situación, es que en el Congreso de Oslo de la Sindical Internacional se negaron rotundamente a que los sindicatos soviéticos ingresaran en la Internacional Sindical de Amsterdam.

Y por este camino de fatales errores y de concesiones se ha llegado a la entrega vergonzosa de Checoslovaquia. La presión inaudita y vergonzosa de los Gobiernos francés e inglés sobre Checoslovaquia, obligándola a conceder una parte de su territorio nacional a Hitler, como si éste pudiese disponer a su antojo de los territorios de las naciones, ha sido el coronamiento de la obra de complicidad y ayuda al fascismo llevada a cabo por los gobiernos reaccionarios de Inglaterra y de Francia.

**NI QUEREMOS,
NI NOS CONVIENE,
LA GUERRA MUNDIAL**

En esta situación internacional tan grave, hay gente que piensa que una guerra mundial nos favorecería. Camaradas, la guerra mundial no nos puede favorecer, por una razón muy sencilla : es casi imposible, por no decir imposible del todo, que nosotros, si estallase la guerra, no nos veamos envueltos en ella. Si pensamos que la guerra internacional, mundial o europea, es uno de los mayores males, uno de los más terribles para la humanidad, ¿ cómo no hemos de pensar que también dentro de esta humanidad está el pueblo español que, después de dos años de lucha, sigue desangrándose ? Verse envuelto el pueblo español en esta lucha significaría incrementar sus sufrimientos, la pérdida de más vidas, una sangría mayor todavía de la que estamos sufriendo con la invasión

extranjera. Mas, para evitar la guerra no hay otro camino que restablecer los derechos internacionales, no permitir que España sea invadida por los hombres y por las armas italoalemanas, que el Gobierno de Francia cumpla sus compromisos, que el de Inglaterra defienda los principios de la Sociedad de Naciones y que el proletariado internacional y las fuerzas democráticas movilicen eficazmente la opinión mundial en favor de la paz y para detener al fascismo.

Ninguna cuenta optimista, pues, a costa de la guerra mundial. No podemos desear la guerra, no podemos querer la guerra, que aumentaría nuestros sacrificios y no resolvería nuestros problemas. Tampoco queremos, ni consentimos, que se deje el camino libre al fascismo. Por esto, en todos los momentos hemos dicho, y repetimos hoy, que, frente al fascismo, hay que reagrupar todas las fuerzas de la paz, todas las fuerzas del progreso, que son muchas, no hacerle concesiones al fascismo, no permitirle que avance, que se haga fuerte, porque todo eso a lo único que ha de llevar sería a una situación cada vez más grave. No queremos guerra, pero el amor a la paz no nos lleva a entregarnos. No podemos, ni mucho menos, por nuestro amor a la paz, como hacen por ahí algunas gentes que no se dan cuenta del período que vive la humanidad, admitir que para que no haya guerra sea preciso entregar Austria, Checoslovaquia, España y todo lo que quiera el fascismo. Al fascismo no hay que entregarle nada; al contrario, hay que asfixiarle, imposibilitar sus movimientos. En este sentido se está produciendo ya una reacción en los pueblos, factor que permite muchas esperanzas de que se pueda hacer retroceder al fascismo. Pero, aun así, el peligro no habrá desaparecido hasta que estos primeros pasos se consoliden, demostrando que existe un bloque de pueblos dispuesto a defenderse del fascismo como se ha defendido el pueblo español. ¿Qué es lo que nos ha permitido defendernos y resistir hasta hoy en circunstancias a veces tan duras? La unidad de todas las fuerzas antifascistas, la unidad de todo el pueblo, que se ha realizado y se mantiene sólida y firme en el Frente Popular y alrededor del Gobierno de Unión Nacional. El ejemplo de España debe ser más comprendido e imitado que lo ha sido hasta ahora por los pueblos de los grandes países democráticos. Este es el único camino que permite hacer retroceder al fascismo y defender la paz. Unidad de la clase obrera y Frente Popular en todo el mundo si se quiere salvar a la humanidad de la catástrofe hacia la cual la impulsan los incendiarios de la guerra.

DE LA RESISTENCIA A LA VICTORIA

Hablaba antes de los progresos realizados en el terreno militar y también en el terreno político. El centro de todo eso ha sido la consigna de resistencia, que han puesto en valor las fuerzas del pueblo y las fuerzas del Ejército. La consigna de resistencia ha recorrido todas nuestras trincheras, todos los pueblos, ha atravesado España de parte a parte. Con esa consigna de resistencia, que nuestro pueblo y nuestro Ejército han comprendido en todo su valor, hemos sido capaces de mantener nuestra situación y de no perecer, como estábamos en peligro de perecer si no hubiéramos puesto a contribución el máximo de energía para impedirlo. La consigna de resistencia ha valido para todo este período; nos ha servido mucho. Pero detrás de la consigna de resistencia indefectiblemente tiene que haber algo más. La

resistencia por sí sola no es capaz de dar la victoria, pero sirve para preparar todas sus condiciones. ¿Es que estamos ya hoy en condiciones de pasar de esa consigna de resistencia a una consigna de acciones ofensivas que nos den la victoria permitiéndonos echar de nuestro suelo al invasor fascista? Quizá plantear esta cuestión así sea hacerlo de manera excesivamente esquemática. Detrás de la consigna de resistencia, y junto a ella, tenemos la obligación de preguntarnos y de responder qué es lo que tenemos que hacer para que la resistencia lleve por sus verdaderos cauces a un terreno en que ya no se trate sólo de resistir, sino destacar en tales condiciones que la victoria pueda llegar a nuestras manos. Yo no quiero decir con esto que ha terminado para nosotros el período de resistencia. No ha terminado aún. Pero podemos decir, porque la situación tiene cierta solidez, porque hemos mejorado el Ejército, porque tenemos una fuerza armada numerosa en progresión, que delante del pueblo y del Ejército y en la resolución de los problemas políticos del país ya podemos unir, a la necesidad de resistir a toda costa los embates del enemigo, la perspectiva de organizar nuestras fuerzas y recursos y desarrollar una acción general que nos permita pasar a la fase de acciones ofensivas en el terreno militar y político. Está claro que la guerra hay que terminarla de una vez y con nuestra victoria, pues no vamos a estar siempre en guerra. El pueblo y el Ejército se preguntan hoy con razón: Resistir, bien; ¿pero vamos a estar resistiendo toda la vida, o vamos a vencer? Y hoy, sin dejarse llevar por excesivos optimismos, podemos responder diciendo que delante de todos hay una perspectiva amplísima de triunfo, si se funde el factor de resistencia con la preparación de las energías que incrementen el poder ofensivo y pongan en condiciones a nuestro Ejército y a nuestro pueblo de atravesar esta fase y pasar a otra superior. La división, aquí, no se hace de manera esquemática; las acciones se funden y se confunden. No se trata de decir que hasta el día 15 de octubre, por ejemplo, estaremos resistiendo y que después vamos a atacar. No se pueden presentar las cosas así. La resolución de los problemas del Ejército, la resolución de los problemas políticos, la resolución de los problemas económicos, la consolidación de la unidad nacional y del Frente Popular y de todas las actividades del pueblo, tienen que ser puestas al servicio de esta idea; la idea de preparar todas las condiciones para hacer posible con éxito el cambio de todas las perspectivas, para iniciar una nueva fase en el terreno político y militar caracterizada por una nueva relación de fuerzas entre nosotros y los agresores.

**TAMBIÉN HAY
ESPAÑOLES
EN LA ZONA REBELDE**

Ahora bien, si queremos desarrollar una política que nos permita efectivamente tener en nuestras manos todos los elementos necesarios para ese cambio, hemos de plantearnos en primer término el problema de nuestras relaciones con los españoles de la zona invadida.

¿Es que hemos hecho hasta la fecha el esfuerzo necesario para conseguir encontrar y poner en movimiento a los aliados naturales nuestros que hoy se encuentran bajo la dominación de los facciosos, bajo la dominación extranjera?

Cualquiera de nosotros puede responder que hasta la fecha no hemos

valorado suficientemente, ni casi de ningún modo, lo que representan los doce millones de españoles que se encuentran en la zona facciosa, y que, por consiguiente, en estas circunstancias, tenemos que trabajar con el fin de que la parte sana y patriota de esos doce millones de españoles se una a nosotros para arrojar de España a los invasores. Hay que decirlo claramente. Ni siquiera en los frentes se han hecho verdaderamente esfuerzos para descomponer las fuerzas enemigas, para alimentar y dar vigor a los numerosos elementos que en la zona facciosa quieren, como nosotros, ver a España libre e independiente.

¿Es que hemos hecho una política consecuente, clara, decidida, audaz, para atraer e incorporar a la lucha común a esta media España? Tenemos que reconocer que no.

La acción militar nos va a dar mucho. El fortalecimiento de nuestro Ejército es y será una cosa maravillosa; la resolución de los problemas económicos, políticos y de todo orden dentro de nuestra zona equivaldrá a un incremento poderoso de nuestra fuerza. Pero si con nuestro trabajo y nuestra unión somos capaces de separar de la dominación y la influencia de los lacayos del extranjero a todos los españoles que quieren como nosotros la independencia de España, ¿no habremos forjado un instrumento aún más poderoso? No cabe duda alguna y, por eso, a la resolución de los problemas militares y económicos, debe ir inseparablemente ligado el trabajo de descomposición entre el enemigo.

Existen hechos concretos que prueban el descontento existente entre grandes núcleos de españoles de la otra zona, el odio a los invasores, la repugnancia de ver que en media España alemanes e italianos andan como por una colonia conquistada, lo que demuestra que está en peligro la independencia del país. Franco, contando con sus victorias, aseguraba que la guerra estaba terminada, pero el pueblo e incluso la gente que sigue al lacayo fascista ve que no está terminada y que las posibilidades de victoria se alejan, que la República no se hunde, que nosotros efectivamente luchamos por la independencia nacional. El pueblo dominado por los facciosos ve cómo Alemania e Italia se apoderan de nuestras riquezas, ve también —esto es necesario utilizarlo en nuestra propaganda— que se manda a los soldados españoles a la muerte mientras las fuerzas de la invasión se quedan detrás para apuntarse el éxito, cuando lo tienen.

Las dificultades económicas, las dificultades de todo orden, son muy grandes; la división entre los patriotas y los agentes de la invasión se hace cada vez más ostensible, y hay sobre todo un pueblo sano, trabajador, un pueblo que no puede —a pesar del terror y de todos los demás actos del fascismo— dejar de pensar que tiene que luchar por la independencia del país y que también le corresponde una parte en la tarea que a todos nos incumbe de arrojar de España a los invasores. El sentimiento nacional y de odio sagrado a los invasores y sus agentes puede ser, y será, sin duda, dentro de poco tiempo, la base sobre la cual se reconstruirá la unidad efectiva de todo el pueblo de España. Tiene razón quien ha afirmado que ya se ha acabado en España la guerra civil y que la fase actual es la de la lucha sagrada para expulsar a los extranjeros.

Es posible que cuando nosotros hemos planteado este problema y hablamos de «unión nacional», no se haya comprendido bien todo lo que queríamos y queremos decir. Y queremos decir que no vemos nada hoy que

pueda separarnos de los patriotas españoles que, viviendo en la zona invadida y «gobernada» por este lacayo de extranjeros que es el general Franco, han llegado a la convicción de que lo que más importa en el momento actual es poner fin a la invasión. Y estos españoles, crédmelo, son la enorme mayoría de nuestro pueblo. Entre ellos y nosotros no debe ser difícil entenderse, porque tenemos hoy un objetivo de lucha común: lograr que nuestra patria sea libre e independiente.

NUESTRA AYUDA ES INDISPENSABLE

Cometeríamos, sin embargo, un error gravísimo si pensáramos que estos elementos van a transformarse por sí solos en nuestros aliados. Es por el contrario obligación nuestra trabajar allí, como Partido y como República, para mover y movilizar a esos elementos haciéndoles ver con toda claridad qué defiende y por qué lucha la República y cómo la causa de la independencia nacional nos es común a ellos y a nosotros.

Se ha iniciado este trabajo, pero debemos reconocer que lo hecho todavía es muy poco. El trabajo en la zona invadida, en todos sus aspectos, sobre la base de la lucha por la independencia nacional, es una parte indispensable de cualquier acción que podamos prever o preparar en el terreno militar. Dada la correlación de fuerzas, dada la potencia que en material y demás tiene el enemigo, el cual no renunciará con facilidad a las posiciones conquistadas, resulta de toda evidencia que nuestra acción militar sólo podrá ser eficaz hasta el fin si, al mismo tiempo que golpeamos con todas nuestras posibilidades bélicas, somos capaces de organizar en la otra zona un movimiento popular nacional que sea la continuación de la política republicana de unión nacional de todos los españoles, enderezada a lograr lo que constituye hoy el punto cardinal de nuestra acción militar y política, a saber: la supervivencia de España como país libre, sobre una base democrática.

Es una lucha difícil, llena de sacrificios, como lo es la guerra. Pero un buen trabajo, una buena orientación, el saber encontrar las fórmulas y las ideas que aclaren el entendimiento de esta gente media que se encuentra hoy dominada por el fascismo, representan contribuciones no importantes, sino indispensables para el éxito de la guerra. Es decir, camaradas, que nuestra política de unión nacional es necesario llevarla efectivamente a la zona enemiga. Allí también hay pueblo español y nuestra política es también para él. Hay que comprender que esto es tan interesante o más, en algunas ocasiones, como asegurar el fortalecimiento del Frente Popular, la unión nacional y la realización de todas las tareas que aquí vamos cumpliendo. No podremos echar al invasor si no somos capaces de levantar contra él a todos los hombres del país que quieren luchar por la libertad y la independencia de España.

Y hemos de acometer esta tarea con el mismo entusiasmo, con la misma energía, con el mismo espíritu de sacrificio con que nos lanzamos a lograr la formación del Ejército regular. Con idéntico ardor tenemos que trabajar en la zona invadida. Ha habido ya un principio de trabajo político en esta dirección, principio que está expuesto en el programa del Gobierno, conocido por los 13 puntos; pero hasta ahora el trabajo práctico que debía ser la consecuencia inmediata de esta posición política no ha sido llevado con energía, con decisión, con consecuencia, hacia la parte de más allá de las trincheras.

HAY QUE REFORZAR NUESTRA PROPAGANDA EN LA ZONA REBELDE

Hay que considerar, camaradas, que en este aspecto la propaganda es una cosa capital. La propaganda bien hecha, permanente, la propaganda que responda a la preocupación de aquellos a quienes se dirige, que dé la idea palmaria

de nuestra política. No hay que olvidar que el fascismo lleva dos años haciendo su propaganda. El fascismo ha aniquilado a los mejores hijos del pueblo, les ha asesinado vilmente; los cuadros de las organizaciones populares han desaparecido, exterminados por el fascismo. Queda una parte de ellos en las cárceles y en las prisiones; faltan los mejores elementos; pero queda un pueblo junto al cual realizan una propaganda desenfrenada contra la República, engañándole y mintiéndole con cosas que vosotros, sobre todo los militares, conocéis bien. Es fácil encontrar a soldados prisioneros o evadidos en los que ha hecho mella la propaganda fascista.

Es menester que nuestra propaganda, al mismo tiempo que deshace todas las patrañas que el fascismo inventa acerca de nosotros, dé una idea clara de nuestra lucha, de por qué luchamos, de dónde están nuestros intereses, de lo que nos espera a todos los españoles juntos en una España libre e independiente y de la obligación que tenemos de estar unidos contra los extranjeros para asegurar la existencia de España.

Quiero llamaros la atención sobre un hecho que es necesario explicar bien tanto en nuestras filas como en las del enemigo, hecho que muestra que esta orientación política que yo os señalo se va realizando. El Gobierno —y en esto nosotros estamos absolutamente de acuerdo con él— ha acordado retirar de España a los voluntarios de las Brigadas Internacionales. ¿Qué valor tiene esto? No hay que decir el dolor que a nosotros nos produce desprendernos de la colaboración de estos camaradas que han venido a luchar y a morir junto a nosotros por defender la República. Pero la retirada de estos voluntarios posee un enorme valor político, tanto en nuestra zona, como en lo que se refiere a la zona invadida. Los términos del problema, después de esta decisión del Gobierno, aparecen bien claros: lucha por la independencia nacional. Queremos que se vayan de España los extranjeros y, aunque medie un abismo entre las condiciones de lucha de los voluntarios de las Brigadas Internacionales y los de las fuerzas regulares que los fascismos alemán e italiano han traído contra nosotros, el Gobierno de la República ha querido proyectar sobre este asunto la máxima claridad, a fin de que pueda ser comprendido por el mundo entero y sobre todo por los españoles de la otra zona. Nosotros —ha venido a decir el Gobierno—, que luchamos por la independencia de España, para que se vea una vez más hasta dónde llegamos en el terreno de la lucha verdadera por la existencia independiente de nuestro país, nos desprendemos voluntariamente y sin esperar a que el fascismo retire sus tropas de estos camaradas que han venido a España a luchar junto a todos los españoles por ideales de justicia y de democracia. Los efectos de esto son ya, en el terreno internacional, muy grandes. Pero sobre todo queremos esclarecer plenamente delante y al otro lado de las trincheras el valor de este gesto de la República, queremos decir y hacer comprender con todos los medios a los soldados y al pueblo español de la zona invadida que es necesario echar a los extranjeros de España, que debemos luchar juntos para que no haya en España ni un solo invasor. Y, con la misma audacia, no debemos vacilar en decirles que, echando a los extranjeros, habrá la po-

sibilidad de que, sobre bases democráticas, nos entendamos los españoles para defender la existencia de España y crear una patria feliz y libre.

Ya sabemos que durante algún tiempo, cuando nuestra situación era muy grave, el enemigo logró introducir en España, sirviéndose de sus agentes, ideas sobre la necesidad de capitular, o sobre una posible mediación, un armisticio, etc. El daño que eso nos ha hecho está bien a la vista y sólo un esfuerzo gigantesco por nuestra parte nos ha permitido vencerlo. Pero, continuando en este esfuerzo, debemos, por todos los medios y en las formas más sencillas, hacer comprender a los soldados que están enfrente y a todos los españoles que están del otro lado de las trincheras que un armisticio y la paz con ellos serán muy fáciles de obtener, a condición de que nos ayuden a liberar a España de los extranjeros y de sus lacayos.

El Buró Político tomará todas las medidas necesarias para asegurar el trabajo del Partido en la otra zona, en la seguridad de que el éxito nos acompañará y de que encontraremos allí a gente dispuesta a luchar con nosotros en la realización de las tareas históricas que nos corresponden.

Naturalmente, el trabajo en el campo enemigo es absolutamente inseparable de la lucha más encarnizada aquí, en esta zona, contra toda clase de derrotistas, capituladores y demás indeseables que quieren debilitar y frenar el desarrollo de nuestro Ejército, el fortalecimiento del Frente Popular y la unión nacional y aprovechan cualquier oportunidad para dar una puñalada a la República, saboteando la lucha por la independencia del país. Absolutamente ninguna consideración hacia esas gentes. La razón de nuestra fuerza, la razón de las propias posibilidades de que el trabajo en el campo enemigo dé los máximos resultados para nosotros, está en que seamos fuertes, tanto en el terreno militar como político y podemos ser fuertes si nos agrupamos con el corazón con todos elementos que desean la independencia de España y atacamos como se merece a los capituladores, a los vacilantes, a los agentes de la quinta columna, a los que tratan de dividir al pueblo. El que declaremos a los españoles de la otra zona que es posible entendernos entre nosotros, no quiere decir que podamos permitir ninguna clase de actividad a los elementos nefastos que tienden a desmembrar y mutilar nuestro país.

CATALUÑA Y ESPAÑA En el horizonte político ha aparecido, de manera no muy sana, algo que representa un serio obstáculo al desarrollo de la unidad, al desarrollo de la unión nacional y a la concentración de esfuerzos y energías indispensables si queremos resolver las tareas más urgentes. Las relaciones entre el Gobierno de la República y la Generalidad no son buenas; las relaciones entre las fuerzas políticas de España en general y las de Cataluña no son buenas. Hay discrepancias y falta de unidad sobre algunos problemas. Y es indudable que no podemos resolver los grandes problemas que tenemos delante si no aseguramos a toda costa la máxima colaboración y unidad entre las fuerzas políticas de Cataluña y el resto de España, la máxima unidad y compenetración entre el Gobierno de la República y la Generalidad.

Una de las cuestiones que tenemos que resolver es la de poner en manos del Estado, en manos del Gobierno, la máxima cantidad de recursos económicos para que el Gobierno pueda hacer frente a las necesidades del

Ejército y a las necesidades de la población. Una falta de unidad, una mala relación, una mala inteligencia entre las fuerzas políticas del Frente Popular español y el de Cataluña representan un grave obstáculo para que la obra común pueda desarrollarse con éxito.

En el terreno político, nosotros, que luchamos con todas nuestras energías por que el Frente Popular y la unión nacional no sólo se mantengan, sino se consoliden, no podemos ver con satisfacción que las relaciones políticas entre elementos de gran importancia en Cataluña y el Gobierno de la República no sean las que exige la situación.

En esto, camaradas, al Partido le incumbe una gran tarea. No incumbe a nuestro Partido la responsabilidad de que la situación se desarrolle de esta manera, pero nosotros tenemos que trabajar y actuar para que desaparezca toda clase de obstáculos que se oponen a la unidad indispensable entre Cataluña y el resto de la República. Ningún gesto, ningún hecho, ninguna incomprensión por parte de elementos de Cataluña puede justificar en militantes del Partido Comunista el desconocimiento de los principios que inspiran la posición de los comunistas con respecto al problema nacional de Cataluña. Nuestra posición está determinada por el hecho real de la existencia de Cataluña, con sus problemas propios, con sus particularidades, con su personalidad nacional bien definida. Y los comunistas no sólo tenemos que respetarla, sino que hemos de defenderla a capa y espada contra todas las incomprensiones, respetando lo que es, lo que significa y lo que corresponde a Cataluña. No siempre los comunistas respondemos adecuadamente cuando hay quien ataca u ofende el sentimiento nacional de Cataluña y de los catalanes. Nosotros, como comunistas, hemos de actuar en Cataluña en defensa de su personalidad, de sus derechos, de su legitimidad, de su lengua, de lo que le corresponde. Y esto ha de figurar al frente de toda nuestra actividad. Porque no se puede lograr la unidad entre Cataluña y el resto de España hiriendo o menospreciando a los catalanes.

Existen todas las condiciones para que desaparezca lo que puede llevarnos a la desunión en el terreno político, porque el pueblo catalán está dispuesto a vencer como nosotros. Cuando existe esta condición, este deseo efectivo, evidente, está claro que no puede existir desunión. Si se observan actos y gestos de incomprensión contra los catalanes, el deber de los comunistas es denunciarlos y corregirlos. Nadie puede pensar que las tareas de nuestra guerra pueden ser resueltas con una falta de unidad entre Cataluña y el resto de la República. Al contrario. Hay que establecer una unidad indisoluble e inquebrantable para hoy y para mañana. Las tareas sobre este particular son comunes a los dos pueblos y a sus organismos responsables. Esto no quiere decir, por supuesto, que nosotros podamos tolerar o permitir la labor desmembradora de ciertos elementos que se cubren con un bandera separatista o especulan con los sentimientos nacionales de Cataluña para luchar contra la unidad de todos los pueblos de España. Por esto estamos completamente de acuerdo con la lucha que llevan nuestros camaradas del P. S. U., para mejorar la situación interior política de Cataluña, denunciando y aislando a los separatistas y disgregadores, a todos aquellos elementos que en la práctica se convierten en agentes del enemigo contra nuestra unión.

RETRASOS EN EL DOMINIO ECONÓMICO

Nuestra situación económica no puede considerarse con alegría ni con tranquilidad. Dos años de guerra han agotado gran parte de nuestros recursos o los han puesto al borde del agotamiento. También hay que reconocer que la desorganización económica de los primeros meses de la guerra, todas aquellas cosas que se hicieron entonces, las estamos pagando hoy con la carencia de productos indispensables, con la reducción de los medios económicos de que disponemos. Debemos ver la situación de ahora sin temor y darnos cuenta de que es poco halagadora. Se podrá paliar, resolver, pero es necesario un esfuerzo muy serio. Los pasos dados en el terreno de la utilización racional de todos los recursos del país son todavía muy pocos y muy lentos. Se presta escasa atención a la resolución de los problemas económicos, que quedan confinados dentro del marco administrativo de algunos órganos del Estado. Ahora bien, por el carácter mismo de nuestra República y de nuestra lucha, los problemas de Gobierno y de dirección hay que resolverlos llamando al pueblo, haciendo que el pueblo participe efectivamente en su solución, haciendo comprender al pueblo que de su esfuerzo —añadido a una buena dirección— depende en gran parte que se utilicen todos nuestros recursos, que sea posible obtener resultados positivos para todos nosotros, es decir, dar armas y proyectiles, abastecer y equipar al Ejército y atender a las necesidades mínimas de la población civil.

El defecto y el obstáculo hoy, en este dominio, consiste en la excesiva despreocupación de los organismos económicos por la riqueza del país. Es necesario poner cuanto existe en el país al servicio del Ejército y del pueblo, dotándolos de todo lo indispensable para ganar la guerra y poder subsistir.

Hay muchos organismos que trabajan en este terreno por su cuenta, o por cuenta del Estado, muchos organismos públicos y privados cuyos representantes se enfrentan y luchan unos contra otros, sin tener en cuenta el interés general. Hay muchos sindicatos y colectividades que disponen de grandes medios y que los utilizan siguiendo no la línea del interés general, sino una línea muy particular.

No se ha hecho todavía un trabajo sistemático para saber qué tenemos y qué podemos hacer, qué necesidades hemos de cubrir y con qué y hasta qué punto podemos cubrir esas necesidades.

En el orden económico, las cosas van todavía con excesivo desacuerdo. Después de mucho tiempo, con grandes defectos, pero en fin de cuentas respondiendo a una línea general, el Ejército se encuentra hoy bajo la dirección única del Gobierno. Al cabo de dos años, los recursos económicos del país no se hallan aún bajo la dirección única del Gobierno.

Es absolutamente necesario que la centralización económica se lleve a cabo. Y se lleve a cabo en una dirección que, activando los elementos más interesados en la economía, en su forma superior, utilice todos los recursos del país para servir a las necesidades generales y a las necesidades más urgentes.

El Partido piensa que es absolutamente indispensable, con este fin, crear un Consejo de Economía que sea un órgano gubernamental de ayuda y de control, un órgano que trace las perspectivas de desarrollo de los diferentes sectores de nuestra economía, ayude al Estado a tomar en sus manos los elementos principales de la gran producción para incrementarla y lograr que sirva con mayor eficacia que hasta la fecha y al mismo tiempo ayude a

la coordinación y buena dirección de los sectores económicos que quedarán en manos de la iniciativa privada o de varias organizaciones populares.

Hay que realizar también un cambio radical en la actividad de los sindicatos y en el trabajo del Partido en el campo sindical. Este trabajo es muy débil. En provincias, muy a menudo, los Sindicatos atienden exclusivamente a intereses particulares de grupo y no a los generales, es decir, de la clase obrera y de todo el país. Muchas veces el interés general es olvidado completamente. Así se desperdician y malgastan energías, y hoy no nos podemos permitir ese lujo. La puesta en marcha de todos los recursos del país no puede conseguirse sin los Sindicatos y sin el pueblo, y los Sindicatos no podrán rendir todo lo que cabe exigir de ellos si no penetra en ellos un espíritu nuevo y si los partidos proletarios, y el nuestro en primer lugar, no dedican una gran parte de sus fuerzas al planteamiento y solución de los problemas económicos en interés de la guerra y de todo el pueblo.

HAY QUE PROTEGER LOS INTERESES LEGÍTIMOS DE LOS CAMPESINOS Las dificultades, la gravedad de los problemas y de la situación, llevan a algunas gentes a pretender vencer por medios violentos todos los obstáculos que se presentan, en el terreno de los abastecimientos sobre todo. La actitud de mucha gente para con los campesinos es verdaderamente intolerable. Hay quien no vacila en afirmar que el responsable de lo que sucede es el campesino. Muchos quieren de esta manera encubrir su incapacidad echando la culpa a los demás, a los campesinos, a los que atacan a mansalva, arrebatándoles sus productos, creyendo que con esto la cuestión del abastecimiento del Ejército y de la población civil queda resuelta. Pero así no se resuelve, sino se agrava la situación económica y corremos el riesgo de crear una grave situación política.

El ejemplo de nuestros campesinos no es un caso de falta de colaboración. Los campesinos, a pesar de las dificultades y de las barbaridades que se han cometido con ellos, trabajan la tierra. Yo os puedo decir que este año la superficie de cereales sembrada ha sido mayor que la del año pasado; el rendimiento será menor, pero la superficie es mayor. ¿Por qué es menor el rendimiento? Porque faltan muchas cosas. Faltan brazos, faltan abonos, faltan elementos de trabajo. Que digan los camaradas del Ejército cuántas mulas han quitado a los campesinos. En el campo falta el 50 % de los elementos de trabajo. La guerra se lo lleva todo. Y al faltar o carecer de una técnica adecuada, porque no poseemos los miles de tractores que necesitaríamos, y a pesar de que el rendimiento de su trabajo ha de ser menor, los campesinos labran la tierra. Faltan abonos, porque no tenemos divisas, pero, a pesar de todo, los campesinos siembran, sabiendo que estas dificultades han de traducirse en una cosecha inferior. Los campesinos quieren que no se les fuerce y que se busque la forma de atender a sus necesidades. Y no se les atiende como sería posible y como es preciso.

Hay organismos económicos, de los que no está apartada nuestra querida Intendencia, que se acuerdan de que existe el campo para sacar cosas de él; pero nadie se ocupa, camaradas, de lo que necesitan los campesinos. Tienen necesidades, como las tenemos todos. No se puede admitir que los campesinos van a trabajar y que, después, va a surgir un organismo del

Estado, o del Ejército, o un Consejo, o un especulador, que se apodera de todo sin consideración alguna al campesino mismo. El campesino dice: «Yo os voy a dar lo que produzco, pero os pido que cubráis mis necesidades.» Porque, camaradas, no hay nadie que lleve alpargatas a los campesinos. Ni camisas. Y me tengo que encargar yo de llevarles clavos de herrar. Es decir, que una población del volumen de la de nuestro campo, con su importancia económica, los organismos administrativos la ven no en correspondencia con lo que puede dar y lo que necesita, sino con lo que cabe sacar de ella, como si fuera una especie de vaca lechera que tiene que dar todo cuanto le pidan, y, cuando no, se lo quitan por la fuerza. Así no se resuelve nada; y no sólo no se resuelve, sino que esa política puede traernos en el terreno práctico la consecuencia de que los hombres que han trabajado con todas las dificultades, al verse tratados de esa forma y despojados de lo necesario para su consumo, mañana no trabajen ya con el entusiasmo que hasta ahora. Y decidme vosotros adónde nos puede llevar esta política; adónde iremos a parar, dado lo menguado de nuestros propios recursos, si el campo no trabaja con entusiasmo. Hemos de corregir esos errores, consolidando la unidad del campo con la ciudad, haciendo ver a los campesinos la necesidad de los sacrificios que la guerra exige, pero atendiendo en muchas cosas en que puede dárseles satisfacción, preocupándonos por saber cuáles son los productos que es menester proporcionarles, comprendiendo, en fin, que los campesinos tienen necesidades como las otras capas de la población.

Digo esto, camaradas, porque particularmente en Cataluña, donde existe todavía una norma de sindicalización forzada de los campesinos que nosotros no podemos aprobar, el problema es agudo. Ya hay sitios en que se cree poder resolver las dificultades por la fuerza. Si queremos que los campesinos sean nuestros amigos, nosotros no podemos continuar por ese camino. El Estado debe concentrar en sus manos los productos fundamentales, pagando a los campesinos un precio remunerador, pero al mismo tiempo podemos y debemos seguir la vía de la libertad comercial, dejando al comercio libre campesino un margen compatible con las circunstancias actuales, luchando contra la especulación y preocupándose de lo que al campesino le falta, con el fin de asegurar la unidad del campo con la ciudad. Es una cosa tan importante, que los comunistas no debemos aceptar en modo alguno otro camino, ni dar nuestra aprobación a nada que represente un obstáculo para seguirlo.

Por supuesto, es indispensable un mayor trabajo político en el campo, una mayor labor de esclarecimiento. Hay que poner a los campesinos en condiciones de comprender el alcance de los sacrificios comunes a todo el pueblo y por qué son necesarios tales sacrificios. Esto dará un rendimiento muchísimo mayor que todos los medios de presión, y además estos medios no pueden estar al servicio de una mala política, ni se les puede emplear para atropellar al pueblo. La fuerza pública de la República está al servicio del pueblo contra los facciosos, contra los fascistas, contra la quinta columna, contra los agentes del enemigo y contra los provocadores. La fuerza pública no puede hacer nada que sea impopular, ni que ataque o atente a los intereses del pueblo. Es necesario que la fuerza pública siga manteniendo las mejores relaciones con los campesinos, como hasta ahora. Estas buenas re-

laciones son uno de los puntales de nuestra política democrática y republicana.

NECESIDAD DE REFORZAR LA POLÍTICA DE FRENTE POPULAR Hemos insistido siempre, y lo hemos puesto bien de relieve, en que para nosotros no hay otra política posible que la del Frente Popular.

¿Qué quiere decir política de Frente Popular?

Quiere decir unión de todas las fuerzas políticas, partidos y organizaciones sindicales, gentes patriotas que no están en ningún partido, pero que tienen un interés común en cuanto se refiere a la salida de la guerra, a la independencia de España y a la existencia de un régimen republicano democrático. El Frente Popular tiene hoy una base de acción, un programa, que el Gobierno ha formulado en 13 puntos. Nosotros no consideramos nunca los programas como pedazos de papel. Un programa es una cosa muy seria, significa una norma de conducta y de acción, una vez que es aceptado.

¿Hemos hecho lo suficiente para poner en vigor, en muchas cosas en que era posible hacerlo, el programa del Gobierno? No. Y, sin embargo, la puesta en marcha del programa, sobre todo en lo que se refiere a la reparación de exageraciones que se han cometido con elementos de la pequeña burguesía, con elementos, incluso en algunos casos, de orden religioso, con elementos pequeñoburgueses antifascistas del comercio, de la pequeña industria, del campo, equivale a reforzar el Frente Popular y a realizar la política, que el Partido ha preconizado siempre, de defensa efectiva de la pequeña propiedad y de respeto absoluto y garantía a los pequeños propietarios, a las gentes modestas que viven directamente de su trabajo.

Poner esto en práctica no puede tener más que dos resultados venturosos: uno, fomentar nuestra riqueza; otro, fortalecer el Frente Popular y la unión nacional.

Contra el Frente Popular no dejan de trabajar ciertos elementos que andan sueltos por ahí, cierta gente que está recogiendo lo peor de nuestro campo y pretendiendo formar una especie de bloque de disgregadores para descomponer o romper el Frente Popular y crearnos graves situaciones, atentando fundamentalmente contra lo que nos es más querido a todos, contra la unión de todo el pueblo.

Al frente de esta labor disgregadora el enemigo no podía encontrar mejor vehículo que el Sr. Largo Caballero. Largo Caballero y su pandilla tienen hoy unos propósitos bien claros: romper el Frente Popular, romper la Unión Nacional, romper la unidad de acción entre el Partido Socialista y el Partido Comunista, trabajar contra la unidad de la U. G. T.; y para la realización de estos propósitos criminales se alían con el diablo, con los trotskistas, con los elementos más o menos turbios de la F. A. I. Ya se atreven a hacer públicos, como lo hizo el señor Araquistáin, programas concretos de capitulación y compromiso con el fascismo alemán e italiano. Se alían o buscan enlaces con gentes muy ligadas a la capitulación. En el terreno político y en el terreno de nuestra unidad con los socialistas y del Frente Popular, hemos de hacer todo lo preciso para que estos propósitos de Largo Caballero y su pandilla no se cumplan.

Por nuestro trabajo con los socialistas, por nuestro trabajo con los Sindicatos, por nuestro trabajo de Frente Popular, hemos de lograr aislar

de algunos núcleos obreros que todavía creen en ellos a estas gentes enemigas de la unidad, enemigas del Frente Popular, enemigas de la unión entre el Partido Socialista y el Partido Comunista, considerando y haciendo comprender que toda acción, o intriga o intento contra la unidad, dadas las tareas que hemos de resolver y la gravedad de la situación por que atravesamos, no puede ser considerado por nosotros más que como labor del enemigo.

Naturalmente, no podemos contentarnos con ir simplemente al pueblo con la anterior afirmación. Con ello no resolveríamos nada. Es menester exponer con argumentos prácticos ante todo el mundo en qué consiste esa labor nefasta, ese intento de disgregación de nuestras fuerzas. En el pueblo, el deseo de unidad es bien claro y potente. Por eso, ellos buscan por todos los procedimientos resquebrajar la unidad con toda clase de insinuaciones, de injurias, calumnias y propósitos criminales contra el Partido Comunista y el Socialista, contra la Unión Soviética y contra todos los que son amigos de la unidad.

Tenemos que apartar de las masas populares a estos elementos disgregadores. Nuestro trabajo político en general, el trabajo en los Sindicatos, la unidad de acción con los socialistas, deben ser en manos del Partido no sólo un medio para resolver los problemas planteados, sino también para ayudar a que todo el mundo vea con claridad el sentido de la labor de estos grupos de disgregadores eminentemente perjudicial a la causa española, a la causa de la independencia de nuestro país.

UNIDAD, UNIDAD Y UNIDAD No podemos considerar suficiente la actividad política del Partido en orden al fortalecimiento del Frente Popular. Hemos de continuar mejorando la unidad de acción con el Partido Socialista para que, en la resolución de todos los problemas de la guerra, actúen de común acuerdo las organizaciones de los dos Partidos.

Es necesario, dentro de la órbita de este trabajo de unidad, que el problema de la unidad sindical sea examinado por nosotros con mucho detenimiento. La clase obrera en España está acostumbrada desde hace muchos años a la situación de división que hoy existe. Todo el mundo considera como una cosa natural que exista la U. G. T. por un lado y la C. N. T. por otro. Nosotros consideramos necesario combatir esta idea de que la clase obrera en España ha de estar organizada permanentemente en dos Sindicatos diferentes, en dos Centrales diferentes. Es imprescindible que la clase obrera, terminando con sus propia historia de división, se una, y no después de la guerra, sino hoy, para poder resolver con su fuerza, con la potencia que da la unidad, todas las cuestiones pendientes e intervenir a través de su fuerza unida, con mucha más autoridad y categoría, en la resolución de los problemas del país.

El trabajo de los capituladores, de la «quinta columna», no dará resultados, si hay una clase obrera unida, pero bien unida, en el terreno sindical, en las fábricas y en el campo, así como en el terreno de sus Partidos.

El problema de la unidad de la clase obrera hay que enfocarlo hoy a la luz de las cuestiones que tenemos que resolver. Para nadie es un secreto las consecuencias que en el Ejército tendría la unidad de la U. G. T. y la

C. N. T. Y en las fábricas los problemas planteados serían resueltos asimismo con mayor rapidez y eficacia. Las energías existentes no se pueden poner a contribución hasta el fin cabalmente por existir esta división del proletariado organizado en dos Centrales sindicales.

UN EJÉRCITO UNIDO E IMBATIBLE

Todas las tareas citadas tienen una relación inseparable con nuestro Ejército. Unas y otras influyen en su desarrollo, en su potencialidad, en su capacidad de combate y en la posibilidad de llevar a buen fin las tareas militares que se le encomienden. Todo lo que hagamos en el terreno económico, en el terreno político, en el terreno de la unidad, repercute en el Ejército, y todo lo que hagamos en el Ejército para mejorarlo y fortalecerlo mejora, a su vez, las condiciones necesarias para poder resolver las otras tareas de todo orden que tenemos planteadas.

Las mejoras que cualquiera puede observar en el Ejército no quieren decir que ya esté todo hecho. ¡No, camaradas! Nos queda mucho, todavía, por hacer en el Ejército. El trabajo propio del Partido como organización es todavía muy deficiente. Los problemas políticos generales, encauzados con la responsabilidad propia de la unidad militar, no son esclarecidos debidamente y en ligazón con las tareas que cada Unidad ha de desarrollar. Ni siquiera se aplican siempre como hace falta todas las propias disposiciones del Gobierno en lo que se refiere a la mejor utilización de los cuadros y a la capacitación de los mandos.

Tenemos que repetir una vez más que necesitamos una organización militar que sea una organización militar. Y ello requiere disciplina, unidad, cualidades técnicas, mandos capaces de resolver las tareas de la resistencia y de la ofensiva cuando se presente la ocasión o cuando se les ordene. En el terreno de la unidad, queda también mucho por hacer, camaradas. A pesar de la insistencia permanente de todos en afirmar que la unidad es el problema capital dentro del Ejército, avanzamos poco y no podremos conseguir muchas mejoras si no operamos un cambio radical en el Ejército. De esto son, en parte también, culpables algunos comunistas, que no siempre tienen una conducta apropiada ni atienden a los consejos que el Partido da sobre cómo deben comportarse los comunistas para hacer efectiva la unidad de nuestro Ejército. Pero son culpables, sobre todo, aquellos elementos que hablan de unidad, pero cuya actuación es de un sectarismo y partidismo descarados, que les lleva a luchar contra todos los que no pertenecen a su tendencia. Son los mismos que, en un documento recientemente presentado al Gobierno, piden ni más ni menos que la supresión del Comisariado. Es verdad, pues, que en el Ejército hay elementos de división, que no somos nosotros quienes provocamos la división, que son otras gentes. Sobre todo, la famosa invención de la proporcionalidad ha hecho y continúa haciendo un gran daño. Y no porque se pretenda dar o quitar a comunistas puestos de Mando o de Comisario, sino porque los que la han lanzado se han desgañado diciendo que quieren dividir los Mandos del Ejército, de la misma forma que se reparten los puestos en las Comisiones Parlamentarias, como si lo que necesitáramos en el Ejército y en el Comisariado no fueran Mandos capaces, sean del Partido que fueren. Y es hacer un buen trabajo militar lograr que mande un Ejército quien sea capaz de mandarlo. En el Ejército no se pueden repartir los

puestos por ideología o porque le correspondan a tal Partido tantos o cuantos. Esto es lo más contrario a la unidad entre los combatientes y es criterio que nosotros rechazamos y combatimos con toda nuestra energía.

Tal forma de proceder plantea problemas capitales dentro del Ejército y nos ocasiona graves trastornos. La prueba es que, a pesar de la reorganización realizada, se han puesto de manifiesto defectos que tenemos que corregir con mano dura.

No podemos pasar sin llamar la atención, sin dar un toque de alarma, sobre lo sucedido en Extremadura, porque ha sido un golpe que podíamos haber evitado de haber tenido más vigilancia y más preocupación por las cuestiones militares concretas. Hay en ciertos organismos de nuestro Ejército excesivo burocratismo, demasiada tranquilidad. Camaradas, no estamos para recibir golpes, debemos y podemos ahorrarnos el que el enemigo nos dé más golpes. Tenemos condiciones para asegurarlo.

El espíritu de resistencia y combatividad es necesario que se dé por igual en todo el Ejército. Hay todavía excesiva diferencia entre unas y otras Unidades y hemos de aspirar a que todo el Ejército esté en condiciones de llevar a cabo las empresas más arriesgadas. Atender a la capacitación de los Mandos es la tarea más difícil y que ha de dar mejores resultados. En la medida en que tengamos Mandos capaces de dirigir con arreglo a la ciencia, con arreglo al arte militar, podremos resolver mejor las cosas. Los Mandos tienen que demostrarnos que son capaces de dirigir sus Unidades. Los jefes de Batallón, de Brigada, de División, de Cuerpo de Ejército, todos los Mandos, han de probar que son capaces de dirigir. Deben mostrar, no sólo su honor como antifascistas y como militares del pueblo, sino también que sienten una parte de la responsabilidad de la sangre que vierte el pueblo. Esta es la tarea principal a que deben encaminarse nuestros esfuerzos: poner al Ejército en condiciones de cumplir las tareas que le corresponden; mejorar y resolver en cada Arma y en cada Unidad, con vistas a esta perspectiva, todos los problemas que tiene delante. Nos mostraremos satisfechos cuando veamos que los camaradas del Partido comprenden así su obligación y la cumplen. No hay que imaginarse que, por razón de la situación internacional y sus posibles derivaciones, tanto en el sentido de que se desencadene la guerra, como de que se aplace, nuestras tareas van a desaparecer. ¡No, camaradas! Las tareas de España las vamos a resolver nosotros con nuestra acción y con nuestra política; que nadie piense que puede desaparecer la necesidad de la política del Frente Popular y la única forma de acción política del pueblo español, que es la unión y el Frente Popular.

Así como hasta hoy hemos tenido que luchar para fortalecer el Frente Popular contra muchos ataques, muchos enemigos y muchas maniobras, no penséis que si una guerra estallase en Europa iban a desaparecer las maniobras contra el Frente Popular con el deseo de destruirlo. ¿Es que alguno de vosotros puede esperar algo bueno de Chamberlain y Daladier? No, camaradas. Aunque las necesidades de la situación militar, por razón de la guerra, les obliguen a tener en cuenta los aspectos de la situación de España, ello no quiere decir que cesarán los ataques contra el Frente Popular y contra el Partido. Si durante dos años, no sólo no han ayudado, sino que han entorpecido todo lo posible el triunfo de la República Popular, ahora tampoco darán facilidades, sino que pondrán obstáculos. De nosotros depende que esos obstáculos y esas dificultades no nos hagan mella.

*
* *

Todos estos problemas sólo podrán ser resueltos si el pueblo español está firmemente unido. La posición del Partido y la comprensión de los comunistas es un elemento decisivo. Ninguno de vosotros debe pensar que ante la nueva situación se han acabado las tareas. Ni mucho menos, ni muchísimo menos. Seremos capaces de resolverlas en la nueva situación, como en todos los momentos. Haremos frente a la nueva situación como lo hemos hecho en todos los momentos, porque el Partido no pierde jamás de vista al pueblo, sabe cómo hay que utilizar sus energías, sabe que puede dar más y encontrar los medios para que sean resueltos todos los problemas, así en el terreno político como en el terreno de la acción.

Quiero terminar, camaradas. Política de Unión Nacional, política de trabajo efectivo de cara a la media España de la zona invadida, fortalecimiento de nuestra situación económica con la unión y colaboración más estrecha de Cataluña con el resto de España, con la acumulación de esfuerzos, persistencia implacable de nuestra política de Frente Popular y reforzamiento de la unidad de acción con el Partido Socialista, unidad sindical de la clase obrera y, sobre todo, poner a nuestro Ejército en las mejores condiciones para el cumplimiento de sus tareas históricas. Obrando así, podremos decir que el Partido Comunista de España ha sabido cumplir, una vez más, como dirigente del pueblo español en la lucha por su independencia.



POR UNA ECONOMÍA DE GUERRA

por PEDRO CHECA

DE entre todos los problemas expuestos por el camarada Uribe en su informe, todos ellos de suma importancia para nuestra victoria, hay uno que en estos momentos reviste excepcional categoría y de cuya acertada solución depende en gran parte la que hemos de dar a otros que la situación nos plantea y sobre el cual yo quiero atraer brevemente la atención. Es el que se refiere a la producción industrial y agrícola; al abastecimiento y atenciones del Ejército y de la población civil, a todo este conjunto de cuestiones que podemos agrupar bajo el título de «economía» de nuestro país en guerra.

Se puede afirmar sin ninguna duda que en este agrupamiento de problemas se concentra hoy la preocupación no sólo del Gobierno, que a su estudio y solución dedica gran parte de su tiempo, sino de muchos organismos del Estado y organizaciones populares, de los Mandos del Ejército, de todo el pueblo en general, que comprende y siente que la solución de este orden de problemas es una de las más grandes cuestiones que el desarrollo de la guerra nos plantea y que de ella depende en gran parte el fortalecimiento de la resistencia frente a los invasores y la garantía de nuestra victoria.

Es un hecho evidente, cuyas manifestaciones sufre todo el pueblo y que no podemos ocultar, sino ver de corregir, que las dificultades de abastecimiento se acrecientan de día en día, especialmente en las grandes ciudades o núcleos de concentración obrera. Que existen manifestaciones de cierto descontento en algunas zonas de campo, consecuencia de la falta de productos industriales.

Asimismo, la producción de guerra y la producción de la industria en general no corre pareja a las necesidades crecientes del país, y especialmente para las masas campesinas las dificultades de adquisición de productos indispensables para el uso aumentan constantemente.

Es asimismo evidente la existencia de grandes dificultades en los transportes, que agravan la ya complicada situación.

No cabe olvidar el sabotaje organizado por el enemigo, así como la

especulación, la corrupción inherentes a una situación como la que atravesamos.

Con la aproximación del invierno, con la extraordinaria tensión internacional que dificulta la solidaridad, con la dureza que la guerra cada vez más reviste y con el agotamiento de las reservas hasta aquí existentes, debemos prever mayores dificultades y menos medios para satisfacerlas. Hacer frente al tercer invierno de guerra supondrá una gran batalla que debemos ganar y ganaremos.

La sublevación de los generales rebeldes ha sorprendido al pueblo español con una industria poco desarrollada que, consecuencia misma de la guerra, ha sido desorganizada en grado sumo. El abandono de sus funciones por parte de los propietarios y de bastantes elementos técnicos, el hecho de que los obreros tuvieron que suplir ese abandono improvisadamente; posteriormente, la necesidad de adaptar la producción a las necesidades de la guerra, la precisión de efectuar desplazamientos de máquinas y de fundir empresas, las dificultades en el suministro de materias primas y en el transporte, la falta de técnicos y de numerosos elementos, así como la gran cantidad de brazos necesarios para el Ejército retirados de la producción, la conquista por el enemigo de zonas industriales de extraordinaria importancia, han contribuido a agravar la difícil situación ya existente. Lo mismo que los ensayos de «colectivización», de comunismo libertario, de «sindicalización» de las fábricas y de ramas enteras de la industria, ensayos que muchas veces no fueron otra cosa que el triunfo de la irresponsabilidad y de la incompetencia y estimularon en grupos de obreros el espíritu particularista contrario al interés general, cuando no fueron el pretexto para una política de desgaste y de rapiña en daño de todos.

En lo que al campo se refiere, es claro para todos el atraso en que se desenvolvía nuestra producción agraria, deficitaria en muchos productos de primera necesidad. Este déficit, anterior a la guerra, acrecido extraordinariamente con la sublevación de julio, que nos ha privado de gran número de productos fundamentales o los ha reducido considerablemente, es el elemento principal que debemos tener presente al examinar la situación de nuestra producción agrícola. Posteriormente, los mismos ensayos antes mencionados, los atropellos realizados durante un período con los campesinos, las enormes dificultades en orden a transportes, abonos, aperos y útiles, la falta cada vez mayor de brazos, requeridos por el Ejército, han contribuido a agravar la situación.

La naturaleza de la guerra que sostenemos para librar a nuestra patria de la invasión exige de todo el pueblo el máximo de sacrificios, que tendrán su compensación en el logro de una España independiente y libre para los españoles en franca posesión de bienestar y de justicia. El Ejército Popular demuestra elocuentemente con su resistencia heroica en todos los frentes, muy especialmente en el Ebro, su comprensión clara y su voluntad firme de hacer todos cuantos sacrificios, incluso de la vida, sean necesarios para obtener la victoria. Y nuestro gran pueblo, que resiste impávido todos los sufrimientos, nos dice con elocuencia cómo es capaz de igualar a los soldados. Unos y otros saben cumplir con su deber. En tanto sostengamos una guerra tan dura como ésta, debe ser claro que en el orden económico tendremos que hacer frente a enormes dificultades y que hoy este

problema no puede hallar una solución total. Los sacrificios son inevitables. Pero lo que para nosotros está fuera de toda duda es que podemos y debemos mejorar mucho la actual situación, porque además de las dificultades objetivas, cuya solución no está en nuestras manos, existen toda otra serie de dificultades que estamos en condiciones de superar y debemos superar.

Esto quiere decir que los problemas económicos deben estar al orden del día de la actividad de todas las organizaciones populares y de nuestro Partido, pero no de manera general, sino de manera práctica y concreta. Las grandes reuniones, de tipo parlamentario, donde se discute de todo lo posible y se fraguan planes y proyectos de reformas radicales, o de nuevos organismos cuya tarea debería ser ni más ni menos que la «construcción» de una nueva economía del país, no solamente sirven de muy poco, sino que desorientan a las masas y crean más confusión. No se trata, hoy, de trazar planes con vistas a la instauración en nuestro país de no sé qué régimen colectivista, o sindicalista, o comunista libertario. Estos son residuos de los famosos «ensayos» que tanto daño nos han hecho, y, cuanto más pronto desaparezcan del todo, tanto mejor. Hoy se trata de vencer en la guerra y obtener que nuestra economía, es decir, que los recursos de nuestro país sean aprovechados de la manera más radical y rindan el máximo. Se trata de que haya armas y municiones para defender y atacar y de que el Ejército y el pueblo coman y puedan continuar luchando. Se trata de hacer de la economía de nuestro país una economía de guerra y para la guerra y nada más por ahora.

Anomalías en el aparato de producción y de abastecimientos.

Desde este punto de vista, el primer problema que hay que examinar es el del grado de utilización de nuestro aparato productivo.

Nuestras fábricas no producen a pleno rendimiento, incluso muchas están paralizadas o trabajan con horario reducido. Por otra parte, la producción agrícola no es todo lo intensa que puede llegar a ser y del campo no se extrae todo el rendimiento que sería posible. Esto determina la falta de numerosos productos manufacturados para el consumo o de ciertos materiales necesarios para la guerra y las necesidades de la población. Asimismo, no se utilizan racionalmente todos nuestros medios de transporte y comunicación.

Existen muchas razones que originan esta falta de utilización de las fuerzas productivas del país. Pueden concretarse fundamentalmente en la falta de materias primas, de brazos y de transporte.

En lo que a materias primas concierne, cierto es que carecemos fundamentalmente de muchas de ellas y que no puede recurrirse a su importación al no tener un pozo sin fondo de divisas. ¿Pero es que se han agotado, o utilizado siquiera, reservas aún no utilizadas, o las posibilidades de recuperación y empleo, por ejemplo, de la chatarra y de otras cosas que poseemos y que pueden servir de materia prima en aspectos importantísimos de la producción? Podemos afirmar rotundamente que no. Que es ahora cuando se inicia, de forma más bien espontánea, por parte de las

masas, la recuperación no sólo de chatarra, sino de toda suerte de material y objetos; que comenzamos a dar los primeros pasos en este terreno.

Cierto es que las necesidades del Ejército han requerido miles de brazos necesarios para la producción y que esto ha producido grandes dificultades. ¿Pero es que se ha puesto en juego el enorme potencial de trabajo que suponen las grandes masas de mujeres de nuestro país? Estamos, aún, desgraciadamente, dando los primeros pasos en este sentido —¡y a costa de qué cúmulo de dificultades e incomprensiones reaccionarias!— Por otra parte, no se han hecho apenas esfuerzos para educar y calificar técnicamente a los nuevos productores.

En orden al problema de las materias primas se pueden citar ejemplos curiosos. Por ejemplo, en lo que concierne al calzado, del que hay que dotar en primer lugar al Ejército y a la población y para lo que existen grandes dificultades. Sin embargo, hay miles de kilos de piel paralizados en toda una serie de provincias, en tanto tenemos fábricas paralizadas, trabajando a dos días por falta de materias primas. Asimismo, no se pueden fabricar artículos de lana por falta de ese producto, mientras hay paralizados en una provincia de 400 a 500 mil kilos y en otros lugares existen también en gran cantidad.

Y, para terminar con ese capítulo de ejemplos, se puede decir que, incluso en lo que concierne a las divisas, existen ejemplos bien elocuentes del desaprovechamiento de magníficas posibilidades de obtenerlas mediante la utilización de productos de fácil exportación.

En orden al problema de abastecimientos, mientras en toda una serie de grandes poblaciones no es posible consumir la menor cantidad de aceite, en Andalucía existe una gran cantidad, producto de la cosecha de 1937, almacenada, que crea un verdadero problema, porque la actual cosecha de la aceituna se echa encima y no hay donde envasar el nuevo aceite.

En Guadalajara mismo, en mucha menor proporción, hay también una cosecha de 1937, en tanto que la población misma de Guadalajara no tiene aceite suficiente.

En relación con esto, hay un problema muy serio, que es el del envase de la actual cosecha de aceituna y que amenaza con serias dificultades: la falta de capachos, que al parecer no pueden confeccionarse por falta de esparto. Sin embargo, la cosecha de esparto de Murcia, Almería y Albacete está aún sin recoger y con gran peligro de que, si no se cuida debidamente la planta, se pierda la planta. Con este esparto se podrían fabricar alpargatas para todo el Ejército.

Mientras existen enormes dificultades para la adquisición de patatas, según cálculos que no pecan de pesimistas, se han perdido de 8 a 10 toneladas de patatas tempranas en Levante, que no se han llegado siquiera a recoger.

La adquisición de vino presenta grandes dificultades en muchas localidades o son muy elevados los precios de venta, en tanto que existe una cantidad monstruosa de arrobas de vino de la anterior cosecha inmovilizadas en Ciudad Real y que, igual que el aceite, constituyen una seria dificultad para el envase de la actual cosecha.

Hay casos más simples, pero más hirientes aún. Lo constituye el espectáculo diario de cantidades inmensas de productos del campo que se

podrían abandonados, en tanto que en las poblaciones no es posible obtener la más mínima cantidad, y eso en la propia ubérrima Valencia.

Si bien hemos perdido las zonas pesqueras más importantes de nuestro litoral, tenemos, sin embargo, grandes posibilidades de pesca que no son aprovechadas, e incluso allí donde la pesca se efectúa es muy frecuente que haya que arrojar al mar unos cuantos miles de kilos de pescado por día, porque se pudre.

Un problema muy serio en vísperas del invierno es el de la leña para combustible, particularmente en Madrid. Sin embargo, en Cuenca, Guadalajara, en Madrid mismo, existen cantidades enormes de bosques cuya utilización para leña no perjudicaría lo más mínimo a nuestra riqueza forestal.

Y lo mismo en lo que se refiere a abonos. Existen enormes dificultades para obtener los que se precisan en todo el país y, sin embargo, en Madrid existen cantidades muy grandes de abono paralizado desde hace año y medio.

Todo esto nos lleva a la conclusión de que, evidentemente, no tenemos todo lo preciso para hacer frente a nuestras necesidades y que incluso éstas han de acrecentarse en el curso de la guerra y después de ésta. Pero una cosa también aparece clara: que no aprovechamos debidamente lo que tenemos y que existen en el campo económico un desorden, una confusión, con los cuales hay que terminar de una vez para siempre.

También aquí debe llevar el Gobierno la dirección.

La mayor parte de este desorden, de esta confusión, y el mal aprovechamiento y utilización de nuestros recursos provienen de la desorganización, de la dispersión y multiplicidad de organismos que se interfieren y que de día en día agravan la situación. Proviene de la ausencia de una política justa en este orden y de la aplicación rigurosa y uniforme de ella en todo el país, saltando por encima de todo particularismo y localismo, a través de un aparato leal, activo y popular. Proviene de la falta de una movilización integral de todos los recursos del país para hacer frente a la situación excepcional por que atravesamos.

No es nuevo este problema, ni es por primera vez que lo abordamos. En honor del Partido Comunista, debemos decir que ya en el Pleno del Comité Central del mes de Mayo la camarada Dolores, en el informe que en nombre del Buró Político presentaba, afirmaba lo siguiente:

«En la fase actual de la guerra, lo que decide es la organización, es decir, la capacidad de los órganos oficiales de dirección del Estado, en el cuadro de los Partidos políticos, de los Sindicatos y de todas las otras organizaciones antifascistas, de resolver prácticamente, con rapidez, con un ritmo mucho más acelerado que hasta ahora, la enorme cantidad de problemas concretos que conciernen al abastecimiento, la acumulación y el transporte de materias primas, el funcionamiento regular de las fábricas, la reparación de máquinas, etc, etc. Es decir, poner en tensión rápidamente todas nuestras fuerzas y todas nuestras energías y fijar con claridad cómo podemos hacer frente a la situación.»

Pero la realidad es que de entonces acá se han dado muy pocos pasos

en la solución de este problema. Y ahora no se trata ya de una previsión o de un anticipo, se trata de una cuestión vital, candente, que es necesario resolver con urgencia, cueste lo que cueste, pues afecta directamente a la organización misma de nuestra resistencia.

En lo que se refiere a la industria, no toda la fundamental se halla aún en manos del Estado, sino que existen todavía economías particulares, que alimentan en el seno de la clase obrera las tendencias corporativas, poniendo el interés particular de un grupo por encima del interés de toda la clase obrera y de todo el pueblo.

Es ahora cuando acaba de darse un paso gigantesco con la centralización de todas las industrias de guerra en manos del Gobierno, pero existen aún ciertas incomprendiciones respecto a la situación y al papel de los Sindicatos, que dificultan la organización de la producción con arreglo a las necesidades de la guerra. Hay aún mucho localismo y parcialismo que contribuyen a dificultar la utilización racional de todos los recursos del país. Existen aún camuflados en consejos obreros o en órganos de dirección de las empresas muchos enemigos que sabotean la producción.

Por eso, es necesario hacer un esfuerzo gigantesco para conseguir la centralización de dirección y administración efectivas en manos del Gobierno de las industrias fundamentales, como primer paso hacia la nacionalización. Efectuar una lucha sistemática contra las tendencias particularistas que van contra el interés nacional, cualquiera que sea la máscara bajo la cual se esconden, y asegurar una estrecha colaboración de los Sindicatos en la ejecución del plan económico del Gobierno y de las medidas económicas concretas de éste.

Hay que ayudar a los campesinos.

En lo que al campo se refiere, no produce todo cuanto podría y no todo es entregado a las necesidades de la población. Por otra parte, la siembra no siempre se efectúa con arreglo a las necesidades del país, sino a los intereses particulares de los propios campesinos, que alguna vez resultan perjudiciales al interés general. Asimismo, se efectúan ocultaciones de parte de los productos a fin de utilizarlos para el intercambio, con lo que se reducen las posibilidades y se fomenta la desorganización. También en el campo existen aún tendencias particularistas a crear una economía dentro de la economía general. Si bien se ha dado un gran paso en la libertad para los campesinos de elegir libremente el régimen de explotación de la tierra que les parezca más conveniente, todavía existen imposiciones y cortapisas que obstaculizan el desarrollo de la producción.

Ya el camarada Uribe, en su informe, señalaba el hecho, lleno de peligrosa anormalidad, de la situación de nuestro campo en lo que se refiere a las relaciones de los campesinos con diferentes organismos del Estado: «Todos a sacar, nadie a dar». Esta síntesis de su apreciación es rigurosamente exacta y la tendencia predominante, en lugar de ser la de revisar esta mala conducta hacia los campesinos, para corregirla, es por el contrario la de acentuar la conducta actual y apelar a medios y procedimientos administrativos.

Merced a la justa política agraria de la República, interpretada por el camarada Uribe al frente del Ministerio de Agricultura, ha sido posible desde los primeros momentos incorporar de lleno a las masas campesinas a la lucha de todo el pueblo contra la invasión y el fascismo y lograr su participación entusiasta y activa en todas las tareas de la guerra. Esta gran victoria se corre el riesgo de defraudarla, si no ponemos rápido remedio a esta línea equivocada que se tiende a seguir con los campesinos.

En primer lugar, está la política de tasas, enteramente justa y necesaria, pero que es preciso examinar detenidamente. Existe toda una serie de tasas para los productos agrícolas y normas oficiales para la salida de la producción que no hallan su compensación en la fijación de unas tasas o en la regulación de unos precios para los productos industriales, que se hallan fuera del alcance de las posibilidades de los campesinos, no existiendo la menor preocupación para procurárselos. Esto crea una situación de desequilibrio y arrastra a los campesinos, forzosamente, al incumplimiento de las tasas y otras disposiciones.

Por otra parte, es preciso que los órganos dependientes del Estado respeten las tasas y disposiciones establecidas, sin lo cual no es posible pedir al campesino este respeto. Y eso se dice en relación a la conducta seguida por la Intendencia Militar algunas veces, que arrebató indebidamente a los campesinos sus productos, o los paga a precios muy superiores a los de tasa, con lo que rompe la organización y el orden establecido.

Existe la tendencia cada vez más fuerte a suprimir totalmente el mercado libre para los productos agrícolas no fundamentales, sin que sea creado un sistema nuevo, capaz de substituir con ventaja a aquél, lo que priva al campesino de una fuente de ingresos legítima, al tiempo que dificulta en extremo el abastecimiento de las capitales.

Desgraciadamente, existen aún numerosos casos de Unidades y soldados aislados que roban a los campesinos sus productos, sus animales, sus efectos incluso. Esto crea en el campesino la idea de que el trabajo por él realizado no se halla seguro y no va a disfrutar del fruto de su esfuerzo, y le empuja por el camino de limitarse a producir lo indispensable para su consumo, agravando así la situación.

La corrección de esto es esencial. Sin confianza de los campesinos en el mañana, en poder disfrutar de lo que ellos han producido con su esfuerzo, todas las medidas que se adopten serán inútiles.

Para ello es necesario que realicemos una gran campaña en el campo y en la ciudad, un intenso trabajo político, haciendo comprender a las masas campesinas sus deberes y sus derechos, así como los deberes del proletariado hacia el campo. Es preciso que los campesinos cumplan todas las disposiciones del Gobierno en lo que concierne a la intensificación de la producción agrícola de interés general y no privado, al cumplimiento de las disposiciones de entrega de los productos fundamentales y de las tasas, y contra las ocultaciones, etc.

Pero, al mismo tiempo, es preciso respetar y defender tenazmente, y hacer comprender a todos los que aún no lo comprenden, la necesidad de respetar religiosamente la propiedad campesina, de asegurar una justa reciprocidad a las tasas de los productos agrícolas con las de los productos industriales. Es preciso dar una ayuda continua a los campesinos (conce-

siones de créditos, envíos de productos industriales), y al mismo tiempo es preciso que se deje existir para una parte de los productos un mercado libre campesino bajo el control del Estado.

De forma general, es necesario en el campo intensificar la producción bajo la dirección del Ministerio de Agricultura y no con arreglo al criterio de cada colectividad o cada Sindicato, sino al criterio general de las necesidades del país. Unida a esta medida, una justa política de distribución y de tasas. En ciertas provincias se respetan las tasas en muchos artículos de primera necesidad; pero en muchas zonas de nuestro país estas tasas no se respetan y hay que hacer que por igual sean aplicadas en todo el país. Hace falta impulsar la incorporación de las mujeres a la producción en el campo. Hace falta no olvidar que, con las últimas movilizaciones de quintas y las necesidades del Ejército, se agravan las dificultades del campo y eso requiere una mayor atención y ayuda. Y, sobre todo, hace falta luchar contra la tendencia a vencer las dificultades mediante una presión administrativa sobre los campesinos, manteniendo a los campesinos al lado íntegramente de la República.

Es necesario mejorar el aparato del Estado.

Todos los problemas, los errores, la confusión y las falsas tendencias que acabo de señalar están ligados a una cuestión que debemos considerar hoy, en nuestra situación, como fundamental, y a la cual hasta ahora no hemos prestado bastante atención. Es la cuestión del aparato del Estado, o, mejor dicho, de los aparatos del Estado encargados de los problemas económicos.

En este dominio se advierte un verdadero laberinto, por no decir caos, que contribuye poderosamente a desaprovechar las grandes posibilidades que tenemos y a sembrar la desorganización. Se puede afirmar que existe mucha gente para desorganizar y deshacer y muy poca para organizar y construir. Efectivamente: Aparato de Abastecimiento, de Intendencia, Junta de Compras, Oficinas del Aceite, del Esparto, etc., etc. Todos ellos invierten una cantidad enorme de funcionarios, no siempre competentes, cuando no desleales, que se entrecruzan y embarullan; organismos sin cohesión entre sí, sin ordenación ni sometimiento a un solo mando, sin que se coordinen sus esfuerzos y trabajo.

La gente que está en el aparato económico del Gobierno es en gran parte gente corroída por la suficiencia y el formalismo, que con mucha frecuencia examina todos los problemas con un optimismo burocrático, pleno de falsa superioridad; incapaz de trabajar políticamente y de sentirse al servicio del pueblo, sino al contrario, pensando que el pueblo está a su servicio.

No pocas deficiencias provienen de la misma composición política cerrada, sectaria, de algunos aparatos económicos, que constituyen al modo de feudos familiares, de los que está totalmente ausente el espíritu de crítica y de examen y corrección de errores. Creo no equivocarme afirmando que la composición de estos aparatos puede ser considerada como el ejemplo más característico de «partidismo» descarado y dañino. Hay un aparato que

está compuesto de abajo arriba, todo, no solamente por miembros del mismo partido, sino por incondicionales del hombre que le dirige. El criterio de la capacidad no ha sido tenido en absoluto en cuenta. La consecuencia es que no solamente estos aparatos funcionan mal, sino que en ellos todos se sienten cabezas de ratón y no admiten la menor observación, que siempre se interpreta como un ataque político o una especulación bastarda o una maniobra.

Es indispensable que el Gobierno establezca un orden, una coordinación en el trabajo del aparato del Estado y en los organismos responsables. Sería también útil que se renovara alguno de los aparatos económicos, introduciendo en ellos gente nueva, que tenga alguna de las cualidades positivas que tienen los hombres que han sabido crear y saben dirigir nuestro Ejército. Pero, sea como sea de esto, el Partido debe en la práctica hacer los mayores esfuerzos para asegurar la coordinación en las actividades económicas del Estado y de otros organismos, en primer lugar, de los que dependen de miembros del Partido, pero igualmente de todos, por ramas, por provincias, por localidades, en torno a la solución de problemas concretos.

Un ejemplo claro lo tenemos en la solución del problema de la leña en Madrid, que se ha obtenido a pesar de las resistencias e incomprensiones burocráticas, mediante la coordinación de las autoridades y organismos del Ejército del Centro responsables e interesados.

Ya he manifestado cómo nuestro Partido, a pesar de tener muchos militantes calificados para este trabajo, no está lo suficientemente representado en los diferentes aparatos económicos del Estado, pero esto no es una razón para renunciar a la lucha. Satisfacerse o justificarse con la desorganización existente para explicar la situación, no la corrige ni remedia. Es preciso ayudar al Gobierno en la lucha por un mejor trabajo del aparato del Estado, contra el burocratismo, para discernir dónde acaban las interferencias y la desorganización y dónde comienza el sabotaje, para descubrir los enemigos donde los hay y aplastarlos. Nada hay que mueva a las masas como la lucha contra la burocracia y el sabotaje, y la tarea de nuestro Partido consiste, apoyándose en las masas, en ayudar al Gobierno y a los elementos sanos que hay en todos los aparatos económicos. Los pocos comunistas que hay en estos aparatos deben estar ligados al Partido, deben recibir más ayuda, dirección y orientación por parte de nosotros. Debemos hacer comprender a todos que lo que nos mueve no es nada más que el interés general y el deseo de contribuir a la victoria. Los buenos elementos que existen, y son muchos, en el aparato económico, lo comprenderán, así como lo han comprendido desde hace mucho tiempo los buenos militares que saben cuánto apoyo nuestro Partido les ha dado en su duro trabajo.

La tendencia más peligrosa es la de considerar que los problemas económicos corresponden íntegramente al Gobierno, al Estado, no siendo el pueblo más que espectador sufrido y paciente, y no actor en la solución. De esta manera, además de no resolverlos, concentran sobre el Gobierno la responsabilidad íntegra de lo que no corresponde más que a su incapacidad o errores.

Evidentemente, no hay problema que escape a la dirección del Gobierno y éstos menos que otros. Pero el Gobierno, el Estado, no es sólo el grupo de hombres que regentan los Ministerios o su aparato. Es esto, más el

concurso activo de la población toda, de sus partidos y organizaciones, en su ayuda y sostén, en una colaboración activa y fecunda.

El camarada Uribe ha planteado la necesidad de crear un Consejo Económico como medida para facilitar que el Gobierno tome en su mano la dirección, coordinación y aprovechamiento de todos cuantos recursos existen en el país. Esta medida es esencial para poder efectuar un estudio a fondo de la situación y elaborar por lo menos algunos elementos de un plan económico en relación con las necesidades de la guerra, sobre todo en lo que se refiere a la utilización de las materias primas, a la importación y exportación y al aprovisionamiento. Pero sería un error pensar que con la formación del Consejo Económico se resuelve el problema. Que sólo al Gobierno compete y que sólo por decreto hallarán solución las dificultades. Este es un elemento previo y esencial, pero los problemas económicos, como todos y más que ninguno de los problemas de Gobierno, deben ser ayudados a resolver por las masas y por los Partidos y otras organizaciones populares, en primer lugar los Sindicatos, y sólo en la medida en que éstos participen hallarán solución.

La participación de las masas, en éste como en todos los campos, es decisiva. Y del mismo modo que el Ejército Popular, esa grandiosa creación, no habría sido organizado jamás a base sólo de decretos, sino que ha surgido y se ha desarrollado y es hoy un formidable Ejército por el concurso formidable de todas las organizaciones y de las masas del pueblo, del mismo modo, no solucionaremos los problemas económicos más que a través de una intensa participación de las masas en su solución.

Y de forma particular deben tomar parte en la tarea de poner orden en la vida económica del país los Consejos provinciales y municipales, instituciones seculares de nuestro pueblo, que han jugado siempre y deben jugar un papel fundamental en la solución de los problemas del pueblo. Toda tendencia a quitar importancia a estos organismos es falsa y no encuentra el apoyo de nuestro Partido.

Los Sindicatos y la producción.

Los Sindicatos hemos de afirmar que no llegan a jugar el papel que por su función y su fuerza pueden y deben jugar, un papel de primer orden, como lo han hecho en la solución de todos los problemas de la guerra, en la formación del Ejército regular, etc. Por otra parte, el Partido Comunista, que ha sido uno de los artífices del Ejército Popular, que ha luchado en primera fila por el orden antifascista, por un Gobierno que gobernara, etcétera, puede y ha de jugar también en la ordenación de la economía del país un papel decisivo.

Quiero citar aquí un ejemplo bien característico: el de la recolección. Probablemente no ha habido problema que al abordarlo haya presentado este año tantas dificultades u obstáculos como éste. Evidentemente, había serios obstáculos por medio, como la falta de brazos, de caballerías y herramientas. Sin embargo, ha sido posible efectuar la recolección, lo que constituye un gran éxito, una gran batalla ganada en todos los puntos del país, de manera particular en Valencia. ¿Por qué? Porque se ha procedido a

efectuar una intensa movilización política y práctica de las masas del campo y de todo el pueblo en general, se les ha hecho comprender el inmenso significado y trascendencia y la obligación de que todos contribuyeran a esta empresa; porque los Sindicatos, el Partido Comunista, los demás Partidos, los Frentes Populares, etc., han ayudado a los órganos de Gobierno de manera eficaz, haciendo de la recolección una tarea de todo el pueblo y de todas sus organizaciones.

Hay otros ejemplos bien ilustrativos. Existen organismos encargados de la recuperación de chatarra, que seguramente no han recogido ni un camión en toda su gestión. Sin embargo, basta que nuestro Partido, las J. S. U., el Frente Popular, hayan iniciado apenas una campaña y una movilización en ese sentido para que se estén recogiendo en los frentes y en la retaguardia centenares de toneladas de chatarra.

Ahora bien, justo es consignar que los Sindicatos no aportan aún todo lo preciso para organizar y desarrollar nuestra economía en aspectos muy fundamentales. Y no, naturalmente, por desidia o incomprensión de los obreros, que con serias dificultades de abastecimiento, con el riesgo diario de los bombardeos, con todo género de dificultades, dan en todo caso un ejemplo altísimo de comprensión de su deber y de cumplimiento del mismo. Hay casos como el de los mineros de Almadén, el de Sagunto, y, en general, el de casi todos los obreros de fábricas de guerra, que son una elocuente demostración. Sino por la posición de algunos dirigentes que impiden o dificultan que los Sindicatos cumplan con su papel.

Y no lo decimos nosotros, sino la propia organización obrera, el C. N. de la U. G. T. que, reunido últimamente, llama la atención a la Federación Siderometalúrgica y a la del Transporte—dos Federaciones decisivas para la guerra—por su línea contraria al Gobierno al mantener fuera del control del Estado la producción de guerra, la primera, y por sabotear al Gobierno en su política, la segunda.

Destacamos estos dos casos, pero es indudable que existen muchos otros que demuestran la urgente necesidad de dar un impulso serio al trabajo sindical del Partido, que del Pleno de mayo acá adolece de grandes defectos, a fin de conseguir una mejor actividad de los Sindicatos, de los Consejos Obreros, de los órganos de dirección de las empresas, para que todos se muevan en una sola dirección, en la ayuda al Gobierno a resolver todos los problemas de la producción, así como los de abastecimiento, ya que sin los Sindicatos no es posible siquiera concebir un cambio en la situación actual.

A este fin sería preciso que se convocaran, provincial o regionalmente, conferencias de responsables del Partido en los Sindicatos, comités de control, órganos dirigentes de la producción, miembros del aparato del Estado, etc., que estudiaran los problemas de la producción, la actividad de los Sindicatos y de los comunistas en ellos, y sobre la base de una seria autocrítica mejoraran el trabajo. Eso de forma particular debe hacerse en Transportes, Metalúrgicos y otros ramos ligados a la producción de guerra y en Trabajadores de la Tierra.

En lo que se refiere a los Consejos municipales y provinciales, es necesario sobre todo que asuman la responsabilidad del abastecimiento de la población, como el más palpitante y vivo de su localidad, y estudien y apli-

quen todas las medidas tendentes al mejoramiento de la situación. El Partido debe con más atención que hasta aquí seguir de cerca la actividad de los Consejos, particularmente de los miembros que ocupen funciones en ellos, orientándolos y ayudándolos en su trabajo. Es conveniente, por provincias, preparar asambleas de concejales del Partido, para estudiar los problemas municipales—especialmente el de abastecimientos—y ayudar a su solución.

Es evidente que no podríamos dar un solo paso, si no lo hiciéramos todos unidos por la misma voluntad y objetivo; si la unidad no presidiera nuestro trabajo. En este sentido, hemos hecho grandes progresos. Pero queda aún mucho por hacer para fortalecer la unidad política, la unidad sindical, la unidad antifascista.

Justamente en torno a la solución o al mejoramiento de la producción es posible dar los pasos más firmes y rápidos para fortalecer y desarrollar la unidad sindical, que desgraciadamente no camina con la rapidez deseable.

También en este terreno la unidad de socialistas y comunistas puede fortalecerse mejor y compenetrarse más los militantes de ambos Partidos, coincidentes no sólo en una línea general, sino en la apreciación de los problemas concretos y en la forma de resolverlos.

Lo mismo hay que decir del Frente Popular, que debe ser instrumento de la movilización y utilización de todos los recursos del país.

El Partido y la política económica.

En este último período, el Partido ha hecho grandes esfuerzos para asegurar la unidad obrera y antifascista. Justamente preocupados por ello, la actividad de algunos camaradas ha adolecido en algunos casos de falta de audacia para criticar defectos evidentes y claros que perjudicaban en determinados aspectos a las masas y a la guerra, como si la política de unidad fuera incompatible con la discusión serena y la crítica objetiva y responsable de los errores. Debemos decir aquí, y precisamente hablando de problemas económicos concretos, que eso no ayuda a la unidad, sino que, por el contrario, la perjudica, ya que se asienta sobre una base falsa de descontento y disconformidad y puede romperse con la mayor facilidad.

Por otra parte, en algunos sitios existen órganos de unidad y Frentes Populares, etc., pero asentados sobre una base general, abstracta, exclusivamente «política». Pero en la apreciación de los problemas concretos de abastecimiento, de producción, etc. existe una diferente apreciación y línea. Y esto también es malo, porque la unidad la queremos por algo, y si estar unidos significa firmar pactos o declararse de acuerdo en una línea de acción determinada y luego hacer cada uno lo que le dé la gana, esto no tiene nada que ver con la unidad.

Es necesario corregir estos errores y defectos y asegurar una verdadera política de unidad y de Frente Popular, que se fundamenta esencialmente en una línea común en torno a los problemas vitales del pueblo y en la colaboración, efectiva y concreta, de las organizaciones y de los miembros de ambas que ocupan funciones responsables en la solución práctica de ellos.

Es evidente que la consecución de los objetivos que hemos trazado

presenta dificultades. Pero el Partido y el pueblo han afrontado tremendas dificultades hasta aquí y han salido vencedores de ellas. Si hemos creado un Ejército en las más difíciles condiciones, podremos y sabremos crear una economía que sea una firme base para la victoria. No se trata, como creen algunos «teóricos» que viven pensando en el mañana y olvidan el hoy, de crear una economía socialista. Se trata de algo más sencillo y urgente. Se trata de una economía para ganar la guerra. El Partido puede y ha de ser un factor formidable en la consecución de ello. Pero sólo en la medida en que estudie estos problemas y los haga patrimonio de todos los militantes. En la medida en que sea fuerte para asegurar su contacto con las masas y la actividad de éstas en una dirección justa. En este sentido, se ha comenzado a mover el Partido en este último período en todas las provincias y sólo con los primeros pasos dados ya se comienzan a apreciar los resultados obtenidos. Pero es preciso insistir mucho más y sobre todo ganar el tiempo perdido hasta aquí. Y sobre todo es preciso fortalecer el Partido para facilitar la consecución de los objetivos perseguidos.

Nuestro Partido, que por su justa línea política, por su comprensión clara de los problemas de la guerra y por su conducta, ha adquirido en el curso de la guerra un relieve y volumen extraordinario, proporcionado al esfuerzo hecho, prosigue su fortalecimiento, de forma particular en los frentes de lucha, allí donde hemos concentrado desde el primer momento nuestra atención y nuestros hombres y adonde van continuamente miles de militantes movilizados y cientos de magníficos cuadros dirigentes. De esa suerte se fortalece cada vez más nuestro Ejército, que es el instrumento fundamental de la victoria.

Pero, para poder hacer frente a los múltiples problemas que se presentan en la retaguardia, hace falta fortalecer aún más el Partido y desarrollar con mucha fuerza y audacia una política de cuadros bolchevique, para poder compensar la marcha al Ejército de muchos dirigentes y poder ayudar con más eficacia a la solución de todas las cuestiones que se presentan en la retaguardia. Hasta hoy esto no se hace, así como no se realiza un trabajo de reclutamiento sistemático, organizado y constante.

Es preciso pensar que sólo si ganamos al Partido o a su influencia a los mejores obreros, campesinos, técnicos, dirigentes sindicales y de empresas, cuadros interesados en los problemas de la producción y de las masas, lograremos solucionar éstas, como otras tareas de la guerra. Por otra parte, es justamente concentrando su atención en la solución de los problemas de las masas—estos que hemos señalado—cómo el Partido más se fortalecerá en la retaguardia, pues las masas verán en él a quien más se preocupa por sus cuestiones para ser capaz de aportar una mayor ayuda al Gobierno en la solución de los problemas económicos.

Para poder desarrollar este trabajo, es necesario dar pasos más audaces en la elevación de cuadros ligados a las masas y en la utilización de los que poseemos y no aprovechamos debidamente. Hasta aquí, la experiencia nos dice que allí donde el Partido eleva nuevos cuadros dirigentes, rompiendo con toda energía con las tendencias sectarias, de camaradas miedosos y faltos de audacia, el resultado es favorable en un 100 por 100. Es preciso vigorizar la democracia en las organizaciones del Partido y elevar nuevos cuadros constantemente, que quiere decir ampliación, rejuvenecimiento y

fortalecimiento del núcleo dirigente del Partido en todas partes y garantía de cumplimiento de sus tareas.

En este sentido, es preciso hacer una llamada al Partido para que se utilice mejor que hasta aquí, y liguemos al Partido, a los cuadros técnicos, en sus distintos aspectos (militar, industria, finanzas, agricultura, etc.), ya que por razón de su calificación pueden servir de una magnífica ayuda, y esta ligazón les dará a ellos la orientación necesaria para que su trabajo sea mucho más fructífero y útil.

La reunión de hoy, además de lo que en el terreno político aporta, es un enérgico paso adelante en esta dirección y por esto sirve magistralmente para una cosa: para soldar y hacer mucho más homogéneo y sólido el Partido. ¿Por qué? Porque conjuntamente reunidos hay camaradas del Ejército, de la Marina, de Aviación, de Orden Público, de Carabineros, hay camaradas dirigentes de sindicatos y organizaciones de masas; hay dirigentes agrarios e industriales, técnicos de todas las especialidades; funcionarios del Partido y del Estado. Esto liga entre sí a las diversas piezas que integran el gran Partido Comunista, borra los particularismos y localismos, habitúa a examinar los problemas en conjunto y no con arreglo a puntos de vista estrechos y limitados, une más férreamente al Partido.

Con un fuerte Partido férreamente unido, compenetrado, con muchos cuadros ligados a las masas, con una organización adecuada a las necesidades, concentrando su atención en los problemas de las masas y sabiendo a través de la unidad marchar, junto con los Sindicatos, con las demás organizaciones del Frente Popular, con todo el pueblo en el cumplimiento rápido de las grandes tareas del momento, haremos frente a estos problemas, como hemos hecho con los más difíciles, y los resolveremos.

CÓMO ACABAREMOS LA GUERRA

por JESÚS HERNÁNDEZ

CAMARADAS:

Entre los muchos e interesantes problemas que han sido planteados por nuestro camarada Uribe, hay algunos sobre los cuales ha de girar, obligatoriamente, la atención de todos nosotros. Por ejemplo, el de cómo va a ser interpretada esta política de audacia que aquí se ha señalado, la política de penetrar hasta el campo enemigo con consignas activas, que hasta ahora ha suscitado muchas dudas cada vez que se insinuaba. Otro de esos temas es el de saber si la guerra mundial nos beneficiaría o nos perjudicaría.

Voy a comenzar con algunas palabras de esclarecimiento sobre el que he señalado en segundo lugar.

¿Nos ayudaría, o no, la guerra europea? Camaradas, ¿pero quién iba a ayudarnos en la guerra? ¿Es que no estamos viendo que estos posibles o futuros «aliados» nos están dando un pago magnífico desde que comenzó la guerra de invasión en nuestro país? ¿Cuál ha sido la actitud de Francia e Inglaterra desde el principio, desde que se inició la lucha en España? ¿Es que no hemos visto cómo se creaba el Comité de No Intervención, que ha sido, como decía justamente el camarada Uribe, la cortina de humo por detrás de la cual se han efectuado todos los pasos de armas y hombres con que se está practicando la invasión? ¿Son éstos los «aliados» que, en caso de que estallara una guerra europea, habrían de ayudarnos a acabar rápidamente con la invasión de nuestro país?

Estos hombres, a quienes el mismo temor a la guerra aconsejaba, por instinto de conservación, abrir cauce legal a los derechos de la República, los han cerrado y los han cegado. Ya comienza a verse claro con qué clase de «aliados» nos encontraríamos, si se piensa en la forma en que éstos se han comportado en nuestra guerra.

Creen algunos que si estallara una guerra europea pasarían divisiones francesas por los Pirineos para desalojar a los italianos y situarse en aquellos

sitios en que pudieran defender las industrias de guerra. Otros esgrimen el argumento de que, geográficamente, España desempeña un papel fundamental por su posición como llave del Mediterráneo. Es indudable, desempeña un gran papel. Pero no por ello podemos suponer que Inglaterra había de mandarnos su escuadra para salvaguardar nuestras costas.

Un guerra europea, hoy, por sus proporciones y alcance, adquiriría seguramente una importancia fenomenal. La escuadra inglesa es poderosa y potente; pero no debemos olvidar que Italia tiene sus ciento y pico de submarinos. Es decir, que la hipotética ayuda de Inglaterra por mar hay que descartarla, porque tendría que hacer frente a muchísimos enemigos.

Piensan otros, como he dicho, que la ayuda que podemos esperar de estas potencias sería una inmediata intervención y que nos mandarían una división o dos divisiones que, entrando por Irún, nos derribarían todo el frente del Este, o, entrando por Cádiz, se nos unirían en Ciudad Leal.

Camaradas, no olvidéis una cosa: que si la guerra se hace, quien va a dirigirla es el capital financiero inglés y francés, que no tiene ningún interés, absolutamente ningún interés, en que el Frente Popular y las perspectivas de mejoramiento social que tenemos ya aquí, en nuestro país, se consoliden y se desarrollen con la amplitud que deseamos. No perdáis de vista que hasta los Estados mayores, si por una parte tendrían interés en ayudarnos, por otra, no tendrán ninguna gana de poner sus tropas en contacto con los Comisarios del Ejército Popular de España. Les costaría un trabajo extraordinario aceptar la pelea junto a un Ejército que cuenta con esta representación popular tan genuina.

En relación con esto, se han producido ya algunas manifestaciones muy interesantes. La Prensa inglesa y la francesa hablan de que no sería conveniente que España se mezclase en los grandes problemas que se ventilan en Europa. A España, pues, se la obligaría a mantenerse neutral, dejando que resolviese sus asuntos como pudiera, es decir, que se intentaría, hasta en el caso de guerra europea, seguir aplicando la fórmula de «no intervención», es decir, una fórmula de hostilidad a la República española. El mismo Franco no rechazaría tampoco tal solución, pues sabe, y de ello se ha hablado ya en algunos artículos publicados por «The Times», que por parte de Inglaterra se intentaría, en caso de guerra, acercarse a él, lo que siempre habría de perjudicar a los intereses de la República.

Es decir, que la idea de buscar nuestra salvación en una catástrofe como la que habría de significar la guerra europea, no solamente es ya de por sí una solución catastrófica, sino que se basa en una falsa apreciación de las fuerzas que se están enfrentando en el campo internacional y en el desconocimiento del hecho de que esos «aliados» de que nos hablan son, en realidad, nuestros enemigos. El sentimiento de sus propios pueblos se expresa, desde luego, con vehemencia y traduce una solidaridad de tipo activo y positivo con la República española, que sería aún más fuerte en caso de guerra. Pero los Gobiernos harían todo lo imaginable, más que hasta hoy —que nos han inferido todo el daño posible—, por no verse obligados a prestarnos una ayuda activa y eficaz.

¿Qué significa esto? ¿Que no tenemos aliados? ¿Que estamos solos? ¡No! Ni mucho menos. Nuestros aliados son las masas populares del mundo entero, que no quieren la guerra y que, uniéndose en un frente de lucha por la paz, pueden impedir que la guerra estalle e impedir al mismo tiempo que

los agresores fascistas continúen su labor criminal. Nuestro aliado es el proletariado internacional, que odia al fascismo y comprende cada día mejor que, para rechazar la ofensiva de los fascistas y de las capas más reaccionarias de la burguesía contra los trabajadores, en Francia, en Bélgica, en Inglaterra y en todo el mundo, lo que hay que hacer hoy es derrotar al fascismo en España. Nuestros aliados son todas las fuerzas democráticas y pacifistas, que se verían amenazadas directamente por el triunfo del fascismo extranjero en nuestro país.

Hay una cosa que podemos lograr sin que se produzca la guerra. Y es utilizar el mismo sentimiento de repulsión hacia la guerra, el mismo recuerdo de la hecatombe pasada que nos hace pensar lo horrenda que sería la nueva; orientar y despertar ese sentimiento, utilizando para ello la misma amenaza contra nuestro país, contra nuestros propios intereses, demostrando que, al fin y al cabo, España tiene razón en su lucha y que no somos ni más ni menos que un pueblo heroico que, a pesar de verse agredido por dos grandes potencias, no acepta la esclavitud y sumisión a que se quiere someter a Checoslovaquia y que se está defendiendo con las armas en la mano. Es decir, hay que conmover, sacudir a todas las fuerzas de la paz, a todos los amantes del progreso y de las democracias para impedir los avances del fascismo. En este sentido, cualquier cambio que se produzca en la situación, incluso la misma que hoy tenemos de amenaza inminente de declaración de guerra, fortalece nuestras posiciones. Y en relación con el problema de cómo podemos utilizar este sentimiento popular de odio a la guerra, de cómo debemos suscitarlo y volverlo en nuestro favor, tenemos las manifestaciones del camarada Uribe, cuando planteaba en su informe qué clase de política, qué clase de conducta debemos observar en nuestra actividad cerca de la zona invadida, cerca de los españoles que se encuentran al otro lado de las trincheras.

Es indudable, camaradas, que la guerra, en los dos años largos que venimos sufriendola, ha producido un cierto cansancio en la gente. Esto no debe asustarnos, no debe sobrecogernos. Hay mucha gente que siente la fatiga de dos años largos de guerra. Con cada nuevo día se acumulan mayores sufrimientos; cada quinta que tenemos que movilizar puede despertar en aquellos hombres y en cada hogar a los que afecta la movilización un espíritu de cansancio; son hombre maduros, con pequeñuelos muchas veces, y en cuyas casas sueltan con gran dificultad al hombre, al compañero, para que vaya a empuñar las armas.

O miremos las cosas desde el punto de vista de las dificultades de abastecimiento. Estas también crean a su vez situaciones de cansancio, que no son traición, en nuestro seno, que yo explico en parte. Pero si esto se produce aquí, donde los objetivos de nuestra lucha coinciden con los de los propios combatientes, donde la finalidad que nosotros proponemos va vinculada con el sentimiento de dignidad nacional, donde los hombres que se están batiendo se baten por algo que han conquistado en principio y que está como de la luna a la tierra en distancia en comparación a como se veían obligados a vivir antes de la guerra, decidme cómo se hallarán de ánimo en la zona dominada por los fascistas, en que la gran mayoría de la gente lucha por ideas contrarias a su sentimiento. Tenemos en nuestra zona un pueblo de combatientes a quienes una consigna gigantesca y magníficamente realizada, como ha sido la de resistir, mantiene en pie y ha sido cumplida hasta

el fin sin que nadie se mueva de su puesto de combate. Esta consigna, esta política de Gobierno ha sido interpretada fielmente en nuestros frentes y también recogida en la retaguardia ; es la política de que hoy hablaba Uribe, recordando las gestas heroicas del Ebro y Levante.

Pero Uribe explicaba que no basta simplemente mantener la consigna de resistir, que es necesario que ahora, ya cumplida esta etapa, históricamente necesaria y a la que debemos la salvación de nuestra causa por haber interpretado fielmente nuestro Ejército esta consigna de resistir, pasemos a otra.

Hemos luchado como nadie contra toda tendencia de capitulación, contra cualquier rumor que se despertaba para confundir al pueblo, contra toda tentativa de pacto o componenda con los invasores. Hemos sido implacables contra los que hablaban de eso. Esto ha hecho que muchos piensen que el Partido Comunista es un Partido que quiere la guerra a ultranza, que no quiere más que la guerra y que no admite ninguna clase de sugerencia sobre lo que está pasando en nuestro pueblo y sobre el porvenir. Nada más lejos de la verdad. Lo que ocurre es que cada vez que se levantaban rumores de pactos, componendas, compromisos, teníamos delante una traición a los intereses de la República, a los intereses de nuestro pueblo, a todo lo que significa historia de nuestra Patria.

Si pudiéramos puntualizar cómo se han fijado estas tendencias de capitulación, la cosa sería más clara que todas las palabras que yo pueda pronunciar aquí. Pero, ni nuestro Partido es el partido de la guerra a ultranza, ni nuestro Partido quiere la guerra por principio, ni hay nada que se oponga a que nosotros seamos los primeros en aceptar las fórmulas necesarias con tal de salvar la República y la independencia de España. Lo que no queremos es estrangular la República, la libertad y la independencia del país. Queremos la paz, pero con la paz queremos esto, que es lo que defiende y quiere nuestro pueblo.

Quien no se sitúe en el terreno de salvar la República y la independencia de España, no solamente está fuera del antifascismo, sino que está en contra de la voluntad del pueblo y tendremos que combatirle, sea aquí, sea allí, donde sea y hasta donde esté.

No somos, pues, el Partido de la guerra ; somos el Partido que quiere la paz, que quiere ganar la guerra, que quiere salvar, cueste lo que cueste, la República y la independencia nacional. Y esto nos ha valido por ahí algunas críticas, de las que también vosotros estáis al tanto. Nos han dicho : El Partido Comunista, a todos aquellos que no persiguen su misma finalidad, o que no coinciden con él en sus objetivos inmediatos o futuros, los tilda de capituladores, y así ha catalogado como capituladores a Izquierda Republicana, a Unión Republicana, a Esquerra Republicana de Cataluña, a Largo Caballero, a Prieto, etc., etc. ¡ Mentira, solemne mentira ! Jamás nuestro Partido ha tomado a una organización política como tal y ha dicho que está desarrollando una política de capitulación. Jamás ha dicho que la Esquerra de Cataluña quería capitular ; jamás nuestro Partido ha dicho que el Partido Socialista quiere traicionar, ni Izquierda Republicana. Lo que nuestro Partido sí asegura, sí mantiene, porque tiene razón, es que hay personalidades a quienes no solamente podemos llevar mañana a los Tribunales por sus campañas derrotistas, sino que tenemos todos los

elementos precisos, absolutamente todos los elementos precisos, para que con una voz que diésemos en la calle se acabase su historia.

Nosotros sabemos esto muy bien y por eso no hemos tomado jamás las organizaciones en su conjunto, aunque sí hayamos distinguido en su seno individualidades e incluso grupos que no hay más remedio que considerar como capituladores. El más destacado es el grupo llamado de Largo Caballero. Si hay alguna tendencia, si hay algo que pueda poner en peligro inminente todo lo que estamos ventilando, si existe algo contrarrevolucionario, es la política que está desarrollando este grupo, que insensatamente ataca a nuestro Partido y también al suyo, pues se pelea contra los suyos, contra todo el mundo, buscando la manera de romper la unidad de nuestro pueblo. Debilitar, sea cual fuere el procedimiento que se siga, las fuerzas nacionales que hoy marchan bajo un denominativo común, que es el Frente Popular, es hacer una obra criminal.

En la política del Partido, nosotros hemos sabido perfectamente distinguir, y vosotros sabréis hacerlo también, pues no sería posible realizar nuestra política de otra manera, a los verdaderos capituladores de aquellos otros elementos en quienes la guerra deja ya sus huellas y produce fatiga, cansancio.

Estos hombres que pierden la fe —incluso en este instante en que se alcanza el fruto de una consigna como la de resistir— ven así el panorama de nuestro país: Hemos parado al enemigo en Levante por nuestra ofensiva y defensa en el Ebro, cierto; pero en Levante hemos intentado otras ofensivas que prácticamente están paradas; en Andalucía hemos intentado, sin éxito, movernos, y en el Centro estamos parapetados. Y se dice: «¿Qué es esto? Esto es infinito, esto es la guerra de los cien años, esto no se acaba. Y, mientras tanto, yo no como, no me puedo vestir, no puedo alimentar como quisiera a mis pequeños».

En otros se ha llegado por otras vías a esta misma disposición de ánimo e idéntico pesimismo. Pero son gentes que quisieran con toda su alma el triunfo de la República, que no quieren de ninguna manera el triunfo del fascismo. Hay que saber distinguir entre los capituladores y estos hombres vacilantes. Los vacilantes se encuentran, incluso, en organizaciones hechas, enteras, proletarias; pero fundamentalmente residen en las clases medias. Y hay que impedir, cueste lo que cueste, que nosotros podamos tomar en bloque a estos hombres confundiéndonlos con los capituladores. Está claro: para los capituladores, la guerra a muerte; con los otros, una política que sea capaz de inspirarles fe y confianza y hacerles remontar esa crisis que atraviesan al no ver una perspectiva clara. La misión del Partido, la obligación de cada uno, la obligación nuestra, es hacerles comprender que cada una de las medidas que se aconsejan y se dictan en muchísimas ocasiones es dictada por la situación en que nos encontramos y contribuye a resolver algunos problemas que se nos plantean, aumentando de esta manera las perspectivas de victoria.

Nuestros amigos, como he dicho anteriormente, quieren presentarnos como el Partido de la guerra; pretenden que los comunistas no quieren más que la guerra y a toda costa la guerra y no aceptan nada que pueda significar acortar el plazo de la misma. Vamos a hablar a las masas, a explicarles que somos los más fieles defensores de la política que es el contenido del programa del Gobierno, que en todo momento hemos sido el Partido del

orden, el Partido del respeto a la pequeña propiedad y de la disciplina en el Ejército, es decir, el Partido que, efectivamente, en los momentos en que era muy difícil, ha hecho frente a todas las vicisitudes. Y no queremos, en modo alguno, dejar a nadie la impresión de que todo eso lo hemos hecho para prolongar la guerra indefinidamente. Además, para vencer las dudas y los temores que hacen vacilar a algún elemento menos firme, vamos a explicar que las perspectivas de victoria no son perspectivas vacías, ni sueños, sino que son una cosa plenamente real, sobre todo si se tiene en cuenta, además de las fuerzas activas aquí, en nuestra zona, la gran masa popular que vive y sufre en la zona invadida. Esta masa todavía no ha dicho su palabra y alguna vez nos olvidamos de ella, nos olvidamos de que España es todo nuestro país, y no solamente el territorio en que luchan los Ejércitos republicanos.

Todas las referencias que tenemos de la zona de Franco, a través de los evadidos y de la lectura de su propia Prensa, hablan de que existe un sentimiento de hostilidad aguda contra los invasores, dicen bien claro que la situación de Franco está mantenida por una moral que han forjado sobre la promesa de una victoria total, rápida y que amenaza hundirse ante la realidad de los hechos.

La gente expresa con vehemencia, dentro del terror en que tienen que conducirse, mantenerse y desenvolverse, su deseo de que se acabe la guerra, su convicción de que no es posible continuar así, de que no es posible vencer a los republicanos y a los «rojos» a fuerza de balazos, de que no hay más remedio que llegar a una solución.

La inmensa mayoría de los soldados que Franco tiene en los frentes son obreros y campesinos que, poco o mucho, han comprobado lo que la República significaba para ellos desde el punto de vista del mejoramiento social y sobre todo han visto que, con la guerra, en la zona rebelde, los terratenientes han vuelto a posesionarse de la tierra y ha vuelto con ellos todo el régimen de opresión infame de los trabajadores del campo y de la ciudad.

Este Ejército no está espiritual, ni ideológicamente, con Franco; quisiera revolverse, pero le es muy difícil encontrar la forma de hacerlo.

Pero hay algo formidable y que poco a poco va penetrando en la conciencia de los españoles de la otra zona, y es la conciencia de que el problema que se ventila hoy en los campos de batalla y en la arena diplomática es el problema de la existencia o la muerte de España libre, de la independencia o esclavitud de nuestro pueblo, de que seamos libres y nos constituyamos en el régimen que mejor nos parezca, o nos convirtamos en pobladores de una colonia bajo el mandato de países extranjeros. Esto se va inculcando, se va difundiendo. Es sintomático el hecho de que coincidan casi todas las informaciones que nos llegan sobre la división profunda que se agudiza entre los mandos españoles y extranjeros y, al mismo tiempo, sobre el odio de las masas, cualquiera que fuera su orientación política precedente, hacia los invasores extranjeros.

Cuando esto se da, para nosotros hay algo que debe preocuparnos. Con qué consignas llegar hasta estas masas para que, al mismo tiempo que consolidamos nuestra posición y atendemos a nuestro Ejército, dotándolo de los medios necesarios para continuar resistiendo y prepararse a la ofensiva, podamos agudizar y generalizar entre los españoles de la zona invadida ese sentimiento nacional de odio y de lucha contra el invasor. Indudablemente,

la política que ha trazado aquí el compañero Uribe es la que nos permitirá llegar más fácilmente hasta ellos. ¿Qué arriesgamos? Debemos hacer llegar no sólo nuestra voz de Partido, sino una voz que debe convertirse en voz del Gobierno, voz española, que diga a los españoles de la otra zona: «No queremos la guerra con vosotros. Estamos dispuestos a hacer lo preciso para que esto termine; pero queremos entendernos entre españoles, entre españoles nada más; nos estorban los extranjeros. Por tanto, vamos a ventilar los problemas entre vosotros y nosotros, unidos contra el invasor. ¡España para los españoles!» Y se acaba la guerra veinticuatro horas después de que se haya sacado el último soldado u oficial mercenario, el último cañón, el último aeroplano extranjero. Que se retiren los extranjeros y después nos arreglaremos los españoles.

Solamente con que comenzase a propagarse esta posición nuestra en la otra zona, lograríamos un cambio radical de la situación. Vamos a entendernos directamente con los españoles que están en la otra zona, sin ninguna clase de temor y con la seguridad de que lograremos con ellos un acuerdo, a condición de que se marchen los invasores. Lo único que puede salir de esta posición es el triunfo de la República, de nuestra libertad y de nuestra independencia.

En este sentido, se ha de emprender una política audaz que demuestre que no tenemos ninguna clase de interés en prolongar la guerra, al mismo tiempo que nos preparamos para hacer más inabordable cada una de nuestras trincheras, sin descuidar nuestra propia fortaleza, manteniéndola e insistiendo en la consigna de resistir, pero dando una perspectiva política nueva a toda la masa de nuestro pueblo, la perspectiva de que no se trata de una guerra civil, sino que se está ventilando un problema de independencia nacional, con más fuerza que lo hemos logrado hasta ahora.

Se dice generalmente sobre este particular, y los militares lo conocen mejor que nosotros, que «las victorias militares que no van acompañadas de un cambio profundo en la orientación de la retaguardia enemiga son victorias a medias». Nosotros necesitamos este cambio y podemos producirlo, a condición de que comprendamos bien cuál es el estado de espíritu del pueblo de hermanos nuestros que viven en la otra zona, que son nuestros aliados potenciales, y de nuestra justa posición política y de nuestro trabajo depende que se conviertan en aliados efectivos y hermanos de combate en la lucha sagrada contra el invasor.

En ciertos sectores del extranjero también se cree todavía que aquí se está desarrollando una guerra civil y se olvidan de que lo que existe es una invasión. Es preciso hablar a las masas democráticas del extranjero, es preciso hablar a las organizaciones francesas y de todos los países donde existan fuerzas democráticas, es preciso dirigirse hasta a los «ilustres» Daladier, Chamberlain y Chautemps, y decirles: «Los españoles arreglaremos nuestros pleitos entre nosotros; lo que hace falta hacer para dar fin a nuestro problema es sacar a los extranjeros».

De esta forma haríamos más perceptible para todas las masas democráticas el carácter de independencia que tiene nuestra lucha y verían que nosotros no somos un factor de guerra, sino que ese factor, ese peligro, está en los fascistas extranjeros, con lo que les obligaríamos a fijar la atención en la retirada de las tropas de invasión.

Al trazar una línea política de esta naturaleza, se precisa mucha auda-

cia, ir con plena y absoluta seguridad en los pasos que demos, sin llegar en ningún instante a dejarnos sobrecoger pensando que estamos buscando el abrazo de Vergara. Lo único que nosotros buscamos, y debemos hacerlo presente, es el triunfo de la República con la mayor rapidez junto con la salvaguardia de la independencia de España.

Para terminar, camaradas, los problemas fundamentales que tenemos que resolver dentro de nuestro propio país están hoy, primero, en las propias armas de la República, en la propia consistencia y fortaleza con que nosotros aplastemos al fascismo invasor; segundo, en la capacidad de despertar y organizar en toda España un amplio movimiento nacional de todos los españoles contra la invasión extranjera, y, para eso, mantener la unidad y resolver nuestros problemas económicos y políticos sin esperar a que vengan de fuera a ayudar, porque no penséis en modo alguno que con una catástrofe evitaríamos otra.

«El ataque del bloque de agresores fascistas contra España y la resistencia enérgica que encuentra por parte del pueblo español, ha forzado extraordinariamente en los otros países la voluntad de las masas populares de resistir a la agresión fascista y ha provocado un gran impulso del movimiento antifascista en el mundo entero. La lucha del pueblo español y la campaña de solidaridad internacional, al mostrar con evidencia la apremiante necesidad de la unidad de acción del proletariado internacional, son poderosos factores que aceleran el proceso de liquidación de la escisión en las filas del movimiento obrero. Cada vez pierden más terreno los adversarios de la unidad de la clase obrera, y en las filas de los partidos socialistas y de los sindicatos aumenta cada vez más el número de partidarios de la unidad y de combatientes en favor de la unidad del proletariado internacional en la lucha contra el fascismo y la guerra.»

(DIMITROF, «En el segundo aniversario de la heroica lucha del pueblo español.»)

PARA FORTALECER AÚN MÁS EL EJÉRCITO

por FRANCISCO ANTÓN

VOY a referirme principalmente a los problemas del Ejército, porque en todo el discurso de Uribe, entre las muchas cosas interesantes que él ha dicho aquí, el fortalecimiento del Ejército destaca como una de las tareas fundamentales a resolver, no sólo por nosotros, sino por todas las organizaciones del Frente Popular y por el Gobierno.

Y como es en el Ejército donde se dan con mayor abundancia todas las condiciones para un perfeccionamiento incesante y rápido, debido en primer lugar a la línea justa seguida por el Gobierno de Unión Nacional, el Partido, que tan gran papel ha desempeñado hasta ahora, debe multiplicar su actividad para acelerar este proceso ininterrumpido de mejoramiento, que necesitamos como base esencial de nuestro triunfo.

El problema capital del Ejército es el de su unidad. La mejor garantía de una buena y rápida victoria es la unidad indestructible del Ejército, conseguida hasta en la agrupación más pequeña. Y hemos de tener presente que, a pesar de los enormes progresos obtenidos en este terreno, no podemos sentirnos plenamente satisfechos, porque todavía existen algunas cosas que dificultan y ponen en peligro la unidad del Ejército.

Todavía hay quien intenta introducir en el Ejército una disputa por los puestos y repartirse éstos, como si el Ejército fuese un Comité o una Comisión parlamentaria. Y existen también en el Ejército, y en otras fuerzas armadas, algunas unidades cerradas, en las cuales resulta a veces muy difícil introducir todos los buenos principios en que se basa nuestro Ejército, con lo que estas unidades se convierten, o quieren convertirlas, en cotos cerrados.

Con esto hay que acabar a todo trance. Naturalmente, el Partido no puede conseguir por sí solo liquidar estos vicios y estos peligros. Es la tarea de todos los Partidos y organizaciones, y en primer lugar del Gobierno. Pero lo que sí puede hacer el Partido es ayudar a corregirlos, como hasta ahora ha venido haciendo en este y en otros terrenos de la vida política y militar del país.

Daremos mejores pasos en este camino, si cada camarada que lucha en el Ejército se plantea y resuelve con más firmeza que nunca, desde el puesto que ocupe, cualquiera que éste sea, el problema de despojarse de la más insignificante reminiscencia de sectarismo y de trabajar más abierta y ampliamente con todos los demás elementos que no participen de nuestra ideología y de nuestros principios. Si pone un mayor cuidado en no molestar ni herir los sentimientos de los demás. Si se graba bien la idea de que es imprescindible saber trabajar, y trabajar bien, con todos.

No es nueva esta recomendación del Partido; pero de esta reunión debemos salir comprendiéndola mejor y con más firme decisión de ejecutarla.

Y ni que decir tiene que el saber trabajar con todos requiere, en primer término, saber trabajar entre comunistas. ¿Qué puede satisfacer más a un comunista que poder luchar con o bajo las órdenes de otro? Yo pienso que no puede existir absolutamente nada que satisfaga más.

Pero luchar con o bajo las órdenes de otro comunista no quiere decir, ni mucho menos, que se deba dar una interpretación distinta a la disciplina, a la ejecución de las órdenes. Por el contrario. Un comunista que lucha bajo las órdenes de otro es más respetuoso con él, más disciplinado y más fiel ejecutor de sus órdenes que nadie. Y, a la inversa, es más exigente con los comunistas que con los demás. Es la obligación primera e indeclinable de todo militante del Partido. Disciplina, respeto y obediencia, que no excluyen ni debilitan la camaradería y el trato fraternal propio de camaradas, dentro y fuera del combate. Los comunistas deben dar siempre el ejemplo en todo y a todos.

Unas palabras más sobre la unidad, sobre la compenetración más estrecha entre todas las unidades y mandos del Ejército.

No pueden existir rivalidades por si una unidad combate mejor que otra. Los éxitos de una unidad cualquiera son éxitos para todo el Ejército. Las consecuencias del fracaso de una unidad las sufre también todo el Ejército. Y los comunistas deben esforzarse en que la enfermedad de los celos no tenga cabida en una unidad de combate, convirtiéndose para ello en los propagandistas más esforzados, dentro de su unidad, de los buenos hechos de armas que realicen las demás, estudiando las buenas experiencias de éstas para que se apliquen en la suya a fin de colocarla al mismo o superior nivel. Y, sobre todo, hay que vivir pendientes del combate que al lado se desarrolla para ver en seguida en qué forma es posible prestar la ayuda y colaboración más eficaces.

Igual puede decirse en lo que se refiere a posibles rivalidades o incomprendiones entre mandos, clasificados hasta ahora en profesionales y de milicias. Lo mejor será que desaparezca esta diferenciación, que ya no encaja bien con el carácter de nuestro Ejército y de nuestra lucha. Pero, mientras esto llega, hay que impedir que estas rivalidades o incomprendiones se desarrollen y considerar y tratar a todos, profesionales y de milicias, como jefes del Ejército Popular, con iguales derechos, deberes y responsabilidades.

Si todos nuestros camaradas estudian y comprenden bien estos problemas y se esfuerzan en aplicarlos cada día, se puede asegurar que la unidad del Ejército va a mejorar mucho y más aprisa, a pesar de los obstáculos antes señalados.

Otro factor indispensable para el mayor fortalecimiento del Ejército es el trabajo político.

La fuerza de nuestro Ejército reside precisamente en su carácter democrático y popular, en el gran sentido político de cada combatiente, que cada día adquiere formas más elevadas y completas. Y sería un error de fatales consecuencias que el trabajo político no se considerase imprescindible, como tarea de todos los días, y se debilitara. El trabajo político sistemático es en el Ejército como los cañones, las ametralladoras y los fusiles : A mayor cantidad y calidad, mejores resultados.

Precisamente en estos momentos, el trabajo político debe intensificarse y mejorar mucho más. Porque las luchas que nos esperan van a ser más duras y comprometidas que nunca. Y nuestros hombres deben estar preparados para todas las posibles contingencias. Será la única manera de no tener ningún temor a sorpresas desagradables.

Ahí está la experiencia del Ebro, que es la mejor demostración de lo que digo. Los soldados del Ejército del Ebro han podido pasar el río con una audacia y decisión sorprendentes y resistir después firmemente los fuertes y prolongados contraataques del enemigo no sólo porque estaban bien preparados y dirigidos desde el punto de vista militar, sino también porque se había trabajado entre ellos políticamente con mucha intensidad y acierto. Los incontables hechos de heroísmo, que podrían llenar libros enteros, son el producto directo de esta firme conciencia política de cada combatiente, forjada en un trabajo diario. Y lo mismo se puede decir al referirse a la heroica defensa de Levante.

Pero un buen trabajo político sólo puede desarrollarse y conseguir buenos resultados a base de comprender bien una cuestión vital : la necesidad del respeto más absoluto, y aun del desarrollo, de los derechos políticos de los combatientes. El nervio de ello se encuentra en el Comisariado de Guerra. Sin embargo, a pesar del progreso indudable del Comisariado en los últimos tiempos, existen también aquí algunos peligros que es necesario hacer desaparecer.

Estos peligros vienen del lado de aquellos que no quieren que el Comisariado se rija por el principio de la capacidad, el heroísmo y el mérito comprobado y que sueñan con eso que se ha dado en llamar proporcionalidad, pero que no es otra cosa que el fraccionamiento del Ejército y su muerte, si tales propósitos prosperasen (dos para ti, dos para mí, dos para aquél, y el Ejército roto en mil pedazos).

Y vienen también de aquellos Comisarios de «nuevo tipo», producto directo de ese afán de proporcionalidad suicida, que sin conocer el frente, con una ignorancia absoluta de cual es su deber, en vez de cuidarse de las necesidades de los combatientes y de trabajar estrechamente ligados a ellos, no tiene más preocupación que la de chillar, pensando que a los soldados sólo les toca obedecer. Y que no hacen más que poner trabas a ese magnífico movimiento de activistas, o a los Clubs de educación de la Juventud, que elevan la moral y la capacidad de los soldados hasta alturas insospechadas y los colocan, cada vez más, en mejores condiciones de lucha. Y llegan incluso al absurdo intolerable de pretender que los combatientes se olviden de que son miembros de organizaciones políticas y sindicales y de impedir que vivan la vida política a que, como tales, tienen perfecto derecho.

También hay que cortar de raíz estos peligros. El trabajo político entre los soldados se debe desarrollar en sus múltiples formas, con el Comisario como garantía y dirección eficaz. Pero que nadie se atreva a mermar los

derechos políticos de los combatientes. Quien atente contra ellos debe ser sancionado con energía. El trabajo político, los derechos políticos de los combatientes, deben ser sagrados para todos y hay que defenderlos con toda decisión, porque ésa, además, es la voluntad del Gobierno.

Otro problema que se plantea para el fortalecimiento del Ejército es el de la mejor calificación de los mandos. Tenemos unos soldados magníficos, que crecen en capacidad y en heroísmo. Millares de nuevos jefes y oficiales, surgidos de los propios campos de batalla y perfeccionados en las escuelas, los dirigen cada día con mayor eficiencia. Pero, a pesar de reconocer los pasos considerables que en este terreno se han dado, queda mucho por hacer. Es un problema gigantesco de cantidad y de calidad, aún no resuelto, y que las incesantes transformaciones que la guerra sufre sitúan siempre en primer plano.

Los balances que se hacen después de cada combate acusan siempre idéntico resultado: «Faltan tantos oficiales, sargentos, cabos». Mucho ha hecho y hace el E. M. y la Subsecretaría para atender estas faltas y hay que hacer constar que los resultados no son malos. Pero serían mejores si en todas las unidades y cumpliendo las disposiciones oficiales se prestara una más sostenida atención a estos problemas de capacitación y formación de nuevos cuadros. No es concebible que todavía no esté bien asegurado en todas las unidades el funcionamiento regular de las escuelas. Todavía se produce con demasiada frecuencia la suspensión de las clases cuando se va a entrar en operaciones. ¡ Como si para una unidad cualquiera fueran decisivos 20 o más hombres y no fuese más importante el tenerlos bien preparados y dispuestos para ocupar, en las mejores condiciones, los puestos de los que cayeron en la lucha! Nuestros camaradas deben ser los primeros en contribuir a dar una solución satisfactoria a este problema.

La formación de nuevos cuadros no resuelve el problema totalmente. Existe otro no menos importante. Y es el de la mayor calificación de los actuales. La guerra, se ha dicho ya muchas veces, es una cosa muy complicada. Cada día plantea nuevos problemas, surgidos de las experiencias del combate. Y la mayoría de nuestros jefes y oficiales son bastante nuevos. No han pasado por más academia que la del combate diario. Esto, con ser mucho, es insuficiente y se requiere que estos mandos completen esta experiencia viva de cada día con un estudio sistematizado que eleve su nivel teórico. Este problema no es de fácil solución, porque no se puede estar en la escuela cuando hay necesidad de combatir en el campo de batalla. Pero se irá solucionando si, además de procurar, por arriba, organizar mejor la capacitación técnica de nuestros mandos, en cada uno de éstos se desarrolla más y más el afán por el estudio y la comprensión de la técnica complicada de la guerra y no hay momento libre que no sea utilizado para hacerse un mejor jefe militar. Nuestros camaradas, principalmente, deben comprender muy bien que hoy, más que nunca, el problema de la técnica militar está en el primer punto del orden del día; que nuestro Ejército, en pleno desarrollo, exige cada día una dirección más capaz.

El Partido contribuirá mucho a ello, si todas sus organizaciones se preocupan más de este problema y, más cerca de Jefes y Comisarios, les ayudan a mejorar su capacidad, estimulándoles y dándoles las facilidades que estén a su alcance para conseguirlo.

Esta preocupación debe tender también a un aumento de la responsabilidad de todos los mandos y comisarios. Se ha dicho ya que no podemos perder ni un palmo de terreno más, que todos nuestros frentes deben ser inconvertibles a los ataques del ejército invasor. Esto hay que asegurarlo a toda costa. Y una mayor responsabilidad en mandos y comisarios puede conseguirlo. Uribe, esta mañana, señalaba justamente el problema de Extremadura. La experiencia es bien elocuente y no debe dejar lugar a dudas. Y para nosotros, que no nos preocupamos sólo de un frente, sino de todo el frente de España, no puede pasar inadvertido que hay algunos sitios, como Andalucía y el Centro, particularmente, en los que hace muchos meses que no hay movimiento; donde los soldados llevan mucho tiempo en las trincheras inactivos; donde las fortificaciones no se han corregido y perfeccionado con todas las interesantes experiencias que la guerra ha proporcionado en los últimos tiempos y donde, como consecuencia de esta pasividad, se llega a formar en mandos y soldados una psicología especial que se traduce en una vida más tranquila, y a veces más cómoda, en la que el frente, las fortificaciones, los soldados, no se visitan, ni se corrigen, ni se educan, con la persistencia debida, y aparecen algunos vicios que degeneran en un aflojamiento de la vigilancia, de la atención a los soldados, de la preocupación por sus condiciones de combatividad y de seguridad.

Estos problemas hay que hacérselos comprender a todos los mandos, incluso a los que no son del Partido, para impedir que la pasividad anide en el Ejército, para hacer que la responsabilidad crezca y estar prevenidos y bien preparados para evitar cualquiera sorpresa desagradable.

En relación con este problema de la seguridad de los frentes y de la vigilancia, hay una cuestión que precisa ser comprendida con toda claridad. Algunos camaradas, guiados del más elogiabile espíritu, se desesperan porque llevan equis tiempo en un frente tranquilo y quisieran ir a luchar en los frentes activos. Y esto se traduce a veces en una menor preocupación por su frente. Pero no todos pueden luchar en un mismo frente. Y, además, nada adelantáramos si luchamos bien en un frente y los otros están más flojos y desatendidos. El enemigo ataca, como nosotros, hoy por aquí y mañana por allá, por donde más le conviene. Y el problema es tener la seguridad de que, por dondequiera que vaya, se va a romper los dientes. Y, por eso, donde estemos no debe haber más que una preocupación: asegurar el frente, organizar, capacitar a la unidad, ponerla en condiciones para que, cuando la hora llegue, cumpla bien con su deber.

Estos no son más que algunos problemas relativos al fortalecimiento del Ejército y a la seguridad de los frentes. Para terminar, quiero hablar un poco del trabajo del Partido.

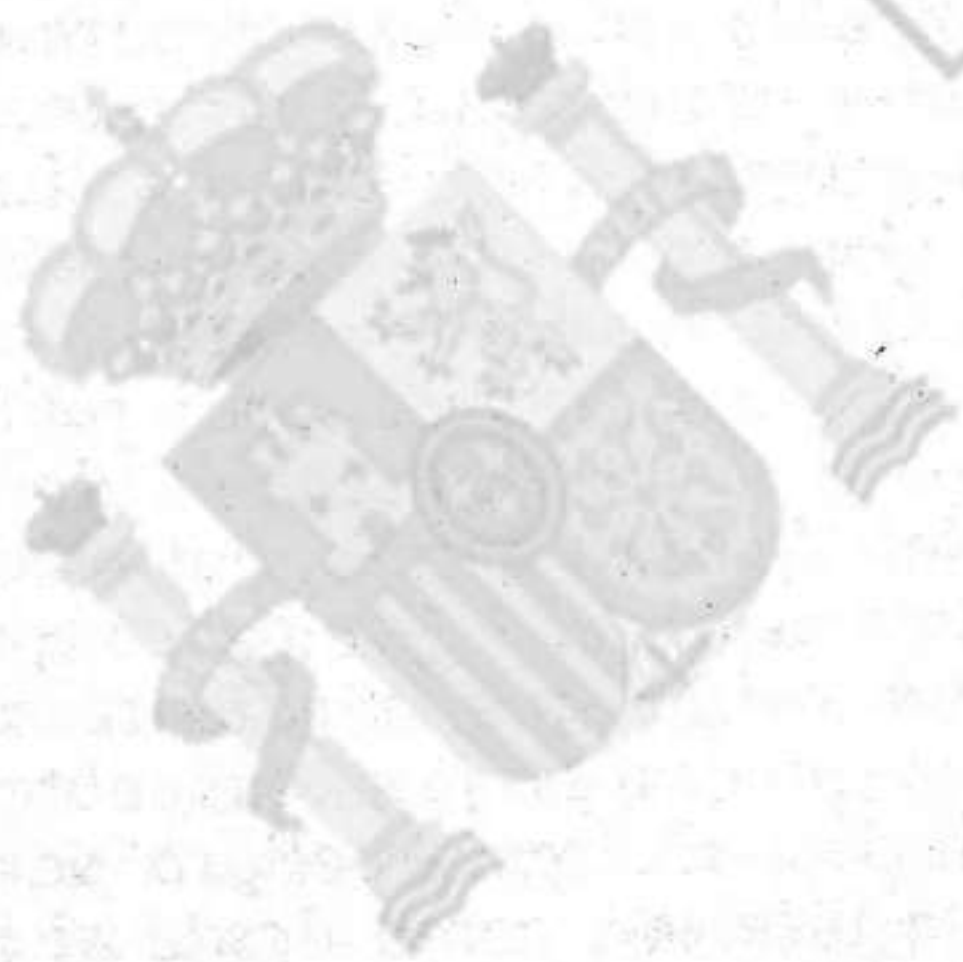
El trabajo político del Partido es el factor fundamental que ayudará a resolver los problemas enunciados y algunos más. Pero, para ello, es necesario también examinar y corregir algunos de los defectos que hoy existen.

¿Cuáles son estos defectos? No hay todavía la suficiente vida política. En general, el Partido, en el Ejército, ha trabajado mucho para ayudar a resolver los infinitos problemas concretos que allí se plantean. Cuando de organizar grupos de antiavionistas, de mejorar la fortificación, etc. se trataba, los comunistas se han puesto inmediatamente de acuerdo y han sido los primeros en marchar a vanguardia en la resolución de estos problemas.

Pero esto, con ser mucho, no es bastante. Hay que completarlo con una mayor discusión y una mejor comprensión de todos los problemas políticos que se planteen en cualquier parte. Los pasos que en este terreno se han dado son insuficientes. Cuando lleguemos a tener soldados y mandos que comprendan mejor todos los problemas políticos que interesan al Partido y al país, habremos cumplido una tarea de enorme importancia.

En este momento, como ha señalado Uribe, nuestro pueblo está esperando. Ha luchado y lucha con entusiasmo, se ha sometido a los más grandes esfuerzos y sacrificios. Y continuará luchando con más brío, en la medida en que sepamos darle con más claridad las perspectivas de la victoria. Cuanto más profunda sea la acción de nuestro Ejército, nuestro pueblo combatirá con más coraje y también desaparecerán muchos de estos problemas políticos que se plantean por parte de gentes que vacilan, que no tienen confianza en la victoria.

Por eso, el Partido señala en este momento con más fuerza que nunca la necesidad de fortalecer extraordinariamente el Ejército. A esta tarea, todos nosotros tenemos, pues, que dedicarle la más profunda atención.



MINISTERIO DE CULTURA



TAREAS ACTUALES DEL PARTIDO COMUNISTA, DEL FRENTE POPULAR Y DEL PUEBLO DE ESPAÑA

(Resolución del Comité Central del Partido Comunista de España)

1.º En momentos en que la situación internacional se agudiza más y más, los agresores fascistas italianos y alemanes, que se esfuerzan por todos los medios en obtener lo más rápidamente posible la realización de sus planes criminales de aplastamiento de la República y la destrucción de la independencia del pueblo español, se preparan, después de su fracaso en Levante y la victoria republicana y la gloriosa resistencia del Ebro, a asestar un nuevo golpe al Ejército republicano y refuerzan con este fin su intervención armada con nuevos envíos en masa de soldados, de cuadros y especialistas militares y material de guerra (artillería, aviación). En esta situación, la principal tarea sobre la que el Partido debe concentrar su trabajo y atraer la atención de todas las organizaciones del Frente Popular, del Ejército entero, del pueblo y del Gobierno, es la de reforzar sistemáticamente el Ejército, consolidar los frentes y vigilar continuamente para evitar que, mediante un nuevo gran ataque de sorpresa, puedan los invasores fascistas obtener otro éxito militar importante, que constituiría un serio peligro para la República, tanto desde el punto de vista interior, como desde el punto de vista de su situación internacional. La formación y encuadramiento rápido de nuevas reservas, la fortificación de todos los frentes, la mejor calificación de los cuadros militares, el mejoramiento del Mando y de los Estados Mayores, sin dejarse llevar por el vértigo de los primeros éxitos parciales, el trabajo político para mantener la moral del Ejército en el más alto nivel y, sobre todo, la lucha por consolidar la unidad del Ejército, poniendo fin en todas las Unidades al trabajo insidioso de disgregación de los residuos trotskistas y de otros agentes del enemigo, deben ser la preocupación primera y constante del Partido, del Frente Popular y del Gobierno.

Perseverando en la aplicación de la justa consigna de la resistencia,

apoyándose en la confianza del pueblo en la victoria, acrecentada después de los últimos éxitos militares parciales del Ejército republicano, es indispensable ver claramente y hacer comprender al Ejército y al pueblo entero que la resistencia actual a las tentativas desesperadas del enemigo para romper los frentes republicanos es la condición que ha de permitir, resolviendo los problemas concernientes al reforzamiento del Ejército y a la resistencia de la retaguardia (reservas, cuadros, armamento, mejoramiento del Mando, aprovisionamiento, fuerte industria de guerra y centralización en las manos del Gobierno de todos los recursos del país), preparar el paso a las grandes acciones ofensivas que permitirán derrotar a las fuerzas de la invasión, expulsarlas del país y liberar definitivamente todo el territorio de España.

2.º Es necesario continuar con la mayor energía la lucha contra el derrotismo y contra toda tendencia a romper la resistencia del Ejército y del pueblo acariciando y propagando la idea de una interrupción de las acciones militares y de un compromiso con el enemigo, lo cual, en la situación actual, cuando las fuerzas fascistas italianas y alemanas tienen en sus manos una parte del territorio nacional (más de la mitad de la España continental, Mallorca, las islas Canarias, el Marruecos español, etc.), significaría la capitulación ante los invasores, la renuncia a la independencia y a la integridad territorial del país, la traición a la Patria. Los jefes reaccionarios de la Segunda Internacional y de la Internacional de Amsterdam y esos jefes demócratas y masones que, yendo a remolque de los conservadores ingleses y en relación con los elementos derrotistas que existen en el país, juegan con la idea de una «mediación» en España en la situación actual, se colocan en realidad en el terreno de una inteligencia con los agresores fascistas para el reparto de una España esclavizada y trabajan por romper la resistencia heroica del pueblo español. La lucha contra estas tendencias de capitulación debe llevarla el Partido Comunista en el seno del Ejército, del pueblo y del Gobierno, sin romper ni poner en peligro en ningún momento la unidad y la solidez del Frente Popular, en el más estrecho contacto con el Partido Socialista, con los Sindicatos y con todas las fuerzas honestas republicanas, con el fin de ampliar cada vez más las bases del Frente Popular, hasta incluir en sus filas a todos los españoles patriotas, que jamás tolerarán que se destruya la independencia de su país. Esta lucha contra las tendencias de capitulación debe ir acompañada de un trabajo muy amplio de propaganda y esclarecimiento, que ayude a convencer y a arrastrar a los elementos vacilantes y haga comprender a todo el pueblo la necesidad y la posibilidad de la resistencia y de la lucha hasta la victoria.

Esto no excluye, sino que por el contrario hay que considerarlo como absolutamente indispensable, que se siga una política que, al demostrar a todos los españoles que el Gobierno republicano es el único representante y defensor de los intereses nacionales y de la independencia del país, acelere la diferenciación política, ya comenzada, en el campo de Franco entre los agentes del invasor extranjero y los buenos españoles, que no consienten el pillaje de su país por los fascistas italianos y alemanes, y prepare la formación de un bloque de todos los patriotas españoles para expulsar a los invasores del suelo patrio.

El Partido que, hasta ahora, ha descuidado el trabajo en la parte de España sometida a la dictadura de Franco, debe colocar este trabajo entre sus tareas principales y dar todas las fuerzas necesarias para desarrollarlo rápidamente, partiendo de la idea de que la victoria no será posible si no se logra provocar en el campo de Franco una profunda diferenciación política que empuje a la gran mayoría del pueblo, a una parte del personal dirigente y a una parte de las tropas españolas franquistas, a la lucha abierta contra los invasores.

3.º Ante la gravedad de la situación económica, las dificultades de aprovisionamiento de la población civil y del Ejército, el funcionamiento todavía no satisfactorio de las industrias de guerra, el descontento de los campesinos por la falta de los productos industriales y el peligro permanente que representan el sabotaje organizado por el enemigo, la especulación, la corrupción y la debilidad de una parte del aparato del Estado, es absolutamente indispensable que el Partido Comunista, los Sindicatos y todas las organizaciones del Frente Popular hagan un gran esfuerzo sistemático para ayudar al Gobierno a resolver las graves dificultades económicas, satisfaciendo las necesidades urgentes del Ejército, de la clase obrera y de toda la población española. Es necesario y justo que el Gobierno se esfuerce en centralizar todos los recursos y la dirección de la actividad económica del país, y las indispensables iniciativas locales no deben impedir esta centralización. Toda tendencia separatista y localista debe ser combatida porque contribuye a hacer más difícil la utilización racional de todos los recursos del país, porque quebranta la solidez del Frente Popular y de la Unión Nacional y amenaza, por consiguiente, la solidez del frente.

Por estas razones, es necesario orientarse hacia la liquidación del régimen de «sindicalización» de la industria, que alimenta, en el seno mismo de la clase obrera, las tendencias corporativistas, poniendo el interés particular de un grupo por encima del interés de la clase obrera y del pueblo entero. Es necesario que el Estado, apoyándose en la ayuda activa de los Sindicatos, tome en sus manos la dirección y la administración de las ramas industriales fundamentales, considerando esta intervención del Estado como un primer paso hacia la nacionalización.

En el campo, es necesario condenar enérgicamente y trabajar por eliminar las tendencias a vencer las dificultades mediante una presión administrativa sobre los campesinos. Es necesario, por el contrario, esforzarse por todos los medios por mantener a los campesinos en un estado de espíritu favorable al Gobierno republicano, dándoles la seguridad de que están en libertad de elegir el régimen de explotación de la tierra que les parezca conveniente, manteniendo un mercado campesino libre bajo el control del Estado y ayudando a los campesinos a resolver sus problemas de acuerdo con sus intereses (concesiones de créditos, envíos de productos industriales al campo). Habrá que adoptar las más severas medidas contra los especuladores que compran a los campesinos a precios fijos y venden en las ciudades a precios muy altos. Particularmente en Cataluña, es aconsejable introducir profundas modificaciones en el régimen actual, que suprime completamente el mercado campesino, obliga

a los campesinos a ingresar en los Sindicatos agrícolas y deja campo libre a la especulación de algunos de los elementos dirigentes de estos Sindicatos.

El Partido Comunista debe concentrar sus esfuerzos para obtener la realización, por parte del Gobierno y de las organizaciones antifascistas, de las medidas siguientes:

a) Elaboración y aplicación, con el concurso de un Consejo superior de Economía, de un plan económico en relación con las necesidades de la guerra, sobre todo en lo que se refiere a la utilización de las materias primas, a la importación y exportación y al aprovisionamiento. Resistir a la tendencia que existe en los organismos económicos del Estado a buscar la solución de todas las dificultades casi exclusivamente comprando en el extranjero lo que se necesita para el Ejército y para la población civil.

b) Considerando que toda decisión del Gobierno en el terreno económico debe ser aplicada rigurosamente en todas las provincias, con el objeto de facilitar esta aplicación y de ayudar al Gobierno, atraer de una manera sistemática a los Comités de Frente Popular y a los Sindicatos al estudio y solución de los problemas económicos locales.

c) Depuración del aparato económico del Estado de elementos que no son leales a la República.

d) Lucha encarnizada contra los especuladores, aunque se camuflen con la máscara de miembros o dirigentes de «Consejos obreros».

e) Estrecha colaboración y disciplina de los Sindicatos, sea cual fuere su orientación política, en la ejecución del plan económico gubernamental y de las medidas económicas concretas del Gobierno. Esto exige, por parte del Partido mismo, que termine con la negligencia en el trabajo sindical que todavía existe en sus filas, sobre todo en la organización de base, y exige que cada organización local se ocupe de la manera más concreta de las cuestiones económicas que son de vital interés para las masas obreras y campesinas, para el buen funcionamiento de la industria de guerra y para el avituallamiento.

4.º La tensión en las relaciones que existe entre el Gobierno de la República y la Generalidad de Cataluña es uno de los obstáculos que se oponen hoy a la centralización y explotación racional de todos los recursos del país y representa una amenaza muy seria para la unidad del Frente Popular y para la unidad nacional del pueblo entero contra los invasores fascistas. Esta tensión de relaciones es fomentada y explotada por los enemigos del pueblo español, por los trotskistas y otros agentes fascistas, por el grupo de amigos de Largo Caballero y por todos aquellos que son favorables a una capitulación, así como por los conservadores ingleses y por la burguesía reaccionaria francesa, con el fin de intrigar contra el Gobierno, debilitarlo y, sembrando la discordia entre los diferentes Partidos, romper el Frente Popular, romper la resistencia de la República. Para corregir esta situación peligrosa, es necesario:

a) Establecer la normalidad en las relaciones y una colaboración estrecha entre el Gobierno de la República y la Generalidad de Cataluña en todas las cuestiones referentes a la guerra y a la economía del país. El Partido Comunista de España, el Partido Socialista Unificado de

Cataluña, el Frente Popular y todos los antifascistas y patriotas españoles, deben colaborar para resolver este problema. La necesidad de luchar sin vacilaciones de ningún género contra las tendencias de capitulación que se manifiestan entre ciertos elementos de los Partidos catalanes y la necesidad de luchar en particular contra el separatismo catalán no debe hacer olvidar a los Partidos y hombres políticos de España, ni al Gobierno de la República, que existe un problema nacional de Cataluña y un sentimiento nacional catalán y que no es a través de medidas administrativas ni hiriendo ese sentimiento como se logrará llevar a los Partidos, a la Generalidad y al pueblo de Cataluña por el camino de la colaboración para dar solución a todos los problemas de la guerra.

b) El Partido Comunista apoyará toda acción política que tienda a lograr en la situación política interior de Cataluña el aislamiento y eliminación de los puestos de dirección de los elementos separatistas que son agentes del enemigo, de los intrigantes políticos, especuladores, etc..., apoyándose en las masas y organizaciones del pueblo catalán que quieren la victoria y la colaboración con el Gobierno de la República.

Un factor decisivo en la solución de estos problemas consiste en la unidad de la línea política y en la estrecha comunidad de acción entre el Partido Comunista de España y el P. S. U. C. Para hacer aún más grande esta unidad, la dirección del P. C. de España decide:

a) Combatir y evitar toda manifestación de espíritu anticatalán, así como el planteamiento de las cuestiones referentes a Cataluña de una manera formal, olvidando la existencia de un problema nacional.

b) Mantener con la dirección del P. S. U. C. los más estrechos contactos y lograr que todos los militantes del Partido Comunista que se hallen en Cataluña trabajen en forma disciplinada bajo la dirección del Comité Ejecutivo del P. S. U. C.

c) Ser en el seno del Gobierno, en los contactos con los demás Partidos políticos y en su actividad cotidiana, el defensor obstinado de los derechos de Cataluña, el enemigo encarnizado de toda tendencia a desconocer o limitar estos derechos y a resolver los problemas catalanes con una presión administrativa. En todos los casos en que los miembros u órganos del aparato del Estado ofendan el sentimiento nacional catalán, el Partido debe denunciar estos casos como dirigidos contra la unidad del pueblo español y hacer lo necesario para que hechos de este género no se repitan.

5.º En lo que se refiere al Gobierno vasco y al Partido Nacionalista vasco, es necesario lograr que tengan justas relaciones de colaboración con el Gobierno de la República.

6.º Con el fin de reforzar y consolidar el Frente Popular e impedir toda clase de restricción de sus bases y de ampliarlas, con el fin de evitar que los elementos demócratas y liberales se aparten de la lucha y a fin de estimularles a tomar una parte más activa en la guerra para la defensa de la independencia del país, con objeto al mismo tiempo de ampliar y consolidar la unidad de la clase obrera y la unidad de todo el pueblo, el Partido Comunista considera aconsejables las medidas siguientes:

a) Al aplicar concretamente el programa de los 13 puntos formulado por el Dr. Negrín, que debe constituir hoy la base de toda la política de la República, poner fin a las exageraciones en la confiscación de la propiedad pequeña y media, restituyendo a los antiguos pequeños y medios propietarios no fascistas, sobre la base de la ley, sus bienes mobiliarios e inmobiliarios.

b) Garantizar a todos los ciudadanos fieles a la República la libertad de conciencia religiosa y la libertad de practicar sus cultos, reprimiendo todo intento de aquellos que quisieran aprovecharse de la libertad religiosa y del culto para organizar o facilitar la acción de la «quinta columna».

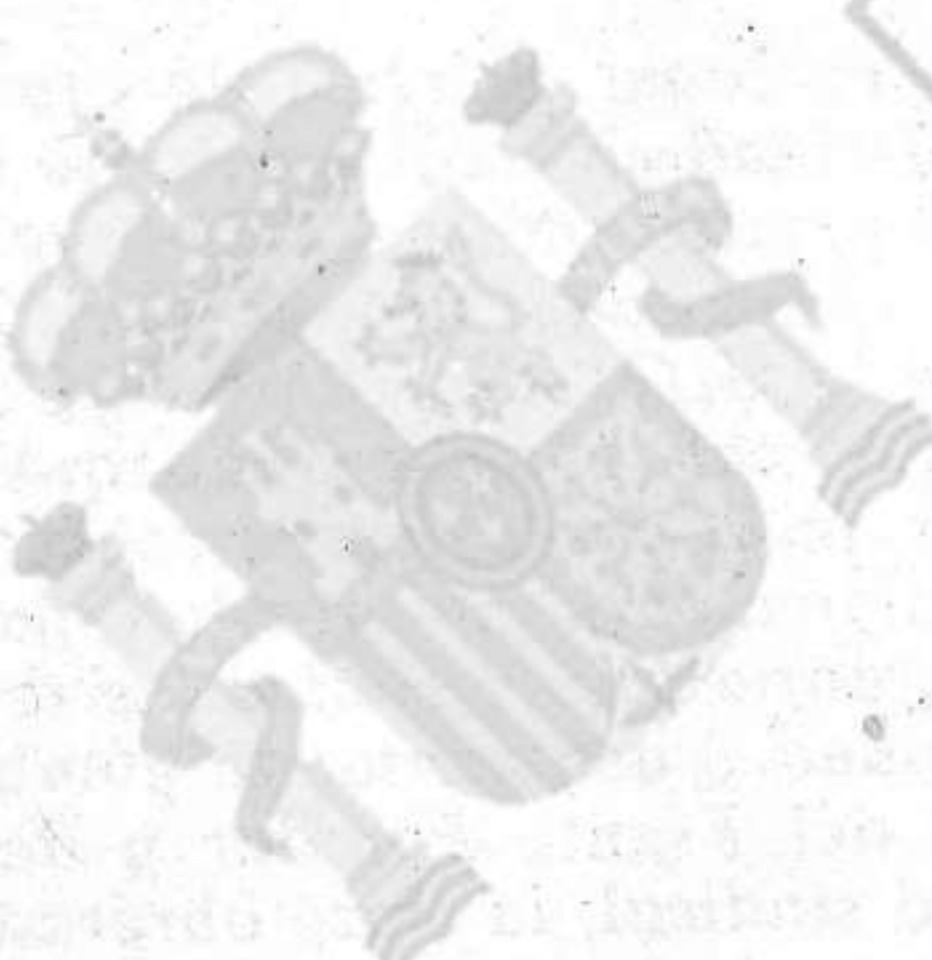
c) El Partido declara ser partidario decidido de la libertad de opinión mientras ésta no esté en contradicción con los intereses de la guerra de independencia nacional contra los invasores fascistas y no dificulte el trabajo del Gobierno de Unión Nacional, pero luchará en el seno del Gobierno y del Frente Popular contra todo debilitamiento de la represión de la actividad nefasta de los enemigos del pueblo, trotskistas y otros agentes al servicio de Franco y del espionaje extranjero, especuladores, etcétera, etc.

d) Es necesario reforzar las relaciones con la dirección del Partido Socialista y lograr que las organizaciones de base de ambos Partidos trabajen prácticamente en común en todos los terrenos de su actividad, en el Ejército, en la solución de todos los problemas de la guerra y de la vida política y económica del país, considerando ese reforzamiento de la unidad de acción como la mejor preparación para la creación del Partido Único del proletariado español.

c) Es necesario plantear como problema práctico de gran importancia y urgencia la realización de la unidad sindical mediante la fusión de las dos grandes organizaciones sindicales que actualmente existen. A pesar de la resistencia de gran parte de los cuadros de la C. N. T. y también de algunos cuadros socialistas de la U. G. T., el Partido Comunista luchará con decisión por la fusión sindical, considerando que ésta es necesaria para aumentar la influencia de la clase obrera sobre el curso de los acontecimientos de hoy y de mañana, para mejorar la organización económica del país, para crear una garantía sólida contra las tendencias de capitulación, para consolidar la unidad y acrecentar la combatividad del Ejército, para reforzar la unidad del Frente Popular y de toda la nación. Con la realización de la unidad sindical, la clase obrera española será la precursora en el movimiento por la unidad internacional de la clase obrera.

7.º Una condición extremadamente importante de la victoria del pueblo español sobre los invasores italianos y alemanes consiste en la presión de las masas trabajadoras y de la opinión pública antifascista sobre los Gobiernos capitalistas que forman parte de la Sociedad de Naciones, presión que sea tan poderosa que obligue a esos Gobiernos a aplicar sanciones contra el fascismo alemán e italiano que saquea a España. Quien sinceramente quiera ayudar al pueblo español a expulsar a los invasores extranjeros del suelo de España debe luchar por privar a los Gobiernos de Hitler y Mussolini de toda clase de apoyo por parte

de los Gobiernos capitalistas de los otros países, por romper el boicot a la España republicana, que se realiza bajo la máscara de la política de No Intervención, que ayuda a Alemania e Italia. Es necesario negar a los Gobiernos fascistas alemán e italiano toda concesión de créditos, cerrarles las fuentes de materias primas, romper las relaciones comerciales con ellos, acelerar por todos los medios la bancarrota política, económica y financiera de los agresores fascistas. Una política de sanciones aplicada con rigor hará más profundo el abismo alrededor de los Gobiernos de bandidos fascistas, ayudará a la descomposición rápida y al desarrollo de un potente movimiento antifascista de las masas populares de Alemania e Italia, facilitará la derrota de los invasores alemanes e italianos por el pueblo español. La derrota de Hitler y de Mussolini pondrá fin a las barbaries fascistas en Europa y consolidará la causa de la paz general. El pueblo español, que pierde abundantemente su sangre por la causa de la paz y de la libertad de todos los pueblos de los países capitalistas, tiene derecho a esperar que el proletariado internacional, a pesar de la resistencia de los jefes reaccionarios de las Internacionales socialista y de Amsterdam, esté dispuesto a apoyar su demanda de aplicación de sanciones a los Gobiernos de Hitler y Mussolini mediante amplias acciones políticas de masa que lleguen hasta la huelga general política.



En el segundo aniversario de la defensa heroica de MADRID

— EDITORIAL —

NUESTRO PUEBLO

ofrece los siguientes libros que recogen diferentes aspectos de la gran epopeya:

“ACERO DE MADRID”

de José Herrera Petere
Tomo de 216 páginas Pesetas 7'00

“MADRID”

de César Falcón
Tomo de 300 páginas Pesetas 8'00

“CONTRAATAQUE”

de Ramón J. Sender
Tomo de 308 páginas Pesetas 8'00

“¡Y NO PASARON!”

(días de noviembre)
de Isidoro García Ortega
Tomo de 60 páginas Pesetas 3'50

“MADRID ES NUESTRO”

de J. Izcaray, C. Cimorra, M. Perla, E. Ontañón
Tomo de 190 páginas Pesetas 8'00

Pedidos a
Distribuidora de Publicaciones
Diputación, 260, entresuelo
BARCELONA

De venta en la
Librería Internacional n.º 4
Pi y Margall, 21 - Barcelona
(entrada por Diputación)

EDITORIAL

NUESTRO PUEBLO

siguiendo la edición de la obra del insigne
escritor español

DON RAMÓN DEL VALLE-INCLÁN
acaba de poner a la venta el volumen 1.º
de su famoso

RUEDO IBÉRICO

titulado

LA CORTE DE LOS MILAGROS

Esta edición va prologada por Don ANTONIO MACHADO

Precio del ejemplar de 288 páginas, tamaño cuarto, **12** pesetas

En breve aparecerá el volumen segundo de
EL RUEDO IBÉRICO

¡VIVA MI DUEÑO!

Pedidos a
Distribuidora de Publicaciones
Diputación, 260, entresuelo
BARCELONA

De venta en la
Librería Internacional n.º 4
Pi y Margall, 21 - Barcelona
(entrada por Diputación)

MINISTERIO
DE CULTURA



NUESTRA BANDERA

MINISTERIO
DE CULTURA

